



Antonio

M Machado
POESIAS
COMPLETAS

Lectulandia

Poesías completas recoge toda la trayectoria poética de Antonio Machado: el inicial modernismo intimista de *Soledades*, *Galerías* y *otros poemas* se aprecia en composiciones dedicadas al amor, al paso del tiempo, la soledad, la infancia perdida, los sueños... y también en el uso de símbolos (la tarde, el camino, el otoño, la fuente...). El subjetivismo de la etapa anterior se verá sustituido por el interés hacia el hombre y el mundo circundante de *Campos de Castilla*, entroncando así con la Generación de 98, a través de temas como el paisaje castellano y sus gentes, el problema de España y la revisión melancólica de la historia. El siguiente poemario de Machado, *Nuevas canciones*, no es ya una obra unitaria: reúne elementos distintos temáticamente y distantes en el tiempo: se trata, en general, de composiciones breves, a veces descriptivas, a veces sentenciosas y de un aire más popular. Después, Machado ya no editará ningún poemario, aunque publicará algunas poesías sueltas en revistas e incluirá diversos poemas en su obra en prosa.

Lectulandia

Antonio Machado

Poesías completas

ePub r1.3

Cain 02.05.14

Título original: *Poesías completas*

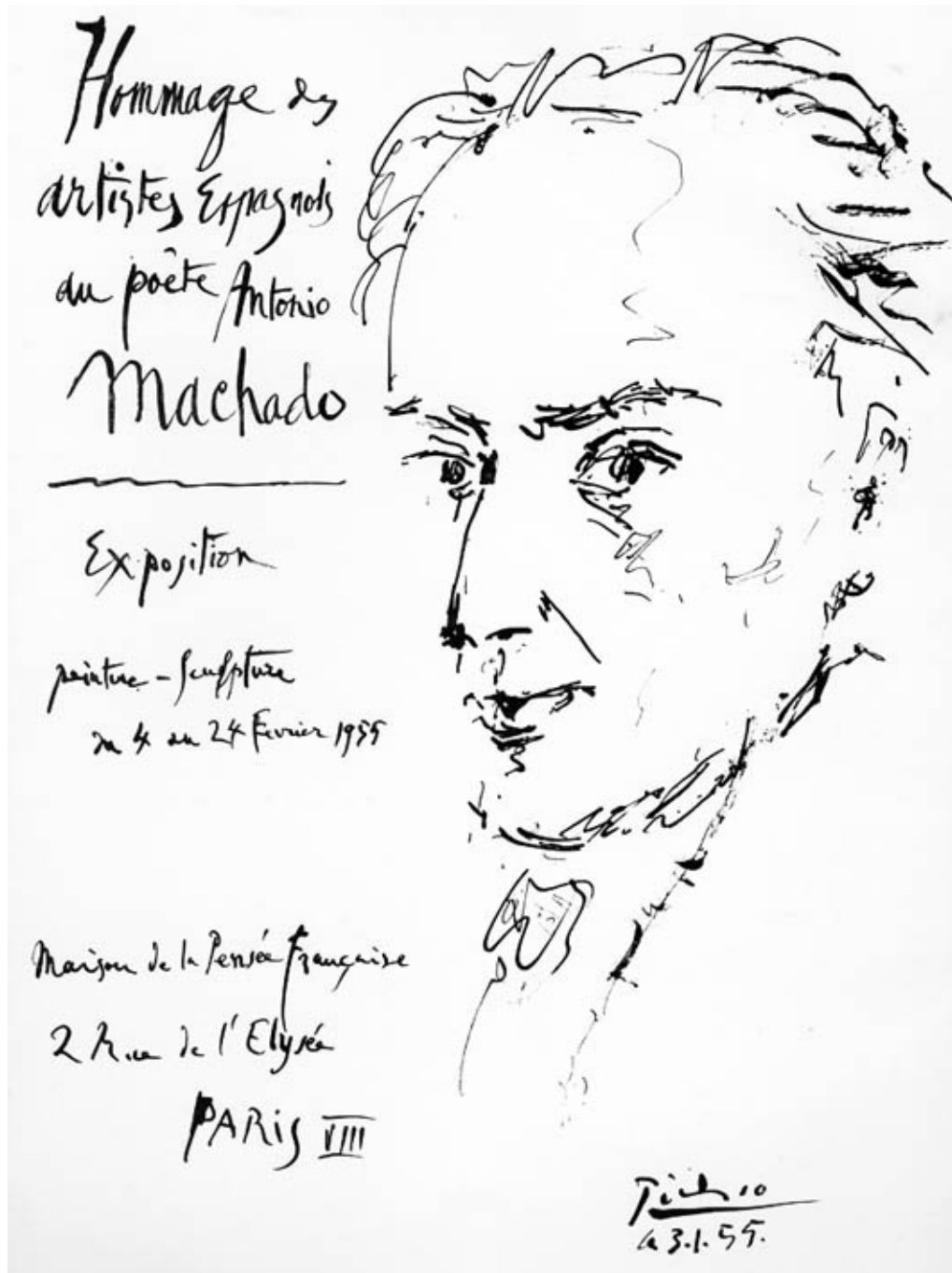
Antonio Machado, 1933

Retoque de portada: Cain

Editor digital: Cain

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com



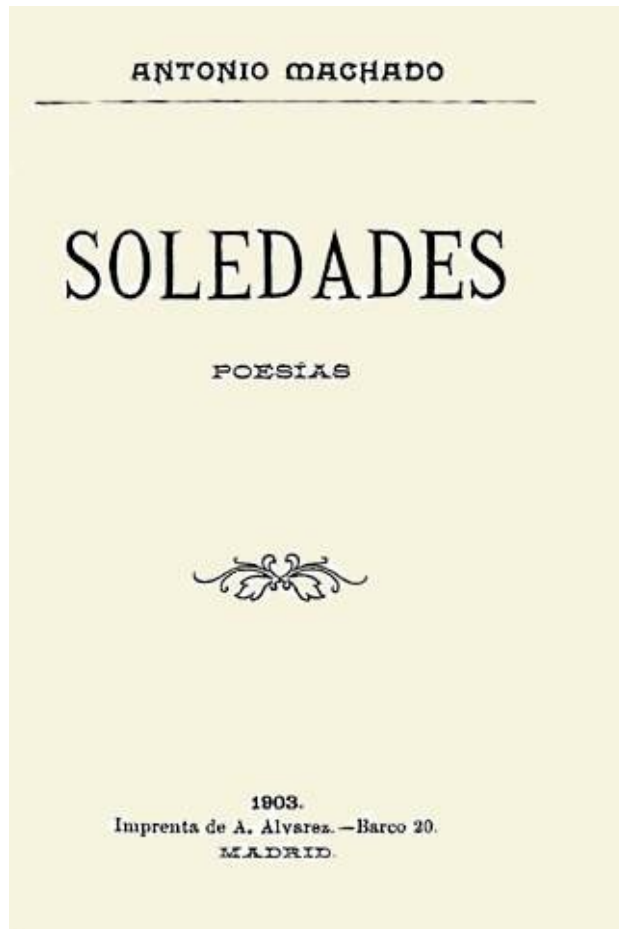
Cartel de Pablo Ruiz Picasso con motivo de la Exposición-Homenaje de los artistas españoles a Antonio Machado. París, 1955.

ANTONIO MACHADO

terioso y silencioso
una vez y otra vez,
mirada era tan profunda
e apenas se podía ver.
ndo hablaba tenía un dejo
timidez y de altivez.
luz de sus pensamientos
i siempre se veía arder.
luminoso y profundo
no era hombre de buena fe.
ra pastor de mil leones
e corderos a la vez.
duciría tempestades
aería un panal de miel.
maravillas de la vida
el amor y del placer,
ataba en versos profundos
ro secreto era de él.
ntado en un raro Pegaso,
día al imposible fue.
go por Antonio a mis dioses,
os le salven siempre. Amén.

RUBÉN DARÍO

SOLEDADES (1899-1903)



Primera edición de *Soledades*, 1903.

I

(EL VIAJERO)

í en la sala familiar, sombría,
ntre nosotros, el querido hermano
en el sueño infantil de un claro día
os partir hacia un país lejano.

7 tiene ya las sienas plateadas,
gris mechón sobre la angosta frente;
fría inquietud de sus miradas
ela un alma casi toda ausente.

hójanse las copas otoñales
parque mustio y viejo.
tarde, tras los húmedos cristales,
inta, y en el fondo del espejo.

ostro del hermano se ilumina
vemente. ¿Floridos desengaños
ados por la tarde que declina?
isias de vida nueva en nuevos años?

mentará la juventud perdida?
os quedó —la pobre loba— muerta.
blanca juventud nunca vivida
e, que ha de cantar ante su puerta?

nríe al sol de oro,
a tierra de un sueño no encontrada;
e su nave hender el mar sonoro,
riento y luz la blanca vela henchida?

ia visto las hojas otoñales,
rillas, rodar, las olorosas
as del eucalipto, los rosales
enseñan otra vez sus blancas rosas...

ste dolor que añora o desconfía
emblor de una lágrima reprime,

el resto de viril hipocresía
el semblante pálido se imprime.
el retrato en la pared clarea
avía. Nosotros divagamos.
la tristeza del hogar golpea
c-tac del reloj. Todos callamos.

II

andado muchos caminos,
abierto muchas veredas;
navegado en cien mares,
nacado en cien riberas.

todas partes he visto
irvanas de tristeza,
erbios y melancólicos
tachos de sombra negra,

edantones al paño
miran, callan, y piensan
saben, porque no beben
ino de las tabernas.

la gente que camina
apestando la tierra...

n todas partes he visto
tes que danzan o juegan,
ndo pueden, y laboran
cuatro palmos de tierra.

ica, si llegan a un sitio,
guntan adónde llegan.
ndo caminan, cabalgan
mos de mula vieja,

o conocen la prisa
un en los días de fiesta.
ide hay vino, beben vino;
de no hay vino, agua fresca.

. buenas gentes que viven,
oran, pasan y sueñan,
i un día como tantos,
cansan bajo la tierra.

III

plaza y los naranjos encendidos
sus frutas redondas y risueñas.

multo de pequeños colegiales
, al salir en desorden de la escuela,
an el aire de la plaza en sombra
la algazara de sus voces nuevas.

egría infantil en los rincones
as ciudades muertas!...
algo nuestro de ayer, que todavía
nos vagar por estas calles viejas!

IV

(EN EL ENTIERRO DE UN AMIGO)

ra le dieron una tarde horrible
mes de julio, bajo el sol de fuego.

n paso de la abierta sepultura,
ía rosas de podridos pétalos,
e geranios de áspera fragancia
ja flor. El cielo
o y azul. Corría
aire fuerte y seco.

los gruesos cordeles suspendido,
adamente, descender hicieron
taúd al fondo de la fosa
dos sepultureros...

l resonar sonó con recio golpe,
mne, en el silencio.

golpe de ataúd en tierra es algo
fectamente serio.

re la negra caja se rompían
pesados terrones polvorientos...

aire se llevaba
a honda fosa el blanquecino aliento.

¿ tú, sin sombra ya, duermes y reposa,
a paz a tus huesos...

nitivamente,
rme un sueño tranquilo y verdadero.

V

(RECUERDO INFANTIL)

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
cantaban. Monotonía
de lluvia tras los cristales.

En la clase. En un cartel
se representa a Caín
rebelde, y muerto Abel,
y una mancha carmín.

Un timbre sonoro y hueco
avisa al maestro, un anciano
vestido, enjuto y seco,
que lleva un libro en la mano.

Todo un coro infantil
cantando la lección;
veces ciento, cien mil,
veces mil, un millón.

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
cantaban. Monotonía
de la lluvia en los cristales.

VI

una clara tarde, triste y soñolienta...
de verano. La hiedra asomaba
sobre el muro del parque, negra y polvorienta...
La fuente sonaba.

Resonó en la vieja cancela mi llave;
al agrio ruido abrióse la puerta

de hierro mohoso y, al cerrarse, grave
resonó el silencio de la tarde muerta.

En el solitario parque, la sonora
canta la borbollante del agua cantora
que guía a la fuente. La fuente vertía
sobre el blanco mármol su monotonía.

La fuente cantaba: ¿Te recuerda, hermano,
el sueño lejano mi canto presente?
Esta tarde lenta del lento verano.

Resonó a la fuente:
recuerdo, hermana,
¿sabes que tu copla presente es lejana.

En esta misma tarde: mi cristal vertía
sobre el mármol su monotonía.
¿Recuerdas, hermano?... Los mirtos talarés,
que ves, sombreaban los claros cantares
que escuchas. Del rubio color de la llama,
un fruto maduro pendía en la rama,
el mismo que ahora. ¿Recuerdas, hermano?...
Esta misma lenta tarde de verano.

No sé qué me dice tu copla riente
de sueños lejanos, hermana la fuente.

¿Sabes que tu claro cristal de alegría
sobre el ripo del árbol la fruta bermeja;

¿sé que es lejana la amargura mía
sueña en la tarde de verano vieja.

¿sé que tus bellos espejos cantores
fueron antiguos delirios de amores:
¿cuéntame, fuente de lengua encantada,
cántame mi alegre leyenda olvidada.

¿o no sé leyendas de antigua alegría,
o historias viejas de melancolía.

¿una clara tarde del lento verano...
venías solo con tu pena, hermano;
labios besaron mi linfa serena,
o la clara tarde, dijeron tu pena.

¿eron tu pena tus labios que ardían;
¿ed que ahora tienen, entonces tenían.

¿adiós para siempre la fuente sonora,
¿parque dormido eterna cantora.
¿ós para siempre; tu monotonía,
¿nte, es más amarga que la pena mía.

¿hinó en la vieja cancela mi llave;
¿agrio ruido abrióse la puerta
¿hierro mohoso y, al cerrarse, grave
¿ó en el silencio de la tarde muerta.

VII

monero lánguido suspende
pálida rama polvorienta,
re el encanto de la fuente limpia,
lá en el fondo sueñan
frutos de oro...

Es una tarde clara,
de primavera,
a tarde de marzo
el hálito de abril cercano lleva;
toy solo, en el patio silencioso,
cando una ilusión cándida y vieja:
na sombra sobre el blanco muro,
ín recuerdo, en el pretil de piedra
a fuente, dormido, o, en el aire,
ín vagar de túnica ligera.

el ambiente de la tarde flota
aroma de ausencia.
dice al alma luminosa: nunca,
corazón: espera.

aroma que evoca los fantasmas
as fragancias vírgenes y muertas.

te recuerdo, tarde alegre y clara,
de primavera,
e sin flores, cuando me traías
uen perfume de la hierbabuena,
e la buena albahaca,
tenía mi madre en sus macetas.

e tú me viste hundir mis manos puras
el agua serena,
a alcanzar los frutos encantados
hoy en el fondo de la fuente sueñan...

te conozco, tarde alegre y clara,

. de primavera.

VIII

escucho los cantos
viejas cadencias,
los niños cantan
ndo en coro juegan,
erten en coro
almas que sueñan,
l vierten sus aguas
fuentes de piedra:
monotonías
isas eternas,
no son alegres,
lágrimas viejas,
no son amargas
cen tristezas,
ezas de amores
ntiguas leyendas.

los labios niños,
canciones llevan
fusa la historia
ara la pena;
no clara el agua
a su conseja
viejos amores,
nunca se cuentan.

ando a la sombra
na plaza vieja,
niños cantaban...

frente de piedra
ía su eterno
tal de leyenda.

taban los niños
ciones ingenuas,
in algo que pasa

ie nunca llega:
istoria confusa
ara la pena.

uía su cuento
iente serena;
ada la historia,
taba la pena.

IX

(ORILLAS DEL DUERO).

Ha asomado una cigüeña a lo alto del campanario.
Girando en torno a la torre y al caserón solitario,
Las golondrinas chillan. Pasaron del blanco invierno,
Las nevascas y ventiscas los crudos soplos de infierno.

Es una tibia mañana.

El sol calienta un poquito la pobre tierra soriana.

Entre los verdes pinos,
Entre los azules, primavera
Se brotar en los finos
Espacios de la carretera
El río. El Duero corre, terso y mudo, mansamente.
El campo parece, más que joven, adolescente.

Entre las hierbas alguna humilde flor ha nacido,
Blanca o blanca. ¡Belleza del campo apenas florido,
Primavera primaveral!

Entre los álamos del camino blanco, álamos de la ribera,
Entre las montañas
Entre la azul lejanía
Del día, claro día!
Entre la hermosa tierra de España!

X

la desierta plaza
duce un laberinto de callejas.
En el lado, el viejo paredón sombrío
una ruinoso iglesia;
En el otro lado, la tapia blanquecina
en un huerto de cipreses y palmeras,
enfrente a mí, la casa,
enfrente a la casa la reja
y el cristal que levemente empaña
la figurilla plácida y risueña.
No apartaré. No quiero
mirar a tu ventana... Primavera
de su —su veste blanca
flotando en el aire de la plaza muerta—;
de su a encender las rosas
de sus de tus rosales... Quiero verla...

XI

voy soñando caminos
a tarde. ¡Las colinas
verdes, los verdes pinos,
polvorientas encinas!...
¿dónde el camino irá?
voy cantando, viajero
largo del sendero...
a tarde cayendo está—,
¡el corazón tenía
espina de una pasión;
qué arrancármela un día:
¡no siento el corazón».

todo el campo un momento
queda, mudo y sombrío,
silenciando. Suenan el viento
los álamos del río.

a tarde más se oscurece;
el camino que serpea
debilmente blanquea,
se enturbia y desaparece.

al cantar vuelve a plañir:
¡quedada espina dorada,
¿cómo te pudiera sentir
¡el corazón clavada».

XII

ada, el aura dice
ura veste blanca...
te verán mis ojos
corazón te aguarda!

iento me ha traído
ombre en la mañana;
co de tus pasos
te la montaña...
te verán, mis ojos;
corazón te aguarda!

las sombrías torres
can las campanas...
te verán mis ojos;
corazón te aguarda!

golpes del martillo
en la negra caja;
sitio de la fosa,
golpes de la azada...
te verán mis ojos;
corazón te aguarda!

XIII

En un ocaso radiante
brillaba el sol de estío,
y, entre nubes de fuego, una trompeta gigante,
de los álamos verdes de las márgenes del río.

Dentro de un olmo sonaba la sempiterna tijera
de la cigarra cantora, el monorritmo jovial,
de metal y madera,
es la canción estival.

En una huerta sombría
brillaban los cangilones de la noria soñolienta.
O las ramas oscuras el son del agua se oía.
Era una tarde de julio, luminosa y polvorienta.

Yo iba haciendo mi camino,
corto en el solitario crepúsculo campesino.

Me pensaba: «¡Hermosa tarde, nota de la lira inmensa
de desdén y armonía;
Hermosa tarde, tú curas la pobre melancolía
de este rincón vanidoso, oscuro rincón que piensa!»

Yo veía el agua rizada bajo los ojos del puente.
Como si la ciudad dormía,
como si cubierta de un mago fanal de oro transparente.
Como si los arcos de piedra el agua clara corría.

Los últimos arreboles coronaban las colinas
de las hachadas de olivos grises y de negruzcas encinas.
Yo caminaba cansado,
haciendo la vieja angustia que hace el corazón pesado.

El agua en sombra pasaba tan melancólicamente,
como si los arcos del puente,
como si al pasar dijera:

Yo venas desamarrada

obre barca, viajero, del árbol de la ribera,
anta: no somos nada.
ide acaba el pobre río la inmensa mar nos espera».

o los ojos del puente pasaba el agua sombría.
pensaba: ¡el alma mía!)

ie detuve un momento,
a tarde, a meditar...
ié es esta gota en el viento
grita al mar: soy el mar?

raba el aire asordado
los élitros cantores que hacen el campo sonoro,
l si estuviera sembrado
campanitas de oro.

el azul fulguraba
ucero diamantino.
ido viento soplaba,
rotando el camino.

en la tarde polvorienta,
ia la ciudad volvía.
aban los cangilones de la noria soñolienta.
o las ramas oscuras caer el agua se oía.

XIV

(CANTE HONDO)

meditaba absorto, devanando
hilos del hastío y la tristeza,
cuando llegó a mi oído,
la ventana de mi estancia, abierta

era la caliente noche de verano,
la añir de una copla soñolienta,
brada por los trémolos sombríos
de las músicas magas de mi tierra.

¿era el Amor, como una roja llama.
Nerviosa mano en la vibrante cuerda
hacía un largo suspirar de oro,
que se trocaba en surtidor de estrellas—.

¿era la Muerte, al hombro la cuchilla,
casi largo, torva y esquelética,
al cuando yo era niño la soñaba—.

En la guitarra, resonante y trémula,
la rusa mano, al golpear, fingía
de reposar de un ataúd en tierra.

era un plañido solitario el soplo
que el polvo barre y la ceniza avienta.

XV

calle en sombra. Ocultan los altos caserones
el que muere; hay ecos de luz en los balcones.

¿ves, en el encanto del mirador florido,
lo rosado de un rostro conocido?

Imagen, tras el vidrio de equívoco reflejo,
¿se o se apaga como daguerrotipo viejo.

Queda en la calle sólo el ruido de tu paso;
extinguen lentamente los ecos del ocaso.

¿Es ella, angustia! Pesa y duele el corazón... ¿Es ella?
¿puede ser... Camina... En el azul, la estrella.

XVI

mpre fugitiva y siempre
ca de mí, en negro manto
cubierto el desdeñoso
to de tu rostro pálido.
sé adónde vas, ni dónde
irgen belleza tálamo
ca en la noche. No sé
sueños cierran tus párpados,
e quién haya entreabierto
echo inhospitalario.

*

én el paso, belleza
miva, detén el paso.

ar quisiera la amarga,
urga flor de tus labios.

XVII

(HORIZONTE)

una tarde clara y amplia como el hastío,
ando su lanza blande el tórrido verano,
iabán el fantasma de un grave sueño mío
sombras en teoría, enhiestas, sobre el llano.

gloria del ocaso era un purpúreo espejo,
un cristal de llamas, que al infinito viejo
arrojando el grave soñar en la llanura...
o sentí la espuela sonora de mi paso
percibir lejana en el sangriento ocaso,
más allá, la alegre canción de un alba pura.

XVIII

(EL POETA)

Para el libro *La casa de la primavera*
de Gregorio Martínez Sierra

ldiciendo su destino
io Glauco, el dios marino,
a, turbia la pupila
lanto, el mar, que le debe su blanca virgen Scyla.

abe que un Dios más fuerte
la sustancia inmortal está jugando a la muerta,
l niño bárbaro. Él piensa
ha de caer como rama que sobre las aguas flota,
es de perderse, gota
nar en la mar inmensa.

sueños oyó el acento de una palabra divina;
sueños se le ha mostrado la cruda ley diamantina,
odio ni amor, y el frío
lo del olvido sabe, sobre un arenal de hastío.

o las palmeras del oasis el agua buena
ó brotar de la arena;
abrevó entre las dulces gacelas, y entre los fieros
nales carniceros...

upo cuánto es la vida hecha de sed y de dolor.
ie compasivo para el ciervo y el cazador,
a el ladrón y el robado,
a el pájaro azorado,
a el sanguinario azor.

i el sabio amargo dijo: Vanidad de vanidades,
o es negra vanidad;
/ó otra voz que clamaba, alma de sus soledades:
o eres tú, luz que fulges en el corazón, verdad.

iendo cómo lucían
es de blancas estrellas,
saba que todas ellas
u corazón ardían.
che de amor!

Y otra noche

ió la mala tristeza
enturbia la pura llama,
corazón que bosteza,
histrión que declama.

ijo: Las galerías
alma que espera están
iertas, mudas, vacías:
blancas sombras se van.

l demonio de los sueños abrió el jardín encantado
ayer. ¡Cuán bello era!
é hermosamente el pasado
¡ía la primavera,
ndo del árbol de otoño estaba el fruto colgado,
ero fruto podrido,
en el hueco acibarado
rda el gusano escondido!

na, que en vano quisiste ser más joven cada día,
nca tu flor, la humilde flor de la melancolía!

XIX

rdes jardinillos,
as plazoletas,
nte verdinosa
de el agua sueña,
de el agua muda
oala en la piedra!...

hojas de un verde
stio, casi negras
a acacia, el viento
septiembre besa,
lleva algunas
rillas, secas,
ando, entre el polvo
ico de la tierra.

da doncellita,
el cántaro llenas
igua transparente,
al verme, no llevas
s negros bucles
u cabellera,
raídamente,
iano morena,
uego, en el limpio
tal te contemplas...

miras al aire
a tarde bella,
ntras de agua clara
ántaro llenas.

DEL CAMINO

XX

(PRELUDIO)

Entrás la sombra pasa de un santo amor, hoy quiero
ser un dulce salmo sobre mi viejo atril.
Ordaré las notas del órgano severo
aspirar fragante del pífano de abril.

durarán su aroma las pomas otoñales,
virra y el incienso salmodiarán su olor;
alararán su fresco perfume los rosales,
o la paz en sombra del tibio huerto en flor.

grave acorde lento de música y aroma,
ola y vieja y noble razón de mi rezar
intará su vuelo suave de paloma,
palabra blanca se elevará al altar.

XXI

Ya el reloj las doce... y eran doce
pes de azada en tierra...

Mi hora! —grité—... El silencio
respondió: —No temas;
o verás caer la última gota
en la clepsidra tiembla.

mirás muchas horas todavía
re la orilla vieja,
¡contrarás una mañana pura
irrada tu barca a otra ribera.

XXII

re la tierra amarga,
minos tiene el sueño
erínticos, sendas tortuosas,
ques en flor y en sombra y en silencio

tas hondas, escalas sobre estrellas;
blos de esperanzas y recuerdos.
arillas que pasan y sonrían
iguetes melancólicos de viejo—;

genes amigas,
vuelta florida del sendero,
rimeras rosadas
hacen camino... lejos...

XXIII

la desnuda tierra del camino
ora florida brota,
lino solitario,
valle humilde en la revuelta umbrosa.

almo verdadero
enue voz hoy torna
orazón, y al labio,
alabra quebrada y temblorosa.

los viejos mares duermen; se apagaron
espumas sonoras
de la playa estéril. La tormenta
vuela lejos en la nube torva.

elve la paz al cielo;
la risa tutelar esparce aromas
de vez sobre el campo, y aparece,
la bendita soledad, tu sombra.

XXIV

ol es un globo de fuego,
ma es un disco morado.

l blanca paloma se posa
el alto ciprés centenario.

cuadros de mirtos parecen
narchito velludo empolvado.

jardín y la tarde tranquila!...
na el agua en la fuente de mármol.

XXV

que rumor de túnicas que pasan
sobre la infértil tierra!...
lágrimas sonoras
de las campanas viejas!

ascuas mortecinas
sobre el horizonte humean...
los fantasmas lares
encendiendo estrellas.

Abre el balcón. La hora
de una ilusión se acerca...
ya tarde se ha dormido,
y las campanas sueñan.

XXVI

, figuras del atrio, más humildes
a día y lejanas:
vidigos harapientos
re marmóreas gradas;

erables ungidos
ternidades santas,
ios que surgen de los mantos viejos
e las rotas capas!

só por vuestro lado
ilusión velada,
a mañana luminosa y fría
as horas más plácidas?...

re la negra túnica, su mano
una rosa blanca...

XXVII

tarde todavía
dará incienso de oro a tu plegaria,
cubrirás el cenit de un nuevo día
y enguará tu sombra solitaria.

¿no es tu fiesta el ultramar lejano,
o la ermita junto al manso río;
o tu sandalia el soñoliento llano
o el viento, ni la arena del hastío.

y cerca está, romero,
la ermita verde y santa y florecida
de tus sueños; muy cerca, peregrino
desdeñas la sombra del sendero
y el agua del mesón en tu camino.

XXVIII

ar fiestas de amores
nuestro amor pensamos,
mar nuevos aromas
nontes no pisados,

uardar el secreto
nuestros rostros pálidos,
que en las bacanales de la vida
ías nuestras copas conservamos,

ntras con eco de cristal y espuma
los zumos de la vid dorados.

*

pájaro escondido entre las ramas
parque solitario,
a burlón...

Nosotros exprimimos
enumbra de un sueño en nuestro vaso...
lgo, que es tierra en nuestra carne, siente
umedad del jardín como un halago.

XXIX

e en tus ojos un misterio, virgen
siva y compañera.

sé si es odio o es amor la lumbre
gotable de tu aljaba negra.

Amigo irás mientras proyecte sombra
cuerpo y quede a mi sandalia arena.

Eres la sed o el agua en mi camino?
Virgen, virgen esquiva y compañera.

XXX

unos lienzos del recuerdo tienen
de jardín y soledad de campo
lacidez del sueño
el paisaje familiar soñado.

os guardan las fiestas
lías aun lejanos;
rillas sutiles
pone un titerero en su retablo...

*

e el balcón florido,
la cita de un amor amargo.

la la tarde en el resol bermejo...
niedra efunde de los muros blancos...

revuelta de una calle en sombra,
fantasma irrisorio besa un nardo.

XXXI

ce en la plaza en sombra
rusgo, y en la piedra vieja y santa
a iglesia. En el atrio hay un mendigo...
s vieja que la iglesia tiene el alma.

e muy lento, en las mañanas frías,
la marmórea grada,
a un rincón de piedra... Allí aparece
nano seca entre la rota capa.

l las órbitas huecas de sus ojos
visto cómo pasan
blancas sombras, en los claros días,
blancas sombras de las horas santas.

XXXII

ascuas de un crepúsculo morado
más del negro cipresal humean...
la glorieta en sombra está la fuente
su alado y desnudo Amor de piedra,
sueña mudo. En la marmórea taza
posa el agua muerta.

XXXIII

¿Amor?... ¿Recuerdas, dime,
ellos juncos tiernos,
verdes y amarillos
hay en el cauce seco?...

¿Recuerdas la amapola
que calcinó el verano,
la amapola marchita,
el crisol del campo?...

¿Recuerdas del sol yerto
que se desmilde, en la mañana,
que brilla y tiembla roto
ante una fuente helada?...

XXXIV

dijo un alba de la primavera:
florece en tu corazón sombrío
muchos años, caminante viejo
no cortas las flores del camino.

corazón de sombra, ¿acaso guarda
viejo aroma de mis viejos lirios?
perfuman aún mis rosas la alba frente
hada de tu sueño adamantino?

pondré a la mañana:
¿o tienen cristal los sueños míos.
no conozco el hada de mis sueños;
¿é si está mi corazón florido.

pero si aguardas la mañana pura
ha de romper el vaso cristalino,
¿dás el hada te dará tus rosas,
corazón tus lirios.

XXXV

borde del sendero un día nos sentamos.
nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita
las desesperantes posturas que tomamos
a aguardar... Mas Ella no faltará a la cita.

XXXVI

una forma juvenil que un día
nuestra casa llega.
Nosotros le decimos: ¿por qué tornas
morada vieja?
¡Abre la ventana, y todo el campo
luz y aroma entra.
El blanco sendero,
troncos de los árboles negrean;
hojas de sus copas
humo verde que a lo lejos sueña.
Se ve una laguna
nicho río entre la blanca niebla
a mañana. Por los montes cárdenos
una otra quimera.

XXXVII

, dime, noche amiga, amada vieja,
me traes el retablo de mis sueños
npre desierto y desolado, y sólo
mi fantasma dentro,
pobre sombra triste
re la estepa y bajo el sol de fuego,
ñando amarguras
as voces de todos los misterios,
e, si sabes, vieja amada, dime
on mías las lágrimas que vierto!
respondió la noche:
ías me revelaste tu secreto.
nunca supe, amado,
ras tú ese fantasma de tu sueño,
verigüé si era su voz la tuya,
a la voz de un histrión grotesco.

e a la noche: Amada mentirosa,
abes mi secreto;
as visto la honda gruta
de fabrica su cristal mi sueño,
bes que mis lágrimas son mías.
bes mi dolor, mi dolor viejo.

! Yo no sé, dijo la noche, amado,
no sé tu secreto,
que he visto vagar ese que dices
olado fantasma, por tu sueño.
me asomo a las almas cuando lloran
scucho su hondo rezo,
ilde y solitario,
que llamas salmo verdadero;
o en las hondas bóvedas del alma
sé si el llanto es una voz o un eco.

a escuchar tu queja de tus labios
e busqué en tu sueño,

lí te vi vagando en un borroso
erinto de espejos.

CANCIONES

XXXVIII

il florecía
te a mi ventana.
re los jazmines
s rosas blancas
in balcón florido,
as dos hermanas.
menor cosía,
mayor hilaba...
re los jazmines
s rosas blancas,
más pequeñita,
eña y rosada
u aguja en el aire—,
ó a mi ventana.

mayor seguía,
nciosa y pálida,
uso en su rueca
el lino enroscaba.
il florecía
te a mi ventana.

l clara tarde
mayor lloraba,
e los jazmines
s rosas blancas,
te el blanco lino
en su rueca hilaba.
Qué tienes? —le dije—,
nciosa y pálida,
aló el vestido
empezó la hermana.
la negra túnica
guja brillaba;
re el blanco velo,
edal de plata.
aló a la tarde

abril que soñaba,
dentras que se oía
el murmurar de campanas.
En la clara tarde
enseñó sus lágrimas...
El balcón florecía
ante mi ventana.

Otro abril alegre
en una tarde plácida.
El balcón florido
cuando yo estaba...
Era una niña
pequeñita
de mejillas
rojas y rosada,
una hermana triste,
melancólica y pálida,
con una negra túnica,
y una toca blanca...
Sólo en el huso
no giraba
su mano invisible,
y en la oscura sala
del espejo
del limpio
espejo brillaba...
Entre los jazmines
y las rosas blancas
el balcón florido,
miré en la clara
imagen del espejo
lejos soñaba...
El balcón florecía
ante mi ventana.

XXXIX

(COPLAS ELEGÍACAS)

del que llega sediento
por el agua correr,
que: la sed que siento
me la calma el beber!

de quien bebe y, saciada
sed, desprecia la vida:
queda al tahúr prestada,
sea al azar rendida!

iluso que suspira
por el orden soberano,
el que sueña la lira
gónica en su mano.

del noble peregrino
se para a meditar,
pues de largo camino
el horror de llegar!

de la melancolía
llorando se consuela,
de la melomanía
en corazón de zarzuela!

de nuestro ruiseñor,
en una noche serena
cura del mal de amor
llora y canta sin pena!

los jardines secretos,
los pensiles soñados,
de los sueños poblados
propósitos discretos!

del galán sin fortuna
ronda a la luna bella;

cuantos caen de la luna,
cuantos se marchan a ella!

quien el fruto prendido
a rama no alcanzó,
quien el fruto ha mordido
gusto amargo probó!

de nuestro amor primero
de su fe mal pagada,
también, del verdadero
ante de nuestra amada!

XL

(INVENTARIO GALANTE)

ojos me recuerdan
noches de verano,
ras noches sin luna,
la al mar salado,
chispear de estrellas
cielo negro y bajo.
ojos me recuerdan.
noches de verano.
morena carne,
trigos requemados,
suspirar de fuego
los maduros campos.

hermana es clara y débil
no los juncos lánguidos,
no los sauces tristes,
no los linos glaucos.
hermana es un lucero
el azul lejano...
s alba y aura fría
re los pobres álamos
en las orillas tiemblan
río humilde y manso.
hermana es un lucero
el azul lejano.

tu morena gracia,
tu soñar gitano,
tu mirar de sombra
pero llenar mi vaso.
embriagaré una noche
cielo negro y bajo,
a cantar contigo,
la al mar salado,
canción que deje
huellas en los labios...

tu mirar de sombra
pero llenar mi vaso.

a tu linda hermana
encaré los ramos
florecillas nuevas
de almendros blancos,
en tranquilo y triste
diciembre de marzo.

regaré con agua
los arroyos claros,
ataré con verdes
cuellos del remanso...
a tu linda hermana
regaré un ramito blanco.

XLI

dijo una tarde
a primavera:
buscas caminos
olor en la tierra,
a tus palabras
reza tu alma vieja.
de el mismo albo lino
te vista, sea
traje de duelo,
traje de fiesta.
a tu alegría
na tu tristeza,
buscas caminos
olor en la tierra.
pondí a la tarde
a primavera:
has dicho el secreto
en mi alma reza:
odio la alegría
odio a la pena.
antes que pise
olorida senda,
quiera traerte
reza mi alma vieja.

XLII

vida hoy tiene ritmo
ondas que pasan,
olitas temblorosas
fluyen y se alcanzan.

vida hoy tiene el ritmo de los ríos,
sa de las aguas
entre los verdes junquerales corren,
entre las verdes cañas.

ño florido lleva el manso viento;
e la savia joven en las nuevas ramas;
nblan alas y frondas,
mirada sagital del águila
encuentra presa... treme el campo en sueños,
a el sol como un arpa.

gitiva ilusión de ojos guerreros,
por las selvas pasas
hora del cenit: tiemble en mi pecho
ro de tu aljaba!

tus labios florece la alegría
os campos en flor; tu veste alada
nan las primeras velloritas,
violetas perfuman tus sandalias.

he seguido tus pasos en el viejo bosque,
batados tras la corza rápida,
s ágiles músculos rosados
us piernas silvestres entre verdes ramas.

sajera ilusión de ojos guerreros,
por las selvas pasas
ndo la tierra reverdece y ríen
ríos en las cañas!
emble en mi pecho el oro
llevas en tu aljaba!

XLIII

una mañana y abril sonreía.
ante al horizonte dorado moría
una, muy blanca y opaca; tras ella,
el tenue ligera quimera, corría
cabe que apenas enturbia una estrella.

*

no sonreía la rosa mañana
al del Oriente abrí mi ventana;
y mi triste alcoba penetró el Oriente
canto de alondras, en risa de fuente
y suave perfume de flora temprana.

una clara tarde de melancolía.
¿il sonreía. Yo abrí las ventanas
ni casa al viento... El viento traía
perfume de rosas, dolor de campanas...

¿dolor de campanas lejanas, llorosas,
perfume de rosas aromado aliento...
Dónde están los huertos floridos de rosas?
¿dónde dicen las dulces campanas al viento?

¿pregunté a la tarde de abril que moría:
¿cuándo fin la alegría se acerca a mi casa?
¿la tarde de abril sonrió: La alegría
¿cómo llegó por tu puerta —y luego, sombría:
¿cómo llegó por tu puerta. Dos veces no pasa.

XLIV

casco roído y verdoso
viejo falucho
osa en la arena...
vela tronchada parece
aun sueña en el sol y en el mar.

nar hierve y canta...
nar es un sueño sonoro
o el sol de abril.
nar hierve y ríe
olas azules y espumas de leche y de plata,
nar hierve y ríe
o el cielo azul.
nar lactescente,
nar rutilante,
ríe en sus liras de plata sus risas azules...
erve y ríe el mar!...

aire parece que duerme encantado
a fúlgida niebla de sol blanquecino.
gaviota palpita en el aire dormido, y al lento
ar soñoliento, se aleja y se pierde en la bruma del sol.

XLV

ueño bajo el sol que aturde y ciega,
ido sueño en la hora de arrebol;
o luminoso el aire surca;
lende la montaña;
arde es polvo y sol.

ibilante caracol del viento
co dormita en el remoto alcor;
erge el sueño ingrave en la palmera,
go se enciende en el naranjo en flor.

estúpida cigüeña
garabato escribe en el sopor
molino parado; el toro abate
re la hierba la testuz feroz.

verde, quieta espuma del ramaje
nde sobre el blanco paredón,
no, inerte, del jardín sombrío,
nido bajo el cielo fanfarrón.

*

os, enfrente de la tarde roja,
lge el ventanal del torreón.

*

HUMORISMOS, FANTASÍAS, APUNTES

XLVI

(LA NORIA)

tarde caía
e y polvorienta.

agua cantaba
topla plebeya
os cangilones
a noria lenta.

aba la mula,
ore mula vieja!,
ompás de sombra
en el agua suena.

tarde caía
e y polvorienta.

no sé qué noble,
no poeta,
ó a la amargura
a eterna rueda

ulce armonía
agua que sueña,
endó tus ojos
ore mula vieja!...

s sé que fue un noble,
no poeta,
azón maduro
sombra y de ciencia.

XLVII

(EL CADALSO)

aurora asomaba
na y siniestra.

ienzo de Oriente
graba tragedias,
arrajeadas
nubes grotescas.

*

la vieja plaza
na vieja aldea,
ría su horrible
ura esquelética
osco patíbulo
resca madera...

aurora asomaba
na y siniestra.

XLVIII

(LAS MOSCAS)

otras, las familiares,
mitables golosas,
otras, moscas vulgares,
evocáis todas las cosas.

, viejas moscas voraces
o abejas en abril,
as moscas pertinaces
re mi calva infantil!

oscas del primer hastío
el salón familiar,
claras tardes de estío
que yo empecé a soñar!

n la aborrecida escuela,
las moscas divertidas,
seguidas
amor de lo que vuela,

ue todo es volar— sonoras
otando en los cristales
os días otoñales...
scas de todas las horas,

nfancia y adolescencia,
ni juventud dorada;
esta segunda inocencia,
da en no creer en nada,

siempre... Moscas vulgares,
de puro familiares
endréis digno cantor:
sé que os habéis posado

re el juguete encantado,
re el librote cerrado,

re la carta de amor,
re los párpados yertos
os muertos.

vitables golosas,
ni labráis como abejas
rilláis cual mariposas;
ueñitas, revoltosas;
otras, amigas viejas,
evocáis todas las cosas.

XLIX

(ELEGÍA DE UN MADRIGAL)

uerdo que una tarde de soledad y hastío
tarde como tantas!, el alma mía era,
o el azul monótono, un ancho y terso río
ni tenía un pobre juncal en su ribera.

. mundo sin encanto, sentimental inopia
borra el misterioso azogue del cristal!
. el alma sin amores que el Universo copia
un irremediable bostezo universal!

*

so el poeta recordar a solas;
ondas bien amadas, la luz de los cabellos
él llamaba en sus rimas rubias olas.
ó... La letra mata: no se acordaba de ellos...

n día —como tantos— al aspirar un día
nas de una rosa que en el rosal se abría,
tó como una llama la luz de los cabellos
él en sus madrigales llamaba rubias olas,
tó, porque un aroma igual tuvieron ellos...
e alejó en silencio para llorar a solas.

L

(ACASO...)

no atento no más a mi quimera
reparaba en torno mío, un día
sorprendió la fértil primavera
en todo el ancho campo sonreía.

taban verdes hojas,
as hinchadas yemas del ramaje,
ores amarillas, blancas, rojas,
grababan la mancha del paisaje.

ra una lluvia de saetas de oro,
ol sobre las frondas juveniles;
amplio río en el caudal sonoro
miraban los álamos gentiles.

s de tanto camino es la primera
que miro brotar la primavera,
, y después, declamatoriamente:

Cuán tarde ya para la dicha mía!
iego, al caminar, como quien siente
de otra ilusión: —Y todavía
alcanzaré mi juventud un día!

LI

(JARDÍN)

os de tu jardín quema la tarde
ensos de oro en purpurinas llamas,
el bosque de cobre y de ceniza.
tu jardín hay dalias.
¿haya tu jardín!... Hoy me parece
bra de un peluquero,
esa pobre palmerilla enana,
de cuadro de mirtos recortados...
naranjito en su tonel... El agua
a fuente de piedra
cesa de reír sobre la concha blanca.

LII

(FANTASÍA DE UNA NOCHE DE ABRIL)

villa?... ¿Granada?... La noche de luna,
blancas paredes y oscuras ventanas.
Cierres postigos, corridas persianas...
El viento vestía su gasa de abril.

El vino risueño me dijo el camino.
Escucho los áureos consejos del vino,
El vino es a veces escala de ensueño.
El día y la noche y el vino risueño
Cantaron en coro su salmo de amor.

La calle copiaba, con sombra en el muro,
El fantasma y el sueño maduro
El puesto embozado, galán caballero:
La seda tendida, calado sombrero...
El viento vertía su blanco soñar.

No un laberinto mi sueño torcía
La calle en calleja. Mi sombra seguía
En aquel laberinto la sierpe encantada,
Los ojos de una oculta plazuela cerrada.
El viento lloraba su dulce bláncor.

La casa y la clara ventana florida,
Los blancos jazmines y nardos prendida,
¡Los blancos que el blanco soñar de la luna...
Señora, la hora, tal vez importuna...
¿Me espere? (La dueña se lleva el candil.)

¡Sé que sería quimera, señora,
El fantasma galante buscando a la aurora
Los ojos de estrellas y luna, si fuera
Le quitara la blanca nocturna quimera
Le usurpa a la luna su trono de luz.

¡Oh dulce señora, más cándida y bella

la solitaria matutina estrella
clara en el cielo! ¿Por qué silenciosa
mi nocturna querella amorosa?
¿Quién hizo, señora, cristal vuestra voz?...

blanca quimera parece que sueña.
¿Dónde en la oscura estancia la dueña.
Señora, si acaso otra sombra emboscada
está, en la sombra, fiada en mi espada...
¿Espada se ha visto a la luna brillar.

¿Acaso os parece mi gesto anacrónico?
¿Vuestro es, señora, sobrado lacónico.
¿Acaso os asombra mi sombra embozada,
¿Espada tendida y toca plumada?...
¿Seréis la cautiva del moro Gazul?

¿Diraislo, y pronto mi amor os diría
¿Conde de mi guzla y la algarabía
¿¿Dulce que oyera ventana moruna
¿Guzla os dijera la noche de luna,
¿Noche de cándida luna de abril.

¿Era la clara cantiga de plata
¿Patio moruno, y la serenata
¿Lleva el aroma de floridas preces
¿A los miradores y a los ajimeces,
¿Salmo de un blanco fantasma lunar.

¿Era las danzas de trenzas lascivas,
¿Muelles cadencias de ensueños, las vivas
¿Tallas de lánguidos rostros velados,
¿Tibios perfumes, los huertos cerrados;
¿Era el aroma letal del harén.

¿Guardo, señora, en viejo salterio
¿¿Bién una copla de blanco misterio,
¿Copla más suave, más dulce y más sabia
¿Evoca las claras estrellas de Arabia
¿¿Comas de un moro jardín andaluz.

ncio... En la noche la paz de la luna
nbra la blanca ventana moruna.
ncio... Es el musgo que brota, y la hiedra
lenta desgarrar la tapia de piedra...
lanto que vierte la luna de abril.

i sois una sombra de la primavera
rica entre jazmines, o antigua quimera
ada en las trovas de dulces cantores,
soy una sombra de viejos cantares,
signo de un álgebra vieja de amores.

gayos, lascivos decires mejores,
árabes albos nocturnos soñares,
coplas mundanas, los salmos talaes,
ed en mis labios;
soy una sombra también del amor.

muerta la luna, mi sueño volvía
la retorcida, moruna calleja.
ol en Oriente reía
isa más vieja.

LIII

(A UN NARANJO Y A UN LIMONERO)
VISTOS EN UNA TIENDA DE PLANTAS Y FLORES

naranjo en maceta, ¡qué triste es tu suerte!
lágrimas tiritan tus hojas menguadas.
naranjo en la corte, ¡qué pena de verte
tus naranjitas secas y arrugadas!

limonero de fruto amarillo
el pomo pulido de pálida cera,
qué pena mirarte, mísero arbolito
dentado en mezquino tonel de madera!

los claros bosques de la Andalucía,
¿cómo os trajo a esta castellana tierra
barren los vientos de la adusta sierra,
¿de los campos de la tierra mía?

¿por qué de los huertos, árbol limonero,
enciendes los frutos de pálido oro,
sombras del negro cipresal austero
quietas plegarias erguidas en coro;

¿cómo naranjo del patio querido,
campo risueño y el huerto soñado,
¿cómo en mi recuerdo maduro o florido
¿cómo rondas y aromas y frutos cargado!

LIV

(LOS SUEÑOS MALOS)

í la plaza sombría;
ere el día.
nan lejos las campanas.

balcones y ventanas
luminan las vidrieras,
reflejos mortecinos,
no huesos blanquecinos
orrosas calaveras.

toda la tarde brilla
luz de pesadilla.
í el sol en el ocaso.
na el eco de mi paso.

Eres tú? Ya te esperaba...
No eras tú a quien yo buscaba.

LV

(HASTÍO)

an las horas de hastío
la estancia familiar,
mplio cuarto sombrío
de yo empecé a soñar.

reloj arrinconado,
en la penumbra clarea,
c-tac acompasado
osamente golpea.

e la monotonía
agua clara al caer:
lía es como otro día;
es lo mismo que ayer.

la tarde. El viento agita
arque mustio y dorado...
é largamente ha llorado
a la fronda marchita!

LVI

aba el reloj la una,
tro de mi cuarto. Era
e la noche. La luna,
ciento calavera,

l el cenit declinado,
del ciprés del huerto
mente iluminado
lto ramaje yerto.

la entreabierta ventana
aban a mis oídos
álicos alaridos
na música lejana.

¡ música tristonada,
mazorca olvidada,
e inocente y burlona,
tañida y mal soplada.

o sentí el estupor
alma cuando bosteza
orazón, la cabeza,
morirse es lo mejor.

LVII

(CONSEJOS)

I

El amor que quiere ser
sólo pronto será;
¿cuándo ha de volver
lo que acaba de pasar?

Lo que dista mucho de ayer.
El tiempo es Nunca jamás!

II

Algo que está en la mano
debe ser guardado;
una moneda del alma
se pierde si no se da.

LVIII

(GLOSA)

*Estros vidas son los ríos,
van a dar a la mar,
es el morir. ¡Gran cantar!*

re los poetas míos
e Manrique un altar.

ce goce de vivir:
a ciencia del pasar,
¡o huir a la mar.

s el pavor del morir
el placer de llegar.

an placer!
s ¿y el horror de volver?
an pesar!

LIX

Noche cuando dormía
é, ¡bendita ilusión!
una fontana fluía
entro de mi corazón.
¿por qué acequia escondida,
a, vienes hasta mí,
nacimiento de nueva vida
donde nunca bebí?

Noche cuando dormía
é, ¡bendita ilusión!
una colmena tenía
entro de mi corazón;
sus doradas abejas
estaban fabricando en él,
las amarguras viejas,
la blanca cera y dulce miel.

Noche cuando dormía
é, ¡bendita ilusión!
un ardiente sol lucía
entro de mi corazón.
Ardiente porque daba
calor a los hogares,
la luna porque alumbraba
porque hacía llorar.

Noche cuando dormía
é, ¡bendita ilusión!
era Dios lo que tenía
entro de mi corazón.

LX

¿mi corazón se ha dormido?
¿los menares de mis sueños
no los labráis? ¿Está seca
la memoria del pensamiento,
los cangilones vacíos,
los ruidos, de sombra llenos?

mi corazón no duerme.
estoy siempre despierto, despierto.
no duerme ni sueña, mira,
claros ojos abiertos,
las miradas lejanas y escucha
los ruidos del gran silencio.

SOLEDADES. GALERÍAS. OTROS POEMAS (1899-1907)



Edición de *Soledades* ampliada con nuevos poemas, 1907.

LXI

(INTRODUCCIÓN)

endo un claro día
bien amados versos,
visto en el profundo
ejo de mis sueños

una verdad divina
blando está de miedo,
una flor que quiere
ar su aroma al viento.

lma del poeta
orienta hacia el misterio.
o el poeta puede
ar lo que está lejos
tro del alma, en turbio
ago sol envuelto.

esas galerías,
fondo, del recuerdo,
de las pobres gentes
garon cual trofeo

raje de una fiesta
lillado y viejo,
el poeta sabe
aborar eterno
ar de las doradas
jas de los sueños.

tas, con el alma
ita al hondo cielo,
a cruel batalla
i el tranquilo huerto,

ueva miel labramos
los dolores viejos,

este blanca y pura
cientemente hacemos,
ajo el sol bruñimos
uerte arnés de hierro.

alma que no sueña,
nemigo espejo,
yecta nuestra imagen
un perfil grotesco.

timos una ola
angre, en nuestro pecho,
pasa... y sonreímos,
laborar volvemos.

LXII

garrada la nube; el arco iris
lando ya en el cielo,
un fanal de lluvia
l en el campo envuelto.

perfé. ¿Quién enturbia
mágicos cristales de mi sueño?
corazón latía
nito y disperso.

El limonar florido,
ipresal del huerto,
rado verde, el sol, el agua, el iris...,
gua en tus cabellos!...

odo en la memoria se perdía
no una pompa de jabón al viento.

LXIII

ra el demonio de mi sueño, el ángel
; hermoso. Brillaban
no aceros los ojos victoriosos,
s sangrientas llamas
u antorcha alumbraron
onda cripta del alma.

Vendrás conmigo? —No, jamás; las tumbas
s muertos me espantan.
o la férrea mano
diestra atenazaba.

¿Vendrás conmigo... Y avancé en mi sueño
ado por la roja luminaria.
n la cripta sentí sonar cadenas,
bullir de fieras enjauladas.

LXIV

de el umbral de un sueño me llamaron...
la buena voz, la voz querida.

Dime: ¿vendrás conmigo a ver el alma?...
dó a mi corazón una caricia.

Contigo siempre... Y avancé en mi sueño
una larga, escueta galería,
viendo el roce de la veste pura
palpitar suave de la mano amiga.

LXV

(SUEÑO INFANTIL)

En clara noche
de fiesta y de luna,
he de mis sueños,
he de alegría

En la luz de mi alma,
hoy es bruma toda,
eran mis cabellos
ros todavía—,

Una niña más joven
llevó en sus brazos
alegre fiesta
en la plaza ardía.

En el chisporroteo
de las luminarias,
por sus madejas
lanzaba tejía.

En aquella noche
de fiesta y de luna,
he de mis sueños,
he de alegría,

Una niña más joven
venía a mi frente...,
con su linda mano
me decía...

Entre los rosales
de sus aromas,
entre los amores
que me entreabría.

LXVI

esos niños en hilera,
ando el sol de la tarde
sus velitas de cera!...

*

amarilla calabaza,
el azul, cómo sube
ma, sobre la plaza!

*

o ceño.
ta, rubio africano,
oitahño.

*

va un alfanje en la mano.
as figuras del sueño...

*

ide las niñas cantan en corro,
os jardines del limonar,
re la fuente, negro abejorro
a volando, zumba al volar.

*

oyó un bronco gruñir de abuelo
e las claras voces sonar,
erflua nota de violoncelo
os jardines del limonar.

*

re las cuatro blancas paredes,
ndo una mano cerró el balcón,
los salones de sal-si-puedes
na el rebato de su bordón.

*

da en el techo, quieta, ¿dormida?
egra nota de angustia está,
i la pradera verdiflorida
in sueño niño volando va...

LXVII

o fuera un poeta
nte cantarí
uestros ojos un cantar tan puro
no en el mármol blanco el agua limpia.

n una estrofa de agua
o el cantar sería:

¡sé que no responden a mis ojos,
ven y no preguntan cuando miran,
vuestros claros, vuestros ojos tienen
uena luz tranquila,
uena luz del mundo en flor, que he visto
de los brazos de mi madre un día».

LXVIII

En un día a mi corazón, un claro día,
un perfume de jazmín, el viento

Me dio un cambio de este aroma,
pero yo el aroma de tus rosas quiero.

Yo no tengo rosas; flores
ni jardín no hay ya; todas han muerto.

Llevaré los llantos de las fuentes,
hojas amarillas y los mustios pétalos.
El viento huyó... Mi corazón sangraba
de dolor, ¿qué has hecho de tu pobre huerto?

LXIX

¿ buscarás en vano
dolor consuelo.

váronse tus hadas
no de tus sueños.

¡ la fuente muda,
está marchito el huerto.

¿ sólo quedan lágrimas
a llorar. No hay que llorar, ¡silencio!

LXX

ada importa ya que el vino de oro
ose de tu copa cristalina,
agrio zumo enturbie el puro vaso...

sabes, las secretas galerías
alma, los caminos de los sueños,
tarde tranquila
de van a morir... Allí te aguardan

hadas silenciosas de la vida,
acia un jardín de eterna primavera
evarán un día.

LXXI

cados de otros días,
stios encajes y marchitas sedas;
erios arrumbados,
ones de las salas polvorientas;

uerrotipos turbios,
as que amarillean;
acos no leídos
guardan grises florecitas secas;

anticismos muertos,
silerías viejas,
as de ayer que sois el alma, y cantos
mentos de la abuela!...

LXXII

casa tan querida
de habitaba ella,
re un montón de escombros arruinada
erruida, enseña
egro y carcomido
trabado esqueleto de madera.

una está vertiendo
lara luz en sueños que platea
as ventanas. Mal vestido y triste,
caminando por la calle vieja.

LXXIII

e el pálido lienzo de la tarde,
glesia, con sus torres afiladas
ancho campanario, en cuyos huecos
ean suavemente las campanas,
y sombría, surge.

estrella es una lágrima
el azul celeste.
o la estrella clara,
a, vellón disperso,
nube quimérica de plata.

LXXIV

de tranquila, casi
placidez de alma,
a ser joven, para haberlo sido
nido Dios quiso, para
er algunas alegrías... lejos,
oder dulcemente recordarlas.

LXXV

como Anacreonte,
pero cantar, reír y echar al viento
sabias amarguras
y graves consejos.

Quiero, sobre todo, emborracharme,
o sabéis... ¡Grotesco!
La fe en el morir, pobre alegría
acabro danzar antes de tiempo.

LXXVI

tarde luminosa!
aire está encantado.
blanca cigüeña
nita volando,
s golondrinas se cruzan, tendidas
alas agudas al viento dorado,
¡ la tarde risueña se alejan
ando, soñando...

ay una que torna como la saeta,
alas agudas tendidas al aire sombrío,
cando su negro rincón del tejado.

blanca cigüeña,
¡o un garabato,
quila y disforme, ¡tan disparatada!
re el campanario.

LXXVII

una tarde cenicienta y mustia,
partalada, como el alma mía;
esta vieja angustia
habita mi usual hipocondría.

causa de esta angustia no consigo
agamente comprender siquiera;
o recuerdo y, recordando, digo:
í, yo era niño, y tú, mi compañera.

*

o es verdad, dolor, yo te conozco,
res nostalgia de la vida buena
ledad de corazón sombrío,
barco sin naufragio y sin estrella.

no perro olvidado que no tiene
lla ni olfato y yerra
los caminos, sin camino, como
ñño que en la noche de una fiesta

ierde entre el gentío
aire polvoriento y las candelas
peantes, atónito, y asombra
corazón de música y de pena,

voy yo, borracho melancólico,
arrista lunático, poeta,
obre hombre en sueños,
npre buscando a Dios entre la niebla.

LXXVIII

ha de morir contigo el mundo mago
de guarda el recuerdo
hálitos más puros de la vida,
lanca sombra del amor primero,

oz que fue a tu corazón, la mano
tú querías retener en sueños,
dos los amores
llegaron al alma, al hondo cielo?

ha de morir contigo el mundo tuyo,
ieja vida en orden tuyo y nuevo?
s yunques y crisoles de tu alma
ajan para el polvo y para el viento?

LXXIX

nuda está la tierra,
alma aúlla al horizonte pálido
no loba famélica. ¿Qué buscas,
ta, en el ocaso?

argo caminar, porque el camino
a en el corazón. ¡El viento helado,
noche que llega, y la amargura
a distancia!... En el camino blanco

mos yertos árboles negrean;
os montes lejanos
oro y sangre... El sol murió... ¿Qué buscas
ta, en el ocaso?

LXXX

(CAMPO)

tarde está muriendo
no un hogar humilde que se apaga.

¡, sobre los montes,
dan algunas brasas.

se árbol roto en el camino blanco
e llorar de lástima.

s ramas en el tronco herido, y una
a marchita y negra en cada rama!

oras?... Entre los álamos de oro,
s, la sombra del amor te aguarda.

LXXXI

(A UN VIEJO Y DISTINGUIDO SEÑOR)

Te he visto, por el parque ceniciento
los poetas aman
a llorar, cómo una noble sombra
ar, envuelto en tu levita larga.

Alante cortés, ha tantos años
puesto de una fiesta en la antesala,
¿bien tus pobres huesos
moniosos guardan!

Te he visto, aspirando distraído,
el aliento que la tierra exhala
y tibia tarde en que las mustias hojas
redondo viento arranca—,
eucalipto verde

Rescor de las hojas perfumadas.
Te he visto llevar la seca mano
perla que brilla en tu corbata.

LXXXII

(LOS SUEÑOS)

ada más hermosa ha sonreído
er la lumbre de una estrella pálida,
en hilo suave, blanco y silencioso
nosca al huso de su rubia hermana.

uelve a sonreír, porque en su rueca
ilo de los campos se enmaraña.
s la tenue cortina de la alcoba
el jardín envuelto en luz dorada.

cuna, casi en sombra. El niño duerme.
; hadas laboriosas lo acompañan,
ndo de los sueños los sutiles
os en ruelas de marfil y plata.

LXXXIII

tarra del mesón que hoy suenas jota,
ñana petenera,
ñin quien llega y tañe
empolvadas cuerdas,

tarra del mesón de los caminos,
ñuiste nunca, ni serás, poeta.

eres alma que dice su armonía
taria a las almas pasajeras...

siempre que te escucha el caminante
ña escuchar un aire de su tierra.

LXXXIV

ojo sol de un sueño en el Oriente asoma.
¿en sueños. ¿No tiembles, andante peregrino?
ado el llano verde, en la florida loma,
so está el cercano final de tu camino.

no verás del trigo la espiga sazónada
e macizas pomos cargado el manzanar,
e la vid rugosa la uva aurirroada
le exprimir su alegre licor en tu lagar.

ando el primer aroma exhalen los jazmines
ando más palpiten las rosas del amor,
mañana de oro que alumbre los jardines,
huiré, como una nube dispersa, el sueño en flor?

no recién florido y verde, ¿quién pudiera
ar aún largo tiempo en estas pequeñas
olas azuladas que manchan la pradera,
¡esas diminutas primeras margaritas!

LXXXV

primavera besaba
vivamente la arboleda,
verde nuevo brotaba
no una verde humareda.

nubes iban pasando
re el campo juvenil...
vi en las hojas temblando
frescas lluvias de abril.

o ese almendro florido,
o cargado de flor
recordé—, yo he maldecido
juventud sin amor.

¿, en mitad de la vida,
he parado a meditar...
juventud nunca vivida
¿en te volviera a soñar!

LXXXVI

En ayer mis dolores
Como gusanos de seda
Iban labrando capullos;
Son mariposas negras.

Cuántas flores amargas
Sacado blanca cera!
En tiempo en que mis pesares
Ajaban como abejas!

Y son como avenas locas,
Zañá en sementera,
Como tizón en espiga,
Como carcoma en madera.

En tiempo en que mis dolores
Son lágrimas buenas,
Como agua de noria
Va regando una huerta!
Y son agua de torrente
Arranca el limo a la tierra.

Dolores que ayer hicieron
Ni corazón colmena,
Tratan mi corazón
Como a una muralla vieja:
Quieren derribarlo, y pronto,
Golpe de la piqueta.

LXXXVII

(RENACIMIENTO)

ería del alma... ¡El alma niña!
clara luz risueña;
pequeña historia,
alegría de la vida nueva...

, volver a nacer, y andar camino,
recobrada la perdida senda!

olver a sentir en nuestra mano
el latido de la mano buena
nuestra madre... Y caminar en sueños
amor de la mano que nos lleva.

*

nuestras almas todo
misteriosa mano se gobierna.
omprensibles, mudas,
a sabemos de las almas nuestras.

más hondas palabras
sabio nos enseñan,
ue el silbar del viento cuando sopla,
sonar de las aguas cuando ruedan.

LXXXVIII

vez la mano, en sueños,
sembrador de estrellas,
o sonar la música olvidada

no una nota de la lira inmensa,
o la humilde a nuestros labios vino
o unas pocas palabras verdaderas.

LXXXIX

odrás conocerte, recordando
pasado soñar los turbios lienzos,
este día triste en que caminas
los ojos abiertos.

toda la memoria, sólo vale
con preclaro de evocar los sueños.

XC

árboles conservan
les aun las copas,
o del verde mustio
as marchitas frondas.

agua de la fuente,
re la piedra tosca
e verdín cubierta,
oala silenciosa.

astra el viento algunas
rillentas hojas.
viento de la tarde
re la tierra en sombra!

XCI

nedo está, bajo el laurel, el banco
verdiosa piedra;
ó la lluvia, sobre el muro blanco,
empolvadas hojas de la hiedra.

viento del otoño el tibio aliento
céspedes undula, y la alameda
versa con el viento...
viento de la tarde en la arboleda!

entras el sol en el ocaso esplende
los racimos de la vid orea,
buen burgués, en su balcón, enciende
stoica pipa en que el tabaco humea,

recordando versos juveniles...
¿fue de aquel mi corazón sonoro?
¿rá cierto que os vais, sombras gentiles,
endo entre los árboles de oro?

VARIA

XCII

«*Tournez, tournez, chevaux de bois*».
VERLAINE.

asos, lindos pegasos,
allitos de madera.

*

conocí, siendo niño,
legría de dar vueltas
re un corcel colorado,
ma noche de fiesta.

el aire polvoriento
speaban las candelas,
noche azul ardía
a sembrada de estrellas.

legrías infantiles
cuestan una moneda
obre, lindos pegasos,
allitos de madera!

XCIH

etereos de armonía
ensaya inexperta mano.

tío. Cacofonía
sempiterno piano
yo de niño escuchaba
ando... no sé con qué.

o algo que no llegaba,
o lo que ya se fue.

XCIV

medio de la plaza y sobre tosca piedra,
agua brota y brota. En el cercano huerto
verde, tras el muro ceñido por la hiedra,
ciprés la mancha de su ramaje yerto.

tarde está cayendo frente a los caserones
de la ancha plaza, en sueños. Relucen las vidrieras
y los ecos mortecinos de sol. En los balcones
formas que parecen confusas calaveras.

la calma es infinita en la desierta plaza,
de pasea el alma su traza de alma en pena.
agua brota y brota en la marmórea taza.
todo el aire en sombra no más que el agua suena.

XCV

(COPLAS MUNDANAS)

ta ayer, hoy triste y pobre
sofo trasnochado,
go en monedas de cobre
ro de ayer cambiada.

placer y sin fortuna,
ó como una quimera
uventud, la primera...
ola, no hay más que una:
e dentro es la de fuera.

ó como un torbellino,
emia y aborrascada,
a de coplas y vino,
uventud bien amada.

oy miro a las galerías
recuerdo, para hacer
uyas de elegías
consoladas de ayer.

ió, lágrimas cantoras,
imas que alegremente
abais, como en la fuente
limpias aguas sonoras!

enas lágrimas vertidas
un amor juvenil,
l frescas lluvias caídas
re los campos de abril!

canta ya el ruiseñor
ierta noche serena;
amos del mal de amor
sabe llorar sin pena.

ta ayer, hoy triste y pobre

sofo trasnochado,
ço en monedas de cobre
ro de ayer cambiado.

XCVI

(SOL DE INVIERNO)

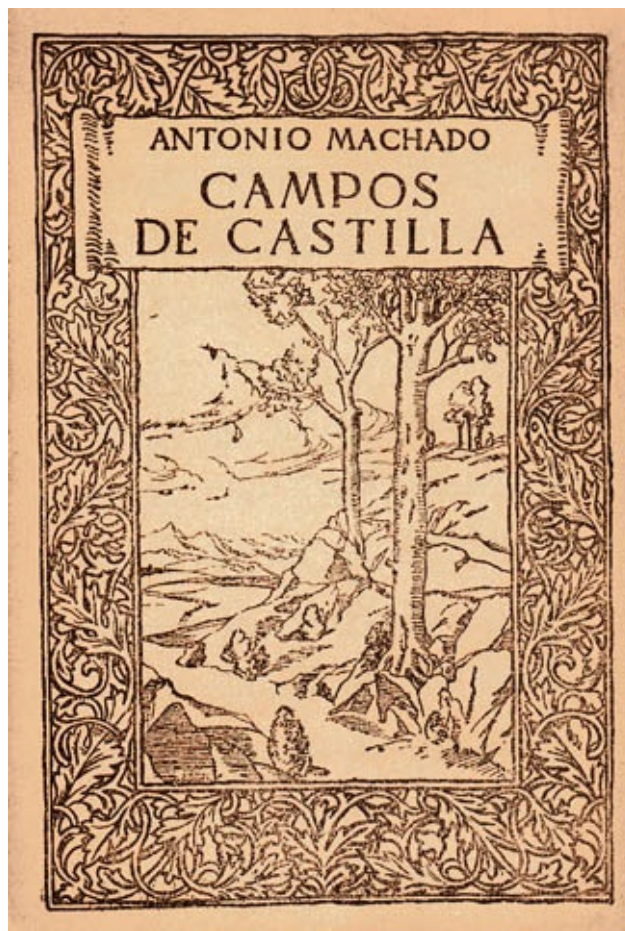
mediodía. Un parque.
Invierno. Blancas sendas;
eléctricos montículos
mas esqueléticas.

O el invernadero,
ranjos en maceta,
o su tonel, pintado
verde, la palmera.

El viejecillo dice,
o su capa vieja:
El sol, esta hermosura
sol!...» Los niños juegan.

El agua de la fuente
bala, corre y sueña
siendo, casi muda,
serpentina piedra.

CAMPOS DE CASTILLA (1907-1912)



Campos de Castilla, 1912.

XCVII

(RETRATO)

infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
un huerto claro donde madura el limonero;
juventud, veinte años en tierra de Castilla;
historia, algunos casos que recordar no quiero.

ni seductor Mañara, ni un Bradomín he sido
a conocéis mi torpe aliño indumentario—,
¡recibí la flecha que me asignó Cupido,
né cuanto ellas puedan tener de hospitalario.

¡en mis venas gotas de sangre jacobina,
o mi verso brota de manantial sereno;
más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
¡en el buen sentido de la palabra, bueno.

¡oro la hermosura, y en la moderna estética
¡é las viejas rosas del huerto de Ronsard;
¡no amo los afeites de la actual cosmética,
¡oy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

¡deño las romanzas de los tenores huecos
¡coro de los grillos que cantan a la luna.
¡distinguir me paro las voces de los ecos,
¡¡cucho solamente, entre las voces, una.

¡y clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
¡verso, como deja el capitán su espada:
¡osa por la mano viril que la blandiera,
¡por el docto oficio del forjador preciada.

¡verso con el hombre que siempre va conmigo
¡uien habla solo espera hablar a Dios un día—;
¡soliloquio es plática con este buen amigo
¡me enseñó el secreto de la filantropía.

¡l cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
¡ni trabajo acudo, con mi dinero pago

viaje que me cubre y la mansión que habito,
pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Cuando llegue el día del último viaje,
esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
encontraréis a bordo ligero de equipaje,
desnudo, como los hijos de la mar.

XCVIII

(A ORILLAS DEL DUERO)

diaba el mes de julio. Era un hermoso día.
solo, por las quiebras del pedregal subía,
cando los recodos de sombra, lentamente.
echos me paraba para enjugar mi frente
ir algún respiro al pecho jadeante;
en, ahincando el paso, el cuerpo hacia adelante
acia la mano diestra vencido y apoyado
in bastón, a guisa de pastoril cayado,
aba por los cerros que habitan las rapaces
s de altura, hollando las hierbas montaraces
uerte olor —romero, tomillo, salvia, espliego—.
re los agrios campos caía un sol de fuego.

buitre de anchas alas con majestuoso vuelo
zaba solitario el puro azul del cielo.
divisaba, lejos, un monte alto y agudo,
na redonda loma cual recamado escudo,
irdenos alcores sobre la parda tierra
arapos esparcidos de un viejo arnés de guerra—,
serrezuelas calvas por donde tuerce el Duero
a formar la corva ballesta de un arquero
orno a Soria. —Soria es una barbacana,
ia Aragón, que tiene la torre castellana—.
a el horizonte cerrado por colinas
aras, coronadas de robles y de encinas;
rudos peñascales, algún humilde prado
de el merino pace y el toro, arrodillado
re la hierba, rumia; las márgenes del río
r sus verdes álamos al claro sol de estío,
lenciosamente, lejanos pasajeros,
diminutos! —carros, jinetes y arrieros,
zar el largo puente, y bajo las arcadas
riedra ensombrecerse las aguas plateadas
Duero.

El Duero cruza el corazón de roble

beria y de Castilla.

Oh tierra triste y noble,
e los altos llanos y yermos y roquedas,
campos sin arados, regatos ni arboledas;
répitas ciudades, caminos sin mesones,
cónitos palurdos sin danzas ni canciones
aun van, abandonando el mortecino hogar,
¡o tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!

tilla miserable, ayer dominadora,
uelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.
pera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada
ierda, cuando tuvo la fiebre de la espada?
o se mueve, fluye, discurre, corre o gira;
ibian la mar y el monte y el ojo que los mira.
só? Sobre sus campos aun el fantasma yerra
in pueblo que ponía a Dios sobre la guerra.

madre en otro tiempo fecunda en capitanes,
lrastra es hoy apenas de humildes ganapanes.
tilla no es aquella tan generosa un día,
ndo Mio Cid Rodrigo el de Vivar volvía,
no de su nueva fortuna, y su opulencia,
galar a Alfonso los huertos de Valencia;
ie, tras la aventura que acreditó sus bríos,
ía la conquista de los inmensos ríos
anos a la corte, la madre de soldados,
rteros y adalides que han de tornar, cargados
lata y oro, a España, en regios galeones,
a la presa cuervos, para la lid leones.
isofos nutridos de sopa de convento
templan impasibles el amplio firmamento;
les llega en sueños, como un rumor distante,
nor de mercaderes de muelles de Levante,
acudirán siquiera a preguntar: ¿qué pasa?
a la guerra ha abierto las puertas de su casa.

tilla miserable, ayer dominadora,
uelta en sus harapos desprecia cuanto ignora.

ol va declinando. De la ciudad lejana
llega un armonioso tañido de campana
a irán a su rosario las enlutadas viejas—.
entre las peñas salen dos lindas comadrejas;
miran y se alejan, huyendo, y aparecen
nuevo, ¡tan curiosas!... Los campos se oscurecen.
¡a el camino blanco está el mesón abierto
campo ensombrecido y al pedregal desierto.

XCIX

(POR TIERRAS DE ESPAÑA)

El nombre de estos campos que incendia los pinares
El despojo aguarda como botín de guerra,
El año hubo raído los negros encinares,
El do los robustos robledos de la sierra.

El año ve a sus pobres hijos huyendo de sus lares;
El año empestad llevarse los limos de la tierra
El año los sagrados ríos hacia los anchos mares;
El año en los páramos malditos trabaja, sufre y yerra.

El año el hijo de una estirpe de rudos caminantes,
El año los retores que conducen sus hordas de merinos
El año en la extremadura fértil, rebaños trashumantes
El año que mancha el polvo y dora el sol de los caminos.

El año el dueño, ágil, sufrido, los ojos de hombre astuto,
El año los dedos, recelosos, movibles; y trazadas
El año el arco de ballesta, en el semblante enjuto
El año los ómulos salientes, las cejas muy pobladas.

El año el malda el hombre malo del campo y de la aldea,
El año el haz de insanos vicios y crímenes bestiales,
El año el bajo el pardo sayo esconde un alma fea,
El año el malva de los siete pecados capitales.

El año los ojos siempre turbios de envidia o de tristeza,
El año el malda su presa y libra la que el vecino alcanza;
El año el mal para su infortunio ni goza su riqueza;
El año el mal pierden y acongojan fortuna y malandanza.

El año el mal el humen de estos campos es sanguinario y fiero;
El año el mal eclinar la tarde, sobre el remoto alcor,
El año el mal cómo se agigantase la forma de un arquero,
El año el mal cómo forma de un inmenso centauro flechador.

El año cómo en las llanuras bélicas y páramos de asceta
El año cómo fue por estos campos el bíblico jardín—;

tierras para el águila, un trozo de planeta
donde cruza errante la sombra de Caín.

C

(EL HOSPICIO)

el hospicio, el viejo hospicio provinciano,
aserón ruinoso de ennegrecidas tejas
londe los vencejos anidan en verano
raznan en las noches de invierno las cornejas.

1 su frontón al Norte, entre los dos torreones
antigua fortaleza, el sórdido edificio
grietados muros y sucios paredones,
en rincón de sombra eterna. ¡El viejo hospicio!

entras el sol de enero su débil luz envía,
triste luz velada sobre los campos yermos,
1 ventanuco asoman, al declinar el día,
unos rostros pálidos, atónitos y enfermos,

contemplar los montes azules de la sierra;
e los cielos blancos, como sobre una fosa,
1 la blanca nieve sobre la fría tierra,
re la tierra fría la nieve silenciosa!...

CI

(EL DIOS IBERO)

al que el balletero
ír de la cantiga,
era una saeta el hombre ibero
a el Señor que apedreó la espiga
alagró los frutos otoñales,
a «gloria a ti» para el Señor que grana
tenos y trigales
el pan bendito le darán mañana.

ñor de la ruina,
ro porque aguardo y porque temo:
mi oración se inclina
ia la tierra un corazón blasfemo.

eñor, por quien arranco el pan con pena,
u poder, conozco mi cadena!
dueño de la nube del estío
la campiña arrasa,
seco otoño, del helar tardío,
el bochorno que la mies abrasa!

eñor del iris, sobre el campo verde
de la oveja pace,
or del fruto que el gusano muerde
e la choza que el turbión deshace,

oplo el fuego del hogar aviva,
mbre da sazón al rubio grano,
iaja el hueso de la verde oliva,
oche de San Juan, tu santa mano!

dueño de fortuna y de pobreza,
tura y malandanza,
al rico das favores y pereza
pobre su fatiga y su esperanza!

ñor, Señor: en la voltaria rueda
año he visto mi simiente echada,
riendo igual albur que la moneda
jugador en el azar sembrada!

ñor, hoy paternal, ayer cruento,
doble faz de amor y de venganza,
en un dado de tahúr al viento
ni oración, blasfemia y alabanza!»

que insulta a Dios en los altares,
más atento al ceño del destino,
bién soñó caminos en los mares
jo: es Dios sobre la mar camino.

es él quien puso a Dios sobre la guerra,
¿allá de la suerte,
¿allá de la tierra,
¿allá de la mar y de la muerte?

¿dio la encina ibera
a el fuego de Dios la buena rama,
fue en la santa hoguera
¿umor una con Dios en pura llama?

¿hoy... ¿Qué importa un día!
a los nuevos lares
¿pas hay en la floresta umbría,
¿verde en los viejos encinares.

¿larga patria espera
r el corvo arado sus besanas;
¿el grano de Dios hay sementera
¿cardos y abrojos y bardanas.

¿é importa un día! Está el ayer abierto
mañana, mañana al infinito,
¿bre de España, ni el pasado ha muerto,
¿está el mañana —ni el ayer— escrito.

¿ién ha visto la faz al Dios hispano?

corazón aguarda
ombre ibero de la recia mano,
tallará en el roble castellano
dios adusto de la tierra parda.

CII

(ORILLAS DEL DUERO)

mavera soriana, primavera
silde, como el sueño de un bendito,
in pobre caminante que durmiera
ansancio en un páramo infinito!

mpillo amarillento,
io tosco sayal de campesina,
lera de velludo polvoriento
de pace la escuálida merina!

uellos diminutos peguajales
ierra dura y fría,
de apuntan centenos y trigales
el pan moreno nos darán un día!

tra vez roca y roca, pedregales
rudos y pelados serrijones,
erra de las águilas caudales,
ezas y jarales,
bas monteses, zarzas y cambrones.

. tierra ingrata y fuerte, tierra mía!
stilla, tus decrepitas ciudades!
agria melancolía
puebla tus sombrías soledades!

stilla varonil, adusta tierra.
tilla del desdén contra la suerte,
tilla del dolor y de la guerra,
ra inmortal, Castilla de la muerte!

una tarde, cuando el campo huía
sol, y en el asombro del planeta,
io un globo morado aparecía
ermosa luna, amada del poeta.

el cárdeno cielo violeta

una clara estrella fulguraba.
aire ensombrecido
iba mis sienes, y acercaba
murmullo del agua hasta mi oído.

re cerros de plomo y de ceniza
richados de roídos encinares
entre calvas roquedas de caliza,
a embestir los ocho tajamares
puente el padre río,
surca de Castilla el yermo frío.

. Duero, tu agua corre
orrerá mientras las nieves blancas
nnero el sol de mayo
a fluir por hoces y barrancas,
ntras tengan las sierras su turbante
nieve y de tormenta,
ñille el olifante
sol, tras de la nube cenicienta!...

el viejo romancero
el sueño de un juglar junto a tu orilla?
como tú y por siempre, Duero,
corriendo hacia la mar Castilla?

CIII

(LAS ENCINAS)

A los Sres. de Masriera
en recuerdo de una expedición al Pardo

cineros castellanos
adidas y altozanos,
rijones y colinas
boscos de oscura maleza
encinas, pardas encinas;
firmeza y fortaleza!

mentras que llenándoos va
cacha de calvijares,
die cantaros sabrá,
encinas?

Roble es la guerra, el roble
es el valor y el coraje,
es la inmovilidad
de su torcido ramaje;
es más rudo
que la encina, más nervudo,
es más altivo y más señor.

El alto roble parece
que recalca y enmudece
firmeza como atleta
que, erguido, afinca en el suelo.

El mar es el mar y el cielo
es la montaña: el planeta.
La palmera es el desierto,
el viento y la lejanía:
es fría; una fuente fría
que brota en el campo yerto.

Las hayas son la leyenda.

¿Quién, en las viejas hayas,
una historia horrenda
de crímenes y batallas.

¿Quién ha visto sin temblar
un rayado en un pinar?
¿Los chopos son la ribera,
o es de la primavera,
la caudalosa del agua que fluye,
la que se esconde y huye,
la que corre o se detiene
o se dilata o se dilata,
¿El remanso se dilata.
¿Su eterno escalofrío
resaca del agua del río
vivas ondas de plata.

¿En los parques las olmedas
o en las buenas arboledas
¿Nos han visto jugar,
cuando eran nuestros cabellos
negros y, con nieve en ellos,
¿Nos han de ver meditar.

¿De qué el manzano el olor
de su poma,
¿De qué el eucalipto el aroma
de sus hojas, de su flor
¿De qué el arancio la fragancia;
¿De qué el huerto
de su fragancia
¿De qué el ciprés oscuro y yerto.

¿Qué tienes tú, negra encina
de tu pesina,
¿Tus ramas sin color
de tu campo sin verdor;
¿Tu tronco ceniciento
de tu esbeltez ni altiveza,
¿Tu vigor sin tormento,

...humildad que es firmeza?

tu copa ancha y redonda
a brilla,
1 verdioscura fronda
1 flor verdiamarilla.

la es lindo ni arrogante
u porte, ni guerrero,
a fiero
aderece su talante.
tas derecha o torcida
esa humildad que cede
o a la ley de la vida,
es vivir como se puede.

campo mismo se hizo
ol en ti, parda encina.
oajo el sol que calcina,
ontra el hielo invernizo,
ochorno y la borrasca,
gosto y el enero,
copos de la nevasca,
hilos del aguacero,
mpre firme, siempre igual,
asible, casta y buena,
tú, robusta y serena,
na encina rural
os negros encinares
a raya aragonesa
s crestas militares
a tierra pamplonesa;
inas de Extremadura,
Castilla, que hizo a España,
inas de la llanura,
cerro y de la montaña;
inas del alto llano
el joven Duero rodea,
el Tajo que serpea
el suelo toledano;

inas de junto al mar
n Santander—, encinar
pones tu nota arisca,
io un castellano ceño,
Córdoba la morisca,
, encinar madrileño,
) Guadarrama frío,
hermoso, tan sombrío,
tu adustez castellana
igiendo,
anidad y el atuendo
hetiquez cortesana!...
sé, encinas
pesinas
os pintaron, con lebreles
gantes y corceles,
más egregios pinceles,
; cantaron los poetas
ustales,
os asordan escopetas
azadores reales;
; sois el campo y el lar
sombra tutelar
os buenos aldeanos
visten parda estameña,
ie cortan vuestra leña
sus manos.

CIV

es tú, Guadarrama, viejo amigo,
tierra gris y blanca,
tierra de mis tardes madrileñas
yo veía en el azul pintada?

tus barrancos hondos
o tus cumbres agrias,
Guadarramas y mil soles vienen,
algando conmigo, a tus entrañas.

Camino de Balsaín, 1911

CV

(EN ABRIL, LAS AGUAS MIL)

de abril las aguas mil.
la el viento achubascado,
entre nublado y nublado
trozos de cielo añil.

luz y sol. El iris brilla.
una nube lejana,
zagalea
centella amarilla.

llovizna da en la ventana
cristal repiquetea.

avés de la neblina
forma la lluvia fina,
olivista un prado verde,
el encinar se esfumina,
la sierra gris se pierde.

hilos del aguacero
surgan las nacientes frondas,
surgan las turbias ondas
del remanso del Duero.

viendo está en los habares
entre las pardas sementeras;
sol en los encinares,
camiones por las carreteras.

luz y sol. Ya se oscurece
el campo, ya se ilumina;
un cerro desaparece,
surge una colina.

son claros, ya sombríos
dispersos caseríos,
lejanos torreones.

via la sierra plumiza
rodando en pelotones
es de guata y ceniza.

CVI

(UN LOCO)

una tarde mustia y desabrida
en otoño sin frutos, en la tierra
tril y raída
de la sombra de un centauro yerra.

un camino en la árida llanura,
de álamos marchitos,
plagas con su sombra y su locura
del loco, hablando a gritos.

bos se ven sombríos estepares,
llanuras con malezas y cambrones,
huertas de viejos encinares,
sonando los agrios serrijones.

el loco vocifera
plagas con su sombra y su quimera.
horrible y grotesca su figura:
foco, sucio, maltrecho y mal rapado,
signos de calentura
marcan su rostro demacrado.

le de la ciudad... Pobres maldades,
pocísimas virtudes y quehaceres
chulos aburridos, y ruindades
de ociosos mercaderes.

los campos de Dios el loco avanza
sobre la tierra esquelética y sequiza
de ojo de herrumbre y pardo de ceniza—
un sueño de lirio en lontananza.

le de la ciudad. ¡El tedio urbano!
carne triste y espíritu villano!—.
fue por una trágica amargura
de alma errante desgajada y rota;

ga un pecado ajeno: la cordura,
errible cordura del idiota.

CVII

(FANTASÍA ICONOGRÁFICA)

calva prematura
la sobre la frente amplia y severa;
o la piel de pálida tersura
rasluce la fina calavera.

ntón agudo y pómulos marcados
trazos de un punzón adamantino;
e insólita púrpura manchados
labios que soñara un florentino.

entras la boca sonreír parece,
ojos perspicaces,
un ceño pensativo empequeñece,
an y ven, profundos y tenaces.

ne sobre la mesa un libro viejo
de posa la mano distraída.
ondo de la cuadra, en el espejo,
tarde dorada está dormida.

ntañas de violeta
isientos breñales,
erra que ama el santo y el poeta,
buitres y las águilas caudales.

abierto balcón al blanco muro
na franja de sol anaranjada
inflama el aire, en el ambiente oscuro
envuelve la armadura arrinconada.

CVIII

(UN CRIMINAL)

acusado es pálido y lampiño.
e en sus ojos una fosca lumbre,
repugna a su máscara de niño
lemán de piadosa mansedumbre.

iserva del oscuro seminario
ilante modesto y la costumbre
nirar a la tierra o al breviario.

roto de María,
ltre de pecadores,
Burgos bachiller en teología,
sto a tomar las órdenes menores.

su crimen atroz. Hartóse un día
os textos profanos y divinos,
ió pesar del tiempo que perdía
erezando hipérbatons latinos.

moróse de una hermosa niña,
iósele el amor a la cabeza
io el zumo dorado de la viña,
espertó su natural fiereza.

sueños vio a sus padres —labradores
nediano caudal— iluminados
hogar por los rojos resplandores,
campesinos rostros atezados.

so heredar. ¡Oh guindos y nogales
huerto familiar, verde y sombrío,
oradas espigas candeales,
colmarán las trojes del estío!

e acordó del hacha que pendía
el muro luciente y afilada,
acha fuerte que la leña hacía

a rama de roble cercenada.

*

nte al reo, los jueces con sus viejos
ones enlutados;
na hilera de oscuros entrecejos
e plebeyos rostros: los jurados.

Abogado defensor perora,
peando el pupitre con la mano;
borrona papel un escribano,
ntras oye el fiscal, indiferente,
legato enfático y sonoro,
pasa los autos judiciales
ntre sus dedos, de las gafas de oro
icia los límpidos cristales.

e un ujier: «Va sin remedio al palo».
oven cuervo la clemencia espera.
pueblo, carne de horca, la severa
icia aguarda que castiga al malo.

CIX

(AMANECER DE OTOÑO)

A Julio Romero de Torres

la larga carretera
de grises peñascales,
una humilde pradera
de pacen negros toros. Zarzas, malezas, jarales.

la tierra mojada
las gotas del rocío,
alameda dorada,
la curva del río.

s los montes de violeta
brado el primer albor;
espalda la escopeta,
e sus galgos agudos, caminando un cazador.

CX

(EN TREN)

para todo viaje
siempre sobre la madera
ni vagón de tercera—,
ligero de equipaje.
Es de noche, porque no
estumbro a dormir yo,
de día, por mirar
arbolitos pasar,
nunca duermo en el tren,
sin embargo, voy bien.
Me da placer de alejarse!
Voy a Burgos, Madrid, Ponferrada,
lugares lindos... para marcharse.
Lo molesto es la llegada.
Porque, en el tren, al caminar,
siempre nos hace soñar;
y así, casi olvidamos
alguno de los que montamos.
Pero el pollino
sabe bien el camino!
¿Dónde estamos?
¿Dónde todos nos bajamos?
Delante a mí va una monjita
bonita!
Con esa expresión serena
y a la pena
una esperanza infinita.
Yo pienso: Tú eres buena;
que diste tus amores
a sí; porque no quieres
madre de pecadores.
Pero tú eres
eterna,
destinada entre las mujeres,
la recita virginal.

o en tu rostro es divino
o tus cofias de lino.
mejillas
sas rosas amarillas—
con rosadas, y, luego,
ó en tus entrañas fuego;
oy, esposa de la Cruz,
eres luz, y sólo luz...
das las mujeres bellas
can, como tú, doncellas
en convento a encerrarse!...
niña que yo quiero,
preferirá casarse
un mocito barbero.
ren camina y camina,
máquina resuella,
se con tos ferina.
mos en una centella!

CXI

(NOCHE DE VERANO)

una hermosa noche de verano.
en las altas casas
cerca los balcones
del viejo pueblo a la anchurosa plaza.
en el amplio rectángulo desierto,
árboles de piedra, evónimos y acacias
geométricos dibujan
negras sombras en la arena blanca.
en el cenit, la luna, y en la torre,
la esfera del reloj iluminada.
en este viejo pueblo paseando
solo, como un fantasma.

CXII

(PASCUA DE RESURRECCIÓN)

ad: el arco de la vida traza
is sobre el campo que verdea.
cad vuestros amores, doncellitas,
de brota la fuente de la piedra.
donde el agua ríe y sueña y pasa,
el romance del amor se cuenta.
o han de mirar un día, en vuestros brazos,
ritos, el sol de primavera,
s que vienen a la luz cerrados,
ie al partirse de la vida ciegan?
o beberán un día en vuestros senos
que mañana labrarán la tierra?
, celebrad este domingo claro,
lrecitas en flor, vuestras entrañas nuevas!
dad esta sonrisa de vuestra ruda madre.
sus hermosos nidos habitan las cigüeñas,
scriben en las torres sus blancos garabatos.
no esmeraldas lucen los musgos de las peñas.
re los robles muerden
negros toros la menuda hierba,
pastor que apacienta los merinos
ardo sayo en la montaña deja.

CXIII

(CAMPOS DE SORIA)

I

a tierra de Soria árida y fría.
las colinas y las sierras calvas,
les pradillos, cerros cenicientos,
rimavera pasa
ando entre las hierbas olorosas
diminutas margaritas blancas.

tierra no revive, el campo sueña.
empezar abril está nevada
spalda del Moncayo;
aminante lleva en su bufanda.
ueltos cuello y boca, y los pastores
an cubiertos con sus luengas capas.

II

tierras labrantías,
no retazos de estameñas pardas,
uertecillo, el abejar, los trozos
verde oscuro en que el merino pasta,
e plumizos peñascales, siembran
ueño alegre de infantil Arcadia.
los chopos lejanos del camino,
ecen humear las yertas ramas
no un glauco vapor —las nuevas hojas—
i las quiebras de valles y barrancas
iquean los zarzales florecidos,
otan las violetas perfumadas.

III

el campo ondulado, y los caminos
ocultan los viajeros que cabalgan

ardos borriquillos
el fondo de la tarde arrebolada
van las plebeyas figurillas,
el lienzo de oro del ocaso manchan.
si trepáis a un cerro y veis el campo
de los picos donde habita el águila,
tornasoles de carmín y acero,
los plomizos, lomas plateadas,
cuidos por montes de violeta,
las cumbres de nieve sonrosada.

IV

las figuras del campo sobre el cielo!
¡ lentos bueyes aran
en alcor, cuando el otoño empieza,
entre las negras testas doblegadas
y el pesado yugo,
de un cesto de juncos y retama,
es la cuna de un niño;
as la yunta marcha
hombro que se inclina hacia la tierra,
la mujer que en las abiertas zanjas
siembra la semilla.
o una nube de carmín y llama,
el oro fluido y verdinoso
poniente, las sombras se agigantan.

V

nieve. En el mesón al campo abierto
de el hogar donde la leña humea
la olla al hervir borbollonea.
el viento corre por el campo yerto,
rotando en blancos torbellinos
la nieve silenciosa.
nieve sobre el campo y los caminos,
como está como sobre una fosa.
el viejo acurrucado tiembla y tose

ca del fuego; su mechón de lana
vieja hila, y una niña cose
de ribete a su estameña grana.
res los viejos son de un arriero
caminó sobre la blanca tierra,
na noche perdió ruta y sendero,
enterró en las nieves de la sierra.
torno al fuego hay un lugar vacío
a la frente del viejo, de hosco ceño,
no un tachón sombrío
al el golpe de un hacha sobre un leño—.
vieja mira al campo, cual si oyera
os sobre la nieve. Nadie pasa.
ierta la vecina carretera,
ierto el campo en torno de la casa.
niña piensa que en los verdes prados
le correr con otras doncellitas
os días azules y dorados,
ndo crecen las blancas margaritas.

VI

ria fría, *Soria pura*,
eza de Extremadura^[1],
su castillo guerrero
uinado, sobre el Duero;
sus murallas roídas
as casas denegridas!

ierta ciudad de señores
lados o cazadores;
ortales con escudos
ien linajes hidalgos,
e famélicos galgos,
galgos flacos y agudos,
pululan
las sórdidas callejas,
la medianoche ululan,
ndo graznan las cornejas!

ria fría! La campana
a Audiencia da la una.
ia, ciudad castellana
. bella! bajo la luna.

VII

linas plateadas,
es alcores, cárdenas roquedas
donde traza el Duero
curva de ballesta
orno a Soria, oscuros encinares,
cos pedregales, calvas sierras,
minos blancos y álamos del río,
es de Soria, mística y guerrera,
siento por vosotros, en el fondo
corazón, tristeza,
eza que es amor! ¡Campos de Soria
de parece que las rocas sueñan,
migo vais! ¡Colinas plateadas,
es alcores, cárdenas roquedas!...

VIII

vuelto a ver los álamos dorados,
nos del camino en la ribera
Duero, entre San Polo y San Saturio,
las murallas viejas
Soria —barbacana
ia Aragón, en castellana tierra—.

os chopos del río, que acompañan
el sonido de sus hojas secas
on del agua, cuando el viento sopla,
en en sus cortezas
odas iniciales que son nombres
enamorado, cifras que son fechas.

amos del amor que ayer tuvisteis

¡señores vuestras ramas llenas;
nos que seréis mañana liras
viento perfumado en primavera;
nos del amor cerca del agua
corre y pasa y sueña,
nos de las márgenes del Duero,
¡migo vais, mi corazón os lleva!

IX

¡, sí, conmigo vais, campos de Soria,
es tranquilas, montes de violeta,
nedas del río, verde sueño
suelo gris y de la parda tierra,
a melancolía
a ciudad decrépita,
habéis llegado al alma,
¿caso estabais en el fondo de ella?
ntes del alto llano numantino
a Dios guardáis como cristianas viejas,
el sol de España os llene
¡legría, del luz y de riqueza!

CXIV

(LA TIERRA DE ALVARGONZÁLEZ)

Al poeta Juan Ramón Jiménez

I

ido mozo Alvargonzález,
ño de mediana hacienda,
en otras tierras se dice
estar y aquí, opulencia,
a feria de Berlanga
dóse de una doncella,
tomó por mujer
ño de conocerla.
y ricas las bodas fueron,
bien las vio las recuerda;
adas las tornabodas
hizo Alvar en su aldea;
o gaitas, tamboriles,
ta, bandurria y vihuela,
gos a la valenciana
anza a la aragonesa.

II

z vivió Alvargonzález
el amor de su tierra.
diéronle tres varones,
en el campo son riqueza,
a crecidos, los puso,
a cultivar la huerta,
o a cuidar los merinos,
o el menor a la Iglesia.

III

cha sangre de Caín
e la gente labriega,
i el hogar campesino
ó la envidia pelea.

áronse los mayores;
o Alvargonzález nueras,
le trajeron cizaña,
es que nietos le dieran.

codicia de los campos
ras la muerte la herencia;
goza de lo que tiene
ansia de lo que espera.

nenor, que a los latines
ería las doncellas
nosas y no gustaba
vestir por la cabeza,
jó la sotana un día
irtió a lejanas tierras.
madre lloró; y el padre
e bendición y herencia.

IV

argonzález ya tiene
dusta frente arrugada,
la barba le platea
ombra azul de la cara.

i mañana de otoño
ó solo de su casa;
levaba sus lebreles,
dos canes de caza;

triste y pensativo
la alameda dorada;
uvo largo camino
egó a una fuente clara.

óse en la tierra; puso
re una piedra la manta,
la vera de la fuente
nió al arrullo del agua.

EL SUEÑO

I

Alvargonzález veía,
no Jacob, una escala
iba de la tierra al cielo,
oyó una voz que le hablaba.
s las hadas hilanderas,
e las vedijas blancas
ellones de oro, han puesto
nechón de negra lana...

II

s niños están jugando
puerta de su casa;
e los mayores brinca
cuervo de negras alas.
mujer vigila, cose
ratos, sonrío y canta.
Hijos, ¿qué hacéis? —les pregunta.
os se miran y callan.
ubid al monte, hijos míos,
ites que la noche caiga,
un brazado de estepas
edme una buena llama.

III

re el lar de Alvargonzález
la leña apilada;
mayor quiere encenderla,

o no brota la llama.
Padre, la hoguera no prende,
la estepa mojada.

hermano viene a ayudarle
roja astillas y ramas
re los troncos de roble;
o el rescoldo se apaga.
de el menor, y enciende,
o la negra campana
a cocina, una hoguera
alumbra toda la casa.

IV

Argonzález levanta
brazos al más pequeño
y sus rodillas lo sienta:
sus manos hacen el fuego;
que el último naciste
eres en mi amor primero.

Los dos mayores se alejan
los rincones del sueño.
re los dos fugitivos
ce un hacha de hierro.

AQUELLA TARDE...

I

re los campos desnudos,
una llena manchada
en arbol purpurino,
me globo asomaba.
Los hijos de Alvargonzález
naciosos caminaban,
en visto al padre dormido
o de la fuente clara.

II

ne el padre entre las cejas
eño que le aborrasca
ostro, un tachón sombrío
io la huella de un hacha.
ando está con sus hijos,
sus hijos lo apuñalan;
ando despierta mira
es cierto lo que soñaba.

III

i vera de la fuente
dó Alvargonzález muerto.
ne cuatro puñaladas
e el costado y el pecho,
donde la sangre brota,
; un hachazo en el cuello.
enta la hazaña del campo
gua clara corriendo,
ntras los dos asesinos
en hacia los hayedos.
ta la Laguna Negra,
o las fuentes del Duero,
an el muerto, dejando
ás un rastro sangriento;
i la laguna sin fondo,
guarda bien los secretos,
una piedra amarrada,
s pies, tumba le dieron.

IV

encontró junto a la fuente
ranta de Alvargonzález,
amino del hayedo,
io un reguero de sangre.

lie de la aldea ha osado
laguna acercarse,
sondarla inútil fuera,
es la laguna insondable.
buhonero, que cruzaba
ellas tierras errante,
en Dauria acusado, preso
uerto en garrote infame.

V

ados algunos meses,
madre murió de pena.
que muerta la encontraron
en que las manos yertas
re su rostro tenía,
lto el rostro con ellas.

VI

hijos de Alvargonzález
ienen majada y huerta,
tipos de trigo y centeno
ados de fina hierba;
el olmo viejo, hendido
el rayo, la colmena,
yuntas para el arado,
nastín y mil ovejas.

OTROS DÍAS

I

están las zarzas floridas
s ciruelos blanquean;
as abejas doradas
n para sus colmenas,
i los nidos, que coronan

torres de las iglesias,
man los garabatos
chudos de las cigüeñas.
los olmos del camino
ropos de las riberas
os arroyos, que buscan
adre Duero, verdean.
ielo está azul, los montes
nieve son de violeta.
ierra de Alvargonzález
olmará de riqueza;
erto está quien la ha labrado,
; no le cubre la tierra.

II

ermosa tierra de España
sta, fina y guerrera
tilla, de largos ríos,
e un puñado de sierras
e Soria y Burgos como
ictos de fortaleza,
io yelmos crestonados,
rbión es una cimera.

III

hijos de Alvargonzález,
una empinada senda,
a tomar el camino
Salduero a Covalada,
algan en pardas mulas,
o el pinar de Vinuesa.
en busca de ganado
que volver a su aldea,
or tierra de pinares
a jornada comienzan.
Duero arriba, dejando
s los arcos de piedra

puente y el caserío
a ociosa y opulenta
a de indianos. El río,
ondo del valle, suena,
e las cabalgaduras
cascos baten las piedras.
i otra orilla del Duero
ta una voz lastimera:
. tierra de Alvargonzález
olmará de riqueza,
que la tierra ha labrado
luerme bajo la tierra».

IV

gados son a un paraje
londe el pinar se espesa,
mayor, que abre la marcha,
arda mula espolea,
endo: —Démonos prisa;
que son más de dos leguas
pinar y hay que apurarlas
es que la noche venga.

; hijos del campo, hechos
rebradas y asperezas,
que recuerdan un día
arde en el monte tiemblan.
í en lo espeso del bosque
. vez la copla suena:
. tierra de Alvargonzález
olmará de riqueza,
que la tierra ha labrado
luerme bajo la tierra».

V

de Salduero el camino
el hilo de la ribera;

ambas márgenes del río
hinchar crece y se eleva,
las rocas se aborrascan,
de modo que el valle se estrecha.
Los fuertes pinos del bosque
muestran sus copas gigantescas,
sus desnudas raíces
descaladas a las piedras;
de troncos plateados
las frondas azulean,
los jóvenes; los viejos,
decolorados de blanca lepra,
los musgos y líquenes canos
alrededor del grueso tronco rodean,
se pierden en el valle y se pierden
siguiendo ambas laderas.
El mayor, el mayor, dice: —Hermano,
¡las Antonio apacienta
la vacada de Urbión su vacada,
pero el camino nos queda.
Cuando hacia Urbión alarguemos
puede acortar de vuelta,
siguiendo por el atajo,
hacia la Laguna Negra
siguiendo por el puerto
de Santa Inés a Vinuesa.
¡Mala tierra y peor camino.
Quiero que no quisiera
volver otra vez. Cerremos
los caminos en Covaleda;
vamos noche y, al alba,
vámonos a la aldea
que rodea este valle, que, a veces,
parece que piensa atajar rodea.
Los caballos del río cabalgan
los hermanos, y contemplan
alrededor el bosque centenario,
de modo que avanzan, aumenta,
la roquera del monte

horizonte les cierra.
agua, que va saltando,
dice que canta o cuenta:
tierra de Alvargonzález
olmará de riqueza,
que la tierra ha labrado
fuerte bajo la tierra».

CASTIGO

I

que la codicia tiene
el que encierre la oveja,
es que guarden el trigo,
sacas para la moneda,
tierras, no tiene manos
que sepan labrar la tierra.
En un año de abundancia
hubo un año de pobreza.

II

los sembrados crecieron
amapolas sangrientas;
rió el tizón las espigas
rigales y de avenas;
los tardíos mataron
por la fruta en la huerta,
era mala hechicería
que enfermar las ovejas.
Los dos Alvargonzález
dijo Dios en sus tierras,
año pobre siguieron
los años de miseria.

III

una noche de invierno.
la nieve en remolinos.
Alvargonzález velan
fuego casi extinguido.
pensamiento amarrado
en a un recuerdo mismo,
y las ascuas mortecinas
hogar los ojos fijos.
tienen leña ni sueño.
ga es la noche y el frío
cia. Un candil humea
el muro ennegrecido.
aire agita la llama,
pone un fulgor rojizo
re las dos pensativas
as de los asesinos.
mayor de Alvargonzález,
zando un ronco suspiro,
pe el silencio, exclamando:
hermano, ¡qué mal hicimos!
riento la puerta bate,
e temblar el postigo,
ena en la chimenea
hueco y largo bramido.
pués, el silencio vuelve,
intervalos el pabilo
candil chisporrotea
el aire atarecido.
egundón dijo: —¡Hermano,
nos lo viejo al olvido!

EL VIAJERO

I

una noche de invierno.
ota el viento las ramas
os álamos. La nieve
uesto la tierra blanca.

o la nevada, un hombre
el camino cabalga;
cubierto hasta los ojos,
cubierta en negra capa.
Llegado en la aldea, busca
Alvargonzález la casa,
ante su puerta llegado,
echar pie a tierra, llama.

II

Los dos hermanos oyeron
algun ruido a la puerta,
y una cabalgadura
con cascos sobre las piedras.
Ambos los ojos alzaron
de espanto y sorpresa.
¿Quién es? Responda —gritaron.
¿Fiel? —respondieron fuera.
La voz del viajero
partió a lejanas tierras.

III

Abrió el portón, entróse
al galope el caballero
y echó pie a tierra. Venía
cubierto de nieve.
Los brazos de sus hermanos
estuvieron algún rato en silencio.
Después dio el caballo al uno,
el otro, capa y sombrero,
y en la estancia campesina
cogió el arrimo del fuego.

IV

El menor de los hermanos,
el niño y aventurero

más allá de los mares
y torna indiano opulento,
vía con negro traje
veludo terciopelo,
estado a la cintura
ancho cinto de cuero.
esa cadena formaba
bucle de oro en su pecho.
un hombre alto y robusto,
ojos grandes y negros
rosos de melancolía;
piel de color moreno,
sobre la frente comba
arañados cabellos;
hijo que saca porte
de padre labriego,
bien fortuna le debe
su poder y dinero.
los tres Alvargonzález
Miguel el más bello;
que al mayor afeaba
muy poblado entrecejo
y la frente mezquina,
segundo, los inquietos
que mirar no saben
frente, torvos y fieros.

V

tres hermanos contemplan
este hogar en silencio;
en la noche cerrada
sienten el frío y el viento.
hermanos, ¿no tenéis leña?
dice Miguel.

—No tenemos
responde el mayor.

Un hombre,
magrosamente, ha abierto

ruesa puerta cerrada
doble barra de hierro.
ombre que ha entrado tiene
ostro del padre muerto.
halo de luz dorada
sus blancos cabellos.
va un haz de leña al hombro
mpuña un hacha de hierro.

EL INDIANO

I

aqueellos campos malditos,
¿quiel a sus dos hermanos
¿pró una parte, que mucho
¿dal de América trajo,
¿in en tierra mala, el oro
¿mejor que enterrado,
¿ás en mano de pobres
¿oculto en orza de barro.

se a trabajar la tierra
fe y tesón el indiano,
laborar los mayores
peguajales tornaron.

con macizas espigas,
ñadas de rubios granos,
s campos de Miguel
ió el fecundo verano;
¿ de aldea en aldea
uenta como un milagro,
los asesinos tienen
aldición en sus campos.

el pueblo canta una copla
narra el crimen pasado:
la orilla de la fuente
sesinaron.

é mala muerte le dieron
hijos malos!
la laguna sin fondo
adre muerto arrojaron.
duerme bajo la tierra
ue la tierra ha labrado».

II

¿uel, con sus dos lebreles
mado de su escopeta,
ia el azul de los montes,
ina tarde serena,
uinaba entre los verdes
pos de la carretera,
yó una voz que cantaba:
o tiene tumba en la tierra.
re los pinos del valle
Revinuesa,
adre muerto llevaron
a la Laguna Negra».

LA CASA

I

caja de Alvargonzález
una casona vieja,
cuatro estrechas ventanas,
arada de la aldea
i pasos y entre dos olmos
, gigantes centinelas,
ibra le dan en verano,
i el otoño secas.

caja de labradores,
te aunque rica plebeya,
de el hogar humeante
sus escaños de piedra

re sin entrar, si tiene
erta al campo la puerta.

arrimo del rescoldo
hogar borbollonean
pucherillos de barro,
a dos familias sustentan.

iestra mano, la cuadra
corral; a la siniestra,
rto y abejar, y, al fondo,
gastada escalera,
va a las habitaciones
idas en dos viviendas.

Alvargonzález moran
sus mujeres en ellas.
mbas parejas que hubieron,
que lograrse pudieran,
hijos, sobrado espacio
da la casa paterna.

una estancia que tiene
al huerto, hay una mesa
gruesa tabla de roble,
sillones de vaqueta;
gado en el muro, un negro
co de enormes cuentas,
rias espuelas mohosas
re un arcón de madera.

una estancia olvidada
de hoy Miguel se aposenta.
ra allí donde los padres
in en primavera
uerto en flor, y en el cielo
nayo, azul, la cigüeña
uando las rosas se abren
s zarzales blanquean—
enseñaba a sus hijuelos
ar de las alas lentas.

n las noches del verano,
ndo la calor desvela,
de la ventana al dulce
eñor cantar oyeran.

allí donde Alvargonzález,
orgullo de su huerta
el amor a los suyos,
ó sueños de grandeza.

ndo en brazos de la madre
la figura risueña
primer hijo, bruñida
rubio sol la cabeza,
niño que levantaba
codiciosas, pequeñas
ros a las rojas guindas
las moradas ciruelas,
puella tarde de otoño,
ada, plácida y buena,
ensó que ser podría
z el hombre en la tierra.

7 canta el pueblo una copla
va de aldea en aldea:
h casa de Alvargonzález,
malos días te esperan;
a de los asesinos,
nadie llame a tu puerta!»

II

na tarde de otoño.
la alameda dorada
quedan ya rui señores;
nudeció la cigarra.

últimas golondrinas,
no emprendieron la marcha,

irán, y las cigüeñas
sus nidos de retamas,
orres y campanarios,
eron.

Sobre la casa
Alvargonzález, los olmos
hojas que el viento arranca
dejando. Todavía
tres redondas acacias,
el atrio de la iglesia,
servan verdes sus ramas,
s castañas de Indias
tervalos se desgajan
iertas de sus erizos;
e el rosal rosas grana
vez, y en las praderas
la la alegre otoñada.

laderas y en alcores,
ibazos y cañadas,
erde nuevo y la hierba,
del estío quemada,
man; los serrijones
idos, las lomas calvas,
oronan de plumizas
es apelotonadas;
ajo el pinar gigante,
e las marchitas zarzas
narillentos helechos,
ren las crecidas aguas
grosar el padre río
canchales y barrancas.

inda en la tierra un gris
olomo y azul de plata,
manchas de roja herrumbre,
o envuelto en luz violada.

tierras de Alvargonzález,
el corazón de España,

terras pobres, tierras tristes,
tristes que tienen alma!

camino que cruza el lobo
luciendo a la luna clara
bosque a bosque, baldíos
campos de peñas rodadas,
de roída de buitres
la una osamenta blanca;
terres campos solitarios
caminos ni posadas,
pobres campos malditos,
terres campos de mi patria!

LA TIERRA

I

una mañana de otoño,
cuando la tierra se labra,
el indiano y el aparejan
dos yuntas de la casa.
El indiano se quedó en el huerto
arrancando hierbas malas.

II

una mañana de otoño,
cuando los campos se aran,
hay un otero, que tiene
hielo de la mañana
en el fondo, la parda yunta
que va lentamente avanza.

los lampazos y abrojos,
la loca y cizaña,
en la tierra maldita,
van a pico y a escarda.

corvo arado de roble
undida reja trabaja
vano esfuerzo; parece,
al par que hiende la entraña
campo y hace camino
tierra otra vez la zanja.

ando el asesino labre
i su labor pesada;
es que un surco en la tierra,
lrá una arruga en su cara».

III

rtín, que estaba en la huerta
ando, sobre su azada
dó apoyado un momento;
sudor le bañaba
ostro.

Por el Oriente,
ma llena, manchada,
in arrebol purpurino,
a tras de la tapia
huerto.

Martín tenía
angre de horror helada.
azada que hundió en la tierra
da de sangre estaba.

IV

la tierra en que ha nacido
o afincar el indiano;
mujer a una doncella
y hermosa ha tomado.

nciada de Alvargonzález
es suya, que sus hermanos
o le vendieron: casa,

rto, colmenar y campo.

LOS ASESINOS

I

1 y Martín, los mayores
Alvargonzález, un día
ada marcha emprendieron
el alba, Duero arriba.

estrella de la mañana
el alto azul ardía.
ba tiñendo de rosa
spesa y blanca neblina
os valles y barrancos,
gunas nubes plumizas
rbión, donde el Duero nace,
no un turbante ponían.

acercaban a la fuente.
agua clara corría,
ando cual si contara
vieja historia, dicha
veces y que tuviera
veces que repetirla.

ia que corre en el campo
e en su monotonía:
sé el crimen, ¿no es un crimen
ca del agua, la vida?

pasar los dos hermanos
taba el agua limpia:
la vera de la fuente
argonzález dormía».

II

noche, cuando volvía

isa —Juan a su hermano
—, a la luz de la luna
la huerta un milagro.

os, entre los rosales,
sé un hombre inclinado
a la tierra; brillaba
hoz de plata en su mano.

pués irguióse y, volviendo
ostro, dio algunos pasos
el huerto, sin mirarme,
poco lo vi encorvado
vez sobre la tierra.
ía el cabello blanco.
una llena brillaba,
a la huerta un milagro.

III

ado habían el puerto
Santa Inés, ya mediada
arde, una tarde triste
noviembre, fría y parda.
ía la Laguna Negra
nciosos caminaban.

IV

ndo la tarde caía,
e las vetustas hayas
s pinos centenarios,
ojo sol se filtraba.

un paraje de bosque
añas aborrascadas;
í bocas que bostezan
onstruos de fieras garras;
una informe joroba,
una grotesca panza,

ros hocicos de fieras
entaduras melladas,
as y rocas, y troncos
oncros, ramas y ramas.
el hondón del barranco
oche, el miedo y el agua.

V

lobo surgió, sus ojos
an como dos ascuas.
la noche, una noche
reda, oscura y cerrada.

dos hermanos quisieron
ver. La selva ululaba.
n ojos fieros ardían
a selva, a sus espaldas.

VI

garon los asesinos
a la Laguna Negra,
a transparente y muda
enorme muro de piedra,
de los buitres anidan
eco duerme, rodea;
a clara donde beben
águilas de la sierra,
de el jabalí del monte
ciervo y el corzo abrevan;
a pura y silenciosa
copia cosas eternas;
a imposible que guarda
su seno las estrellas.
¡dre!, gritaron; al fondo
a laguna serena
eron, y el eco ¡padre!
tió de peña en peña.

CXV

(A UN OLMO SECO)

Olmo viejo, hendido por el rayo
y su mitad podrido,
las lluvias de abril y el sol de mayo,
tantas hojas verdes le han salido.

Olmo centenario en la colina
lame el Duero! Un musgo amarillento
mancha la corteza blanquecina
hongo carcomido y polvoriento.

será, cual los álamos cantores
guardan el camino y la ribera,
cubierto de pardos ruiseñores.
Ejército de hormigas en hilera
reparando por él, y en sus entrañas
entre sus telas grises las arañas.

Es que te derribe, olmo del Duero,
su hacha el leñador, y el carpintero
convierta en melena de campana,
rueda de carro o yugo de carreta;
Es que rojo en el hogar, mañana,
asas de alguna mísera caseta,
orden de un camino;
Es que te descuaje un torbellino
sople el soplo de las sierras blancas;
Es que el río hasta la mar te empuje
por valles y barrancas,
pero, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.
Mi corazón espera
quieto y bien, hacia la luz y hacia la vida,
que el milagro de la primavera.

Soria, 1912

CXVI

(RECUERDOS)

Soria, cuando miro los frescos naranjales
regados de perfume, y el campo enverdecido,
ertos los jazmines, maduros los trigales,
les las montañas y el olivar florido;
Badajoz corriendo al mar entre vergeles;
el sol de abril los huertos colmados de azucenas,
sus enjambres de oro, para libar sus mieles
persos en los campos, huir de sus colmenas;
¿se la encina roja crujiendo en tus hogares,
crujiendo el cierzo helado tu campo empedernido;
las sierras agrias sueño —¡Urbión, sobre pinares!
Montecayo blanco, al cielo aragonés, erguido!—
pensamiento: Primavera, como un escalofrío
para cruzar el alto solar del romancero,
verdearán de chopos las márgenes del río.
¿verá sus verdes hojas el olmo aquel del Duero?
¿verán los campanarios de Soria sus cigüeñas,
la roquedilla parda más de un zarzal en flor;
los rebaños blancos, por entre grises peñas,
¿verá los altos prados conducirá el pastor.

¿verá, en el azul, vosotras viajeras golondrinas
¿verá vais al joven Duero, rebaños de merinos,
¿verá rumbo hacia las altas praderas numantinas,
¿verá las cañadas hondas y al sol de los caminos;
¿verá los cerdos y pinares que cruza el ágil ciervo,
¿verá las montañas, serrijones, lomazos, parameras,
¿verá donde reina el águila, por donde busca el cuervo
¿verá el insecto expoliario; menudas sementeras
¿verá el sayo ceniciento, casetas y majadas
¿verá de la desnuda roca, arroyos y hontanares
¿verá de a la tarde beben las yuntas fatigadas,
¿verá persos huertecillos, humildes abejares!...

Adiós, tierra de Soria; adiós el alto llano
¿verá el llano de colinas y crestas militares,

roques y roquedas del yermo castellano,
masas de robledos y sombras de encinares!

En la desesperanza y en la melancolía
tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva.
Toda de alma, toda, hacia la tierra mía,
los floridos valles, mi corazón te lleva.

En el tren, abril 1912

CXVII

(AL MAESTRO «AZORÍN» POR SU LIBRO «CASTILLA»)

venta de Cidones está en la carretera
va de Soria a Burgos. Leonarda, la ventera,
llaman la Ruipérez, es una viejecita
aviva el fuego donde borbolla la marmita.
pérez, el ventero, un viejo diminuto
ajo las cejas grises, dos ojos de hombre astuto—,
templa silencioso la lumbre del hogar.
oye la marmita al fuego borbollar.
tado ante una mesa de pino, un caballero
ríbe. Cuando moja la pluma en el tintero,
ojos tristes lucen en un semblante enjuto.
caballero es joven, vestido va de luto.
riento frío azota los chopos del camino.
ve pasar de polvo un blanco remolino.
arde se va haciendo sombría. El enlutado,
iano en la mejilla, medita ensimismado.
undo el correo llegue, que el caballero aguarda,
arde habrá caído sobre la tierra parda
Soria. Todavía los grises serrijones,
ruina de encinares y mellas de aluviones,
lomas azuladas, las agrias barranqueras,
otas y colinas, ribazos y laderas
páramo sombrío por donde cruza el Duero,
ín al sol de ocaso su resplandor de acero.
venta se oscurece. El rojo lar humea.
mecha de un mohoso candil arde y chispea.
enlutado tiene clavados en el fuego
ojos largo rato; se los enjuga luego
un pañuelo blanco. ¿Por qué le hará llorar
on de la marmita, el ascua del hogar?
ró la noche. Lejos se escucha el traqueteo
galopar de un coche que avanza. Es el correo.

CXVIII

(CAMINOS)

la ciudad moruna
las murallas viejas,
contemplo la tarde silenciosa,
ellas con mi sombra y con mi pena.

Ío va corriendo,
de sombrías huertas
arborescencias olivares,
los alegres campos de Baeza.

En las vides pámpanos dorados
entre las rojas cepas.
El alquilar, como un alfanje roto
disperso, reluce y espejea.

Los montes duermen
envueltos en la niebla,
en la calma de otoño, maternal; descansan
sus duras moles de su ser de piedra
en esta tibia tarde de noviembre,
de color piadoso, cárdena y violeta.

El viento ha sacudido
los mustios olmos de la carretera,
levantando en rosados torbellinos
el polvo de la tierra.
Una está subiendo
la carretera, jadeante y llena.

Los caminitos blancos
se cruzan y se alejan,
cuando los dispersos caseríos
del valle y de la sierra.
Los niños de los campos...
¡ya no puedo caminar con ella!

CXIX

or, ya me arrancaste lo que yo más quería.
e otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
or, ya estamos solos mi corazón, y el mar.

CXX

e la esperanza: un día
erás, si bien esperas.
e la desesperanza:
o tu amargura es ella.
e, corazón... No todo
o ha tragado la tierra.

CXXI

í, en las tierras altas,
donde traza el Duero
curva de ballesta
orno a Soria, entre plumizos cerros
anchas de raídos encinares,
corazón está vagando, en sueños...

o ves, Leonor, los álamos del río
sus ramajes yertos?
a el Moncayo azul y blanco; dame
mano y paseemos.
estos campos de la tierra mía,
dados de olivares polvorientos,
caminando solo,
e, cansado, pensativo y viejo.

CXXII

é que tú me llevabas
una blanca vereda,
nedio del campo verde,
ia el azul de las sierras,
ia los montes azules,
mañana serena.

tí tu mano en la mía,
mano de compañera,
voz de niña en mi oído
no una campana nueva,
no una campana virgen
in alba de primavera.
in tu voz y tu mano,
sueños, tan verdaderas!...
e, esperanza, ¡quién sabe
ue se traga la tierra!

CXXIII

Una noche de verano
estaba abierto el balcón
puerta de mi casa—
la muerte en mi casa entró.
Fue acercando a su lecho
y siquiera me miró—,
unos dedos muy finos,
y muy tenue rompió.
Incansable y sin mirarme,
la muerte otra vez pasó
frente de mí. ¿Qué has hecho?
La muerte no respondió.
La niña quedó tranquila,
roto mi corazón.
Y lo que la muerte ha roto
es un hilo entre los dos!

CXXIV

borrarse la nieve, se alejaron
montes de la sierra.
vega ha verdecido
ol de abril, la vega
e la verde llama,
ida, que no pesa;
ensa el alma en una mariposa,
s del mundo, y sueña.
el ciruelo en flor y el campo verde,
el glauco vapor de la ribera,
orno de las ramas,
las primeras zarzas que blanquean,
este dulce soplo
triunfa de la muerte y de la piedra,
amargura que me ahoga fluye
esperanza de Ella...

CXXV

estos campos de la tierra mía,
extranjero en los campos de mi tierra
o tuve patria, donde corre el Duero
entre grises peñas,
antasma de viejos encinares,
en Castilla, mística y guerrera,
tilla la gentil, humilde y brava,
tilla del desdén y de la fuerza—,
estos campos de mi Andalucía,
tierra en que nací!, cantar quisiera.
Tengo recuerdos de mi infancia, tengo
genes de luz y de palmeras,
y una gloria de oro,
mueños campanarios con cigüeñas,
ciudades con calles sin mujeres
y un cielo de añil, plazas desiertas
de crecen naranjos encendidos
sus frutas redondas y bermejas;
y un huerto sombrío, el limonero
ramas polvorientas
fúidos limones amarillos,
el agua clara de la fuente espeja,
aroma de nardos y claveles
y fuerte olor de albahaca y hierbabuena;
genes de grises olivares
y un tórrido sol que aturde y ciega,
cúles y dispersas serranías
arreboles de una tarde inmensa;
y falta el hilo que el recuerdo anuda
orazón, el ancla en su ribera,
estas memorias no son alma. Tienen,
sus abigarradas vestimentas,
al de ser despojos del recuerdo,
arga bruta que el recuerdo lleva.
día tornarán, con luz del fondo ungidos,
cuerpos virginales a la orilla vieja.

Lora del Río, 4 abril 1913

CXXVI

(A JOSÉ MARÍA PALACIO)

Palacio, buen amigo,
¿á la primavera
viendo ya las ramas de los chopos
río y los caminos? En la estepa
alto Duero, primavera tarda,
¿no es tan bella y dulce cuando llega!...
¿venen los viejos olmos
nuevas hojas nuevas?
¿o las acacias estarán desnudas
evados los montes en las sierras.
¿. mole del Moncayo blanca y rosa,
¿, en el cielo de Aragón, tan bella!
¿y zarzas florecidas
¿e las grises peñas,
¿ancas margaritas
¿e la fina hierba?
¿esos campanarios
¿abrán ido llegando las cigüeñas.
¿rá trigales verdes,
¿ulas pardas en las sementeras,
¿riegos que siembran los tardíos
¿las lluvias de abril. Ya las abejas
¿rán del tomillo y el romero.
¿y ciruelas en flor? ¿Quedan violetas?
¿tivos cazadores, los reclamos
¿a perdiz bajo las capas luengas,
¿altarán. Palacio, buen amigo,
¿venen ya ruiseñores las riberas?
¿o los primeros lirios
¿s primeras rosas de las huertas,
¿una tarde azul, sube al Espino,
¿lto Espino donde está su tierra...

Baeza, 29 abril 1913

CXXVII

(OTRO VIAJE)

en los campos de Jaén,
inece. Corre el tren
sus brillantes rieles,
orando matorrales,
iceles,
aplones, pedregales,
ares, caseríos,
leras y cardizales,
ntes y valles sombríos.
s la turbia ventanilla,
a la devanadera
campo de primavera.
uz en el techo brilla
ni vagón de tercera.
re nubarrones blancos,
y grana;
iebla de la mañana
endo por los barrancos.
e insomne sueño mío!
e frío
in amanecer en vela!...
onante,
eante,
cha el tren. El campo vuela.
rente de mí, un señor
re su manta dormido;
raile y un cazador
l perro a sus pies tendido—.
contemplo mi equipaje,
viejo saco de cuero;
cuerdo otro viaje
ia las tierras del Duero.
o viaje de ayer
la tierra castellana
pinos del amanecer

de Almazán y Quintana!—,
alegría
en viajar en compañía!
a unión
ha roto la muerte un día!
uno fría
aprietas mi corazón!
n, camina, silba, humea,
rea
jército de vagones,
rea
etas y corazones.
edad,
edad.
pobre me estoy quedando
ya ni siquiera estoy
migo, ni sé si voy
migo a solas viajando.

CXXVIII

(POEMA DE UN DÍA)
MEDITACIONES RURALES

ne aquí ya, profesor
enguas vivas (ayer
estro de gay-saber,
endiz de ruiseñor),
in pueblo húmedo y frío,
artalado y sombrío,
e andaluz y manchego.
ierno. Cerca del fuego.
ra llueve un agua fina,
ora se trueca en neblina,
se torna aguanieve.
tástico labrador,
iso en los campos. ¡Señor,
bien haces! Llueve, llueve
gua constante y menuda
re alcaceles y habares,
gua muda,
viñedos y olivares.
pendecirán conmigo
sembradores del trigo;
que viven de coger
ceituna;
que esperan la fortuna
comer;
que hogaño,
no antaño,
en toda su moneda
a rueda,
dora rueda del año.
ieve, llueve; tu neblina
se torne en aguanieve,
ra vez en agua fina!
ieve, Señor, llueve, llueve!

mi estancia, iluminada

esta luz invernal,
la tarde gris tamizada
la lluvia y el cristal—,
el tiempo y medito.

Clarea

el reloj arrinconado,
el tic-tac, olvidado
repetido, golpea.
Tic, tic-tic... Ya te he oído.
Tic, tic-tic... Siempre igual
monótono y aburrido.
Tic, tic-tic, el latido
en corazón de metal.
¿Escuchan estos pueblos, ¿se escucha
el tic-tac del tiempo? No.
¿Escuchan estos pueblos se lucha
con tregua con el reloj,
con esa monotonía
que mide un tiempo vacío.
¿Tu hora es la mía?
¿Tu tiempo, reloj, el mío?
(Tic-tic, tic-tic...) Era un día
(Tic-tic, tic-tic) que pasó,
que yo más quería
que la muerte se lo llevó.

¿Escuchas suena un clamoreo
de campanas...
¿Escuchas el repiqueteo
de la lluvia en las ventanas.
¿Escuchas al mágico labrador,
que vino a mis campos. ¡Señor,
¿Cuánto te bendecirán
los sembradores del pan!
¿Escuchas, ¿no es tu lluvia ley,
que rega los campos que ara el buey,
y que rega los palacios del rey?
¿Escuchas, agua buena, deja vida
y no huida!
¿Escuchas, tú, que vas gota a gota,

nte a fuente y río a río,
no este tiempo de hastío
riendo a la mar remota,
cuanto quiere nacer,
nto espera
ecer
ol de la primavera,
diadosa,
mañana
is espiga temprana,
lo verde, carne rosa,
ás: razón y locura
nargura
puerer y no poder
er, creer y creer!

ochece;
ilo de la bombilla
nrojece,
go brilla,
olandece,
o más que una cerilla.
s sabe dónde andarán
gafas... entre librotes,
stas y papelotes,
ién las encuentra?... Aquí están.
ros nuevos. Abro uno
Jnamuno.
, el dilecto,
dilecto
esta España que se agita,
que nace o resucita!
mpre te ha sido, ¡oh Rector
Salamanca!, leal
humilde profesor
in instituto rural.
tu filosofía
llamas diletantesca,
aria y funambulesca,
¡Don Miguel, es la mía.

ria del buen manantial,
npre viva,
itiva;
sía, cosa cordial.
nstructora?
lo hay cimiento
n el alma ni el viento—.
gadora,
inera,
ia la mar sin ribera.
ique Bergson: *Los datos
ediatos
a conciencia*, ¿Esto es
o embeleco francés?
e Bergson es un tuno;
rdad, maestro Unamuno?
gson no da como aquel
namuel
olatín inmortal;
endiablado judío
allado el libre albedrío
tro de su mechinal.
está mal:
a sabio, su problema
ida loco, su tema.
o importa
en la vida mala y corta
llevamos
es o siervos seamos;
; si vamos
mar,
nismo nos han de dar.
, estos pueblos! Reflexiones,
uras y acotaciones
nto dan en lo que son:
tezos de Salomón.
do es
idad de soledades,
idad de vanidades,

dijo el Eclesiastés?
paraguas, mi sombrero,
gabán... El aguacero
mina... Vámonos, pues.

de noche. Se platica
fondo de una botica.
¿O no sé,
¡José,
¡no son los liberales
perros, tan inmorales.
Oh, tranquilícese usted!
¡ados los carnavales;
¡drán los conservadores,
¡nos administradores,
¡tu casa.
¡o llega y todo pasa.
¡la eterno:
¡obierno
¡perdure,
¡nal que cien años dure.
¡ras estos tiempos, vendrán
¡os tiempos y otros y otros,
¡ mismo que nosotros
¡os se jorobarán.
¡es la vida Don Juan.
¡s verdad, así es la vida.
¡a cebada está crecida.
¡on estas lluvias...

—Y van

habas que es un primor.
¡ierto; para marzo, en flor.
¡o la escarcha, los hielos...
¡ además, los olivares
¡n pidiendo a los cielos
¡a a torrentes.

—A mares.

s fatigas, los sudores
pasan los labradores!
otro tiempo...

—Llovía
bién cuando Dios quería.
Hasta mañana, señores.

tic, tic-tic... Ya pasó
día como otro día,
de la monotonía
reló.
re mi mesa *Los datos*
a conciencia, inmediatos.
está mal
yo fundamental,
tingente y libre, a ratos,
ativo, original;
yo que vive y siente
tro la carne mortal,
, por saltar impaciente
bardas de su corral.

Baeza, 1913

CXXIX

(NOVIEMBRE 1913)

año más. El sembrador va echando
emilla en los surcos de la tierra.
; lentas yuntas aran,
ntras pasan las nubes cenicientas
ombreciendo el campo,
pardas sementeras,
grises olivares. Por el fondo
valle el río el agua turbia lleva.
ne Cazorla nieve,
lágina tormenta,
nontera Aznaitín. Hacia Granada,
ntes con sol, montes de sol y piedra.

CXXX

(LA SAETA)

*¿Quién me presta una escalera,
para subir al madero,
para quitarle los clavos
a Jesús el Nazareno?*

SAETA POPULAR

, la saeta, el cantar
bristo de los gitanos,
mpre con sangre en las manos,
mpre por desenclavar!
ntar del pueblo andaluz,
todas las primaveras
a pidiendo escaleras
a subir a la cruz!
ntar de la tierra mía,
echa flores
esús de la agonía,
¡ la fe de mis mayores!
, no eres tú mi cantar!
o puedo cantar, ni quiero
e Jesús del madero,
o al que anduvo en el mar!

CXXXI

(DEL PASADO EFÍMERO)

el hombre del casino provinciano
vio a Carancha recibir un día,
se mustia la tez, el pelo cano,
sus velados por melancolía;
el bigote, gris, labios de hastío,
esa triste expresión, que no es tristeza
algo más y menos: el vacío
mundo en la oquedad de su cabeza.
El luce de corinto terciopelo
su chaqueta y pantalón abotinado,
su cordobés color de caramelo,
su pelo do y torneado.
Sus veces heredó; tres ha perdido
ante su caudal: dos ha enviudado.
Como se anima ante el azar prohibido,
sobre el verde tapete reclinado,
evoca la tarde de un torero,
la muerte de un tahúr, o si alguien cuenta
la hazaña de un gallardo bandolero,
la proeza de un matón, sangrienta.
La tristeza de política banales
se refiere al gobierno reaccionario,
figura que vendrán los liberales,
el que torna la cigüeña al campanario.
El poco labrador, del cielo aguarda
y el cielo teme; alguna vez suspira,
mirando en su olivar, y al cielo mira
con el ojo inquieto, si la lluvia tarda.
El hombre, además, taciturno, hipocondríaco,
se refugia en la Arcadia del presente
de la burre; sólo el humo del tabaco,
le muestra algunas sombras en su frente.
El hombre no es de ayer ni es de mañana,
no es de nunca; de la cepa hispana
no es el fruto maduro ni podrido,

una fruta vana
aquella España que pasó y no ha sido,
que hoy tiene la cabeza cana.

CXXXII

(LOS OLIVOS)

A Manolo Ayuso

I

ojos olivos sedientos
o el claro sol del día,
ares polvorientos
campo de Andalucía!
campo andaluz, peinado
el sol canicular,
oma en loma rayado
olvidar y de olvidar!
n las tierras
adas,
has lomas, lueños sierras
olivares recamadas!
senderos. Con sus machos,
imados de capachos,
gañanes y arrieros.
la venta del camino
puerta, soplan vino
ucaires bandoleros!
ivares y olivares
oma en loma prendidos
l bordados alamares!
ivares coloridos
na tarde anaranjada;
ares rebruñidos
o la luna argentada!
ivares centellados
as tardes cenicientas,
o los cielos preñados
ormentas!...
vares, Dios os dé
eneros

aguaceros,
agostos de agua al pie,
vientos primaverales
stras flores racimadas;
s lluvias otoñales,
stras olivas moradas.
var, por cien caminos,
olivitas irán
uinando a cien molinos.
darán
ajo en las alquerías
ñanes y braceros,
buenas frentes sombrías
o los anchos sombreros!...
ivar y olivaderos,
que y raza,
ipo y plaza
os fieles al terruño
arado y al molino,
os que muestran el puño
estino,
benditos labradores,
bandidos caballeros,
señores
otos y matuteros!...
idades y caseríos
a margen de los ríos,
os pliegues de la sierra!...
nga Dios a los hogares
las almas de esta tierra
olivares y olivares!

II

os leguas de Úbeda, la Torre
Pero Gil, bajo este sol de fuego,
e burgo de España. El coche rueda
e grises olivos polvorientos.
í, el castillo heroico.

la plaza, mendigos y chicuelos:
orgía de harapos...
amos frente al atrio del convento
a Misericordia.
s blancos muros, los cipreses negros!
ria melancolía
no asperón de hierro
raspa el corazón! ¡Amurallada
lad, erguida en este basurero!...
a casa de Dios, decid, hermanos,
. casa de Dios, ¿qué guarda dentro?
se pálido joven,
nabrado y atento,
parece mirarnos con la boca,
i el loco del pueblo,
quien se dice: es Lucas,
s o Ginés, el tonto que tenemos.
uimos. Olivares. Los olivos
n en flor. El carricoche lento,
aso de dos pencos matalones,
ina hacia Peal. Campos ubérrimos.
ierra da lo suyo; el sol trabaja;
ombre es para el suelo:
era, siembra y labra
i fatiga unce la tierra al cielo.
otros enturbiamos
iente de la vida, el sol primero,
nuestros ojos tristes,
nuestro amargo rezo,
nuestra mano ociosa,
nuestro pensamiento
e engendra en el pecado,
ive en el dolor. ¡Dios está lejos!—
a piedad erguida
re este burgo sórdido, sobre este basurero,
. casa de Dios, decid, ¡oh santos
ones de von Kluck! ¿qué guarda dentro?

CXXXIII

(LLANTO DE LAS VIRTUDES Y COPLAS POR LA MUERTE DE DON GUIDO)

ñin, una pulmonía
ó a don Guido, y están
campanas todo el día
lando por él ¡din-dán!

rió don Guido, un señor
nozo muy jaranero,
y galán y algo torero;
viejo, gran rezador.

en que tuvo un serrallo
señor de Sevilla;
era diestro
nanejar el caballo,
y maestro
refrescar manzanilla.

undo mermó su riqueza,
su monomanía
sar que pensar debía
sentar la cabeza.

sentóla
na manera española,
fue casarse con una
cella de gran fortuna;
pintar sus blasones,
lar de las tradiciones
su casa,
cándalos y amoríos
er tasa,
lina a su desvaríos.

n pagano,
izó hermano
na santa cofradía;

ueves Santo salía,
ando un cirio en la mano
aquel trueno!—,
ido de nazareno.
7 nos dice la campana
han de llevarse mañana
uen don Guido, muy serio,
iino del cementerio.

en don Guido, ya eres ido
ara siempre jamás...
uien dirá: ¿Qué dejaste?
pregunto: ¿Qué llevaste
undo donde hoy estás?

amor a los alamares
las sedas y a los oros,
la sangre de los toros
humo de los altares?

en don Guido y equipaje,
en viaje!...

icá
allá
allero,
re en tu rastro marchito,
nfinito:
, cero.

las enjutas mejillas,
rillas,
s párpados de cera,
fina calavera
a almohada del lecho!

fin de una aristocracia!
barba canosa y lacia
re el pecho;
ido en tosco sayal,
yertas manos en cruz,

. formal!,
aballero andaluz.

CXXXIV

(LA MUJER MANCHEGA)

Mancha y sus mujeres... Argamasilla, Infantes,
Utiel, Alcañices, Valdepeñas. La novia de Cervantes,
el manchego heroico, el ama y la sobrina
patio, la alacena, la cueva y la cocina,
la arca y la costura, la cuna y la pitanza),
la esposa de Don Diego y la madre de Panza,
la hija del ventero, y tantas como están
en esta tierra y tantas que son y que serán
madres de manchegos y madres de españoles
de las tierras de lagares, molinos y arreboles.
La mujer manchega garrida y bien plantada,
y sobre sí doncella, perfecta de casada.

El sol de la caliente llanura vinariega
calienta su piel, mas guarda frescura en bodega
de su corazón: Devota, sabe rezar con fe
y cree que Dios nos libre de cuanto no se ve.
Su obra es la casa —menos celada que en Sevilla,
menos gineceo y menos castillo que en Castilla—.
En el hogar manchego la musa ordenadora;
en la casa cuenta los vasares, los lienzos alcanfora;
en las cuentas de la plaza anota en su diario,
en la cuenta de los garbanzos, cuenta las cuentas del rosario.

¿Y más? Por estos campos hubo un amor de fuego
que abrasaron un corazón manchego.
¿Tuvo en esta Mancha su cuna Dulcinea?
¿Es el Toboso patria de la mujer idea
de un corazón, engendro e imán de corazones,
que a un buen varón no impregna y aún parirá varones?

En esta Mancha —prados, viñedos y molinos—
como el cielo iguala sus caminos,
como las arpas arrugadas en el tostado suelo
de las arpas pastos como raído terciopelo;
este seco llano de sol y lejanía,

londe el ojo alcanza su pleno mediodía
diminuto bando de pájaros puntea
rdigo del cielo sobre la blanca aldea,
lá se yergue un soto de verdes alamillos,
leguas y más leguas de campos amarillos),
esta tierra, lejos del mar y la montaña,
ncho reverbero del claro sol de España,
uvo un pobre hidalgo ciego de amor un día
mor nublóle el juicio; su corazón veía—.

í, la cerca y lejos, por el inmenso llano
na compañera y estrella de Quijano,
na labradora fincada en tus terrones
h madre de manchegos y numen de visiones—,
ste, buena Aldonza, tu vida verdadera,
ndo tu amante erguía su lanza justiciera,
i tu casona blanca echando el rubio trigo.
iel amor de fuego era por ti y contigo.

peres de la Mancha, con el sagrado mote
Dulcinea, os salve la gloria de Quijote.

CXXXV

(EL MAÑANA EFÍMERO)

A Roberto Castrovido

España de charanga y pandereta,
lado y sacristía,
ota de Frascuelo y de María,
espíritu burlón y de alma quieta,
le tener su mármol y su día,
nfalible mañana y su poeta.
vano ayer engendrará un mañana
ío y ¡por ventura! pasajero.
á un joven lechuzo y tarambana,
sayón con hechuras de bolero,
moda de Francia realista,
oco al uso de París pagano,
estilo de España especialista
el vicio al alcance de la mano.
España inferior que ora y bosteza,
a y tahúr, zaragatera y triste;
España inferior que ora y embiste,
ndo se digna usar de la cabeza,
tendrá luengo parto de varones
ntes de sagradas tradiciones
e sagradas formas y maneras;
ecerán las barbas apostólicas,
ras calvas en otras calaveras
larán, venerables y católicas.
vano ayer engendrará un mañana
ío y ¡por ventura! pasajero,
ombra de un lechuzo tarambana,
in sayón con hechuras de bolero,
acuo ayer dará un mañana huero.
no la náusea de un borracho ahíto
vino malo, un rojo sol corona
ieces turbias, las cumbres de granito;
un mañana estomagante escrito

a tarde pragmática y dulzona.
s otra España nace,
España del cincel y de la maza,
esa eterna juventud que se hace
pasado macizo de la raza.
t España implacable y redentora,
aña que alborea
un hacha en la mano vengadora,
aña de la rabia y de la idea.

CXXXVI

(PROVERBIOS Y CANTARES)

I

¿Por qué perseguí la gloria
dejar en la memoria
de los hombres mi canción;
como los mundos sutiles,
rávidos y gentiles
de las pompas de jabón.
¿Por qué gusta verlos pintarse
de azul y grana, volar
sobre el cielo azul, temblar
inestablemente y quebrarse.

II

¿Por qué llamar caminos
a los surcos del azar?...
¿Por qué el que camina anda,
¿Por qué Jesús, sobre el mar.

III

¿Por qué quien nos justifica nuestra desconfianza
nos llama enemigo, ladrón de una esperanza.
¿Por qué más perdona el necio si ve la nuez vacía
que el que se dio a cascar el diente de la sabiduría.

IV

¿Por qué estas horas son minutos
cuando esperamos saber,
y estos segundos son siglos cuando sabemos
que se puede aprender.

V

Valen nada el fruto
ido sin sazón...
Aunque te elogie un bruto
le tener razón.

VI

Lo que llaman los hombres
Luz, justicia y bondad,
mitad es envidia,
otra no es caridad.

VII

He visto garras fieras en las pulidas manos;
Duzco grajos mélicos y líricos marranos...
Más truhán se lleva la mano al corazón,
bruto más espeso se carga de razón.

VIII

preguntar lo que sabes
tempo no has de perder...
preguntas sin respuesta
¿Quién te podrá responder?

IX

¡Hombre, a quien el hambre de la rapiña acucia,
Nacida malicia y natural astucia,
Nació la inteligencia y acaparó la tierra.
¡Aun la verdad proclama! ¡Supremo ardid de guerra!

X

envidia de la virtud
o a Caín criminal.
oria a Caín! Hoy el vicio
o que se envidia más.

XI

mano del piadoso nos quita siempre honor;
; nunca ofende al darnos su mano el lidiador.
ud es fortaleza, ser bueno es ser valiente;
udo, espada y maza llevar bajo la frente;
que el valor honrado de todas armas viste;
sólo para, hiere, y más que aguarda, embiste.
e la piqueta arruine, el látigo flagele;
spada punce y hienda y el gran martillo aplaste.

XII

os que a la luz se abrieron
lía para, después,
gos tornar a la tierra,
os de mirar sin ver!

XIII

el mejor de los buenos
en sabe que en esta vida
o es cuestión de medida:
oco más, algo menos...

XIV

ud es la alegría que alivia el corazón
; grave y desarruga el ceño de Catón.
ueno es el que guarda, cual venta del camino,
ediento el agua, para el borracho el vino.

XV

estad conmigo en coro: Saber, nada sabemos,
al mar profundo vinimos, a ignota mar iremos...
Entre los dos misterios está el enigma grave;
la llave oculta cierra una desconocida llave.
Pero nada ilumina y el sabio nada enseña.
¿Qué dice la palabra? ¿Qué el agua de la peña?

XVI

El hombre es por natura la bestia paradójica,
el animal absurdo que necesita lógica.
El mundo de nada un mundo y, su obra terminada,
«estoy en el secreto —se dijo—, todo es nada».

XVII

El hombre sólo es rico en hipocresía.
En sus diez mil disfraces para engañar confía;
En la doble llave que guarda su mansión
la ajena hace ganzúa de ladrón.

XVIII

¡Ay, cuando yo era niño
jugaba con los héroes de la Ilíada!
¡Ay, cuando yo era niño
jugaba con los héroes de la Ilíada!
¡Ay, cuando yo era niño
jugaba con los héroes de la Ilíada!
¡Ay, cuando yo era niño
jugaba con los héroes de la Ilíada!

XIX

El asca-nueces-vacías,
la colección de cien vanidades
de supercherías
se vende como verdades.

XX

tesa, alma de fuego,
n de la Cruz, espíritu de llama,
aquí hay mucho frío, padres nuestros
razoncitos de Jesús se apagan!

XXI

er soñé que veía
dios y que a Dios hablaba;
ñé que Dios me oía...
pués soñé que soñaba.

XXII

as de hombres y mujeres,
amoríos de ayer,
los tengo olvidados,
ieron alguna vez.

XXIII

extrañéis, dulces amigos,
esté mi frente arrugada;
vivo en paz con los hombres
ni guerra con mis entrañas.

XXIV

diez cabezas, nueve
oisten y una piensa.
rica extrañéis que un bruto
descuerne luchando por la idea.

XXV

abejas de las flores
en miel, y melodía
amor, los ruiseñores;
tú y yo —perdón, señores—
vamos —perdón, Lucía—,
amor en Teología.

XXVI

Med sobre los campos
el carbonero, un sabio y un poeta.
¿Veis cómo el poeta admira y calla,
el sabio mira y piensa...
Naturalmente, el carbonero busca
las moras o las setas.
Vadlos al teatro
pero el carbonero no bosteza.
Él prefiere lo vivo a lo pintado
El hombre que piensa, canta o sueña.
El carbonero tiene
una de fantasías la cabeza.

XXVII

¿Dónde está la utilidad
de vuestras utilidades?
Vamos a la verdad:
la inutilidad de vanidades.

XXVIII

El hombre tiene dos
enemigas que pelear:
el sueño lucha con Dios;
el despierto, con el mar.

XXIX

andar se hace camino
volver la vista atrás
de la senda que nunca
da de volver a pisar.
Sinante, no hay camino,
y estelas en la mar.

Sinante, son tus huellas
camino, y nada más;
Sinante, no hay camino,
hace camino al andar.

XXX

que espera desespera,
de la voz popular.
¿é verdad tan verdadera!

Verdad es lo que es,
que siendo verdad
que se piense al revés.

XXXI

¿azón, ayer sonoro,
no suena
monedilla de oro?
¿alcanzaba,
antes que el tiempo la rompa,
iré quedando vacía?
¿creemos
que no será verdad
de lo que sabemos.

XXXII

... fe del meditabundo!
... fe después del pensar!
... o si viene un corazón al mundo

osa el vaso humano y se hincha el mar.

XXXIII

é a Dios como una fragua
uego, que ablanda el hierro,
no un forjador de espadas,
no un bruñidor de aceros,
iba firmando en las hojas
uz: Libertad - Imperio.

XXXIV

amo a Jesús, que nos dijo:
lo y tierra pasarán.
ndo cielo y tierra pasen
palabra quedará.
ál fue, Jesús, tu palabra?
nor? ¿Perdón? ¿Caridad?
as tus palabras fueron
palabra: Velad.

XXXV

7 dos modos de conciencia:
es luz, y otra, paciencia.
estriba en alumbrar
oquito el hondo mar;
, en hacer penitencia
caña o red, y esperar
ez, como pescador.
e tú: ¿Cuál es mejor?
nciencia de visionario
mira en el hondo acuario
es vivos,
tivos,
no se pueden pescar,
a maldita faena
r arrojando a la arena,

ertos, los peces del mar?

XXXVI

empirista. Ni somos ni seremos.
o nuestro vivir es prestado.
la trajimos; nada llevaremos.

XXXVII

ces que nada se crea?
te importe, con el barro
a tierra, haz una copa
a que beba tu hermano.

XXXVIII

ces que nada se crea?
arero, a tus cacharos.
; tu copa y no te importe
o puedes hacer barro.

XXXIX

en que el ave divina,
ada en pobre gallina,
obra de las tijeras
¡que! el sabio profesor
¡Kant un esquilador
as aves altaneras;
a su filosofía,
(sport de cetrería),
en que quiere saltar
tapias del corralón,
olar
vez, hacia Platón.
rra! ¡Sea!
liz será quien lo vea!

XL

cada uno y todos sobre la tierra iguales:
omnibus que arrastran dos pencos matalones,
el camino, a tumbos, hacia las estaciones,
omnibus completo de viajeros banales,
o medio un hombre mudo, hipocondríaco, austero,
nien se cuentan cosas y a quien se ofrece vino...
lá, cuando se llegue, ¿descenderá un viajero
más? ¿O habránse todos quedado en el camino?

XLI

no es saber que los vasos
sirven para beber;
nalo es que no sabemos
a qué sirve la sed.

XLII

ces que nada se pierde?
sta copa de cristal
ne rompe, nunca en ella
eré, nunca jamás.

XLIII

es que nada se pierde
aso dices verdad,
o todo lo perdemos
do nos perderá.

XLIV

o pasa y todo queda,
o lo nuestro es pasar,
ar haciendo caminos,
inios sobre la mar.

XLV

rir... ¿Caer como gota
nar en el mar inmenso?
ser lo que nunca he sido:
, sin sombra y sin sueño,
solitario que avanza,
camino y sin espejo?

XLVI

oche soñé que oía
ios, gritándome: ¡Alerta!
go era Dios quien dormía,
o gritaba: ¡Despierta!

XLVII

atro cosas tiene el hombre
no sirven en la mar:
la, gobernalle y remos,
iedo de naufragar.

XLVIII

ando mi calavera
nuevo Hamlet dirá:
aquí un lindo fósil de una
eta de carnaval.

XLIX

noto, al paso que me torno viejo
en el inmenso espejo,
de orgulloso me miraba un día,
el azogue lo que yo ponía.
espejo del fondo de mi casa

mano fatal
ayendo el azogue, y todo pasa
él como la luz por el cristal.

L

estro español bosteza.
hambre? ¿Sueño? ¿Hastío?
ctor, ¿tendrá el estómago vacío?
El vacío es más en la cabeza.

LI

del alma, luz divina,
, antorcha, estrella, sol...
hombre a tientas camina;
a a la espalda un farol.

LII

cutiendo están dos mozos
la fiesta del lugar
por la carretera
mpo a traviesa irán.
cutiendo y disputando
diezan a pelear.
con las trancas de pino
osos golpes se dan;
e tiran de las barbas,
se las quieren pelar.
pasado un carretero,
va cantando un cantar:
mero, para ir a, Roma,
ue importa es caminar;
oma por todas partes,
todas partes se va».

LII

Hay un español que quiere
r y a vivir empieza,
e una España que muere
ra España que bosteza.
añolito que vienes
nundo, te guarde Dios.
i de las dos Españas
le helarte el corazón.

CXXXVII

(PARÁBOLAS)

I

un niño que soñaba
caballo de cartón.
vió los ojos el niño
caballito no vio.
un caballito blanco
niño volvió a soñar;
por la crin lo cogía...
ahora no te escaparás!
cuando lo hubo cogido,
niño se despertó.
con el puño cerrado.
el caballito voló!
dijo el niño muy serio
sabiendo que no es verdad
el caballito soñado.
ahora no volvió a soñar.
Cuando el niño se hizo mozo
el mozo tuvo un amor,
su amada le decía:
¿Eres de verdad o no?
Cuando el mozo se hizo viejo
le decía: Todo es soñar,
el caballito soñado
no es caballo de verdad.
Cuando vino la muerte,
le dijo a su corazón
preguntaba: ¿Tú eres sueño?
nadie sabe si despertó!

II

A D. Vicente Ciurana

re la limpia arena, en el tartesio llano
donde acaba España y sigue el mar,
dos hombres que apoyan la cabeza en la mano;
duerme, y el otro parece meditar.
mo, en la mañana de tibia primavera,
o a la mar tranquila,
uesto entre sus ojos y el mar que reverbera,
párpados, que borran el mar en la pupila.
e ha dormido, y sueña con el pastor Proteo,
sabe los rebaños del marino guardar;
eña que le llaman las hijas de Nereo,
a oído a los caballos de Poseidón hablar.
otro mira al agua. Su pensamiento flota;
del mar, navega —o se pone a volar—.
pensamiento tiene un vuelo de gaviota,
ha visto un pez de plata en el agua saltar.
iensas: «Es esta vida una ilusión marina
in pescador que un día ya no puede pescar».
oñador ha visto que el mar se le ilumina,
eña que es la muerte una ilusión del mar.

III

se de un marinero
hizo un jardín junto al mar,
metió a jardinero.
aba el jardín en flor,
jardinero se fue
esos mares de Dios.

III

(CONSEJOS)

e esperar, aguarda que la marea fluya
sí en la costa, un barco— sin que el partir te inquiete.
o el que aguarda sabe que la victoria es suya;
que la vida es larga y el arte es un juguete.

¡ la vida es corta
o llega la mar a tu galera,
arda sin partir y siempre espera,
el arte es largo y, además, no importa.

V

(PROFESIÓN DE FE)

s no es el mar, está en el mar, riela
no luna en el agua, o aparece
no una blanca vela;
el mar se despierta o se adormece.

ó la mar, y nace
a mar cual la nube y la tormenta;
l Criador y la criatura lo hace;
liento es alma, y por el alma alienta.
he de hacerte, mi Dios, cual tú me hiciste,
ra darte el alma que me diste
ní te he de crear. Que el puro río
aridad que fluye eternamente,
ra en mi corazón. ¡Seca, Dios mío,
ma fe sin amor la turbia fuente!

VI

Dios que todos llevamos,
Dios que todos hacemos,
Dios que todos buscamos
de nunca encontraremos.
s dioses o tres personas
solo Dios verdadero.

VII

e la razón: Busquemos
verdad.

El corazón: Vanidad.
La verdad ya la tenemos.
La razón: ¡Ay, quién alcanza
la verdad!
El corazón: Vanidad.
La verdad es la esperanza.
Yo y la razón: Tú mientes,
Yo contesto al corazón:
En la mente eres tú, razón,
Yo digo lo que no siento.
La razón: Jamás podremos
entendernos, corazón.
El corazón: Lo veremos.

VIII

La abeja meditadora,
Lejos se oye el zumbido
de la abeja libadora!

Has puesto un velo de sombra
sobre el bello mundo y vas
tratando de ver, porque mides
la sombra con un compás.

Mientras la abeja fabrica,
fabrica,
el jugo de campo y sol,
Yo voy echando verdades
que nada son, vanidades
fondo de mi crisol.
De la mar al percepto,
percepto al concepto,
concepto a la idea
¡Oh, la linda tarea!—,
De la idea a la mar.
Otra vez a empezar!

CXXXVIII

(MI BUFÓN)

lemonio de mis sueños
con sus labios rojos,
negros y vivos ojos,
dientes finos, pequeños.
ovial y picaresco
anza a un baile grotesco,
endo el cuerpo deforme
i enorme
ba. Es feo y barbudo,
tiquitín y panzudo.
no sé por qué razón,
ni tragedia, bufón,
és... Mas tú eres vivo
tu danzar sin motivo.

CXL

(AL JOVEN MEDITADOR JOSÉ ORTEGA Y GASSET)

laurel y hiedra
frente, dilecto
sófía, arquitecto.
cel, martillo y piedra
asones te sirvan; las montañas
Guadarrama frío
rinden el azul de sus entrañas,
litador de otro Escorial sombrío.
que Felipe austero,
orde de su regia sepultura,
me a ver la nueva arquitectura,
condiga la prole de Lutero.

CXLI

(A XAVIER VALCARCE)

«...En el intermedio de la primavera»

carce, dulce amigo, si tuviera
oz que tuve antaño, cantarí
intermedio de tu primavera
orque aprendiz he sido de rui señor un día—,
rumor de tu huerto —entre las flores
gua oculta corre, pasa y suena
acequias, regatos y atanores—,
inquieto bullir de tu colmena,
a doliente juventud que tiene
ores de faunalias,
ie pisando viene
uella a mis sandalias.
s hoy... ¿será porque el enigma grave
tentó en la desierta galería,
orí con una diminuta llave
entanal del fondo que da a la mar sombría?
rá porque se ha ido
en asentó mis pasos en la tierra,
este nuevo ejido
rubia mies, la soledad me aterra?
sé, Valcarce, mas cantar no puedo;
a dormido la voz en mi garganta,
ene el corazón un salmo quedo.
sólo reza el corazón, no canta.
s hoy, Valcarce, como un fraile viejo
do hacer confesión, que es dar consejo.
este día claro, en que descansa
arne de quimeras y amoríos
sí en amplio silencio se remansa
gua bullidora de los ríos—,
guardes en tu cofre la galana
e dominical, el limpio traje,
a llenar de lágrimas mañana
ustia seda y el marchito encaje,

o viste, Valcarce, dulce amigo,
i de fiesta para andar contigo.
ñete la espada rutilante,
eva tu armadura,
eto de diamante
ajo de la blanca vestidura.
ién sabe! Acaso tu domingo sea
ornada guerrera y laboriosa,
ía del Señor, que no reposa,
laro día que el Señor pelea.

CXLII

(MARIPOSA DE LA SIERRA)

A Juan Ramón Jiménez, por su libro *Platero y yo*

¿eres tú, mariposa,
alma de estas sierras solitarias,
sus barrancos, hondos,
sus cumbres agrias?
¿a que tú nacieras,
con su varita mágica
de las tormentas de la piedra, un día,
habría callado un hada,
habría cadenado los montes,
¿a que tú volaras.
¿de la granja y negra,
de la blanca y dorada,
de la mariposa montés, sobre el romero
de las voladoras alillas, o, volitarias,
de las que andan con el sol, o sobre un rayo
de las crucificadas.
¿de la mariposa montés y campesina,
de la mariposa serrana,
de la que le ha pintado tu color; tú vives
de la que vive en el color y tus alas
de la que vive en el aire, en el sol, sobre el romero,
de la que vive libre, tan salada!...
de la que Juan Ramón Jiménez
de la que se por ti su lira franciscana.

Sierra de Cazorla, 28 mayo 1915

esón de los caminos y posada
Esquivias, Salas, Almazán, Olmedo!
ciudad diminuta y la campana
as monjas que tañe, cristalina...
, dueña doñeguil tan de mañana
nor de Juan Ruiz a doña Endrina!
comadres —Gerarda y Celestina—.
amantes —Fernando y Dorotea—.
casa, oh huerto, oh sala silenciosa!
divino vasar en donde posa
dulces ojos verdes Melibea!
jardín de cipreses y rosales,
de Calisto ensimismado piensa,
tornan con las nubes inmortales
mismas olas de la mar inmensa!
este hoy que mira a ayer; y este mañana
nacerá tan viejo!
esta esperanza vana
romper el encanto del espejo!
esta agua amarga de la fuente ignota!
este filtrar la gran hipocondría
España siglo a siglo y gota a gota!
esta alma de *Azorín*... y esta alma mía
está viendo pasar, bajo la frente,
una España la inmensa galería,
el pasa del ahogado en la agonía
o su ayer, vertiginosamente!
ta, *Azorín*, yo creo
el alma sutil de tu Castilla,
y esa maravilla
de un hombre triste del balcón, que veo
empre añorar, la mano en la mejilla.
contra el gesto del persa, que azotaba
a ir con su cadena;
contra la flecha que el tahúr tiraba
de cielo, creo en la palabra buena.
de un pueblo que ayuna y se divierte,
y eructa, desde un pueblo impío
juega al mus, de espaldas a la muerte,

o en la libertad y en la esperanza,
i una fe que nace
ndo se busca a Dios y no se alcanza,
i el Dios que se lleva y que se hace.

ENVÍO

. tú, *Azorín*, que de la mar de Ulises
ste al ancho llano
londe el gran Quijote, el buen Quijano,
ó con Esplandianes y Amadises;
n *Azorín*, por adopción manchego,
guardas tu alma ibera,
orazón de fuego
o el recio almidón de tu pechera
n poco libertario
ara a la doctrina,
mirable *Azorín*, el reaccionario
asco de la greña jacobina!—
o tranquilo, varonil —la espada
ida a la cintura
on santo rencor acicalada—,
mo en el umbral de tu aventura!
, tú, *Azorín*, escucha: España quiere
gir, brotar, toda una España empieza!
ha de helarse en la España que se muere?
i de ahogarse en la España que bosteza?
a salvar la nueva epifanía
que acudir, ya es hora,
el hacha y el fuego al nuevo día.
e cantar los gallos de la aurora.

Baeza, 1915

CXLIV

(UNA ESPAÑA JOVEN)

Fue un tiempo de mentira, de infamia. A España toda,
malherida España, de Carnaval vestida
la pusieron, pobre y escuálida y beoda,
a que no acertara la mano con la herida.
Ayer; éramos casi adolescentes; era
tiempo malo, encinta de lúgubres presagios,
quiendo montar quisimos en pelo una quimera,
mientras la mar dormía ahíta de naufragios.
En el puerto la sórdida galera,
y una nave de oro nos plugo navegar
por los altos mares, sin aguardar ribera,
alzando velas y anclas y gobernalle al mar.
Entonces, por el fondo de nuestro sueño —herencia
de un siglo que vencido sin gloria se alejaba—
no alba entrar quería; con nuestra turbulencia
batallaba de las divinas ideas.
Y cada cual el rumbo siguió de su locura;
mostró su brazo, acreditó su brío;
y como un espejo bruñida su armadura
dijo: «El hoy es malo, pero el mañana... es mío».
Y hoy aquel mañana de ayer... Y España toda,
sucios oropeles de Carnaval vestida
la tenemos: pobre y escuálida y beoda;
y hoy de un vino malo: la sangre de su herida.
Si juventud más joven, si de más alta cumbre
voluntad te llega, irás a tu ventura
abierta y transparente a la divina lumbre,
como el diamante clara, como el diamante pura.

1914

CXLV

(ESPAÑA EN PAZ)

mi rincón moruno, mientras repiquetea
gua de la siembra bendita en los cristales,
oienso en la lejana Europa que pelea,
ero Norte, envuelto en lluvias otoñales.
ide combaten galos, ingleses y teutones,
, en la vieja Flandes y en una tarde fría,
re jinetes, carros, infantes y cañones
drá la lluvia el velo de su melancolía.
olverá la niebla el rojo expolario
ordina gris al férreo claror del campamento—,
brumas de la mancha caerán como un sudario
a flamenca duna sobre el fangal sangriento.
César ha ordenado las tropas de Germania
tra el francés avaro y el triste moscovita,
só hostigar la rubia pantera de Britania.
dio planeta en armas contra el teutón milita.
ñor! La guerra es mala y bárbara; la guerra,
ada por las madres, las almas entigrece;
ntras la guerra pasa, ¿quién sembrará la tierra?
ién segará la espiga que junio amarillece?
ión acecha y caza las quillas en los mares;
mania arruina templos, moradas y talleres;
uerra pone un soplo de hielo en los hogares,
hambre en los caminos, y el llanto en las mujeres.
bárbara la guerra y torpe y regresiva;
r qué otra vez a Europa esta sangrienta racha
siega el alma y esta locura acometiva?
r qué otra vez el hombre de sangre se emborracha?
guerra nos devuelve las podres y las pestes
Ultramar cristiano; el vértigo de horrores
trajo Atila a Europa con sus feroces huestes;
hordas mercenarias, los púnicos rencores;
uerra nos devuelve los muertos milenarios
íclopes, centauros, Heracles y Téseos;
uerra resucita los sueños cavernarios

hombre con peludos mammutos gigantes.
bien? El mundo en guerra y en paz España sola.
¡Salud, oh buen Quijano! Por si este gesto es tuyo,
te saludo. ¡Salve! Salud, paz española,
si eres paz cobarde, sino desdén y orgullo.
eres desdén y orgullo, valor de ti, si bruñes
esa paz, valiente, la enmohecida espada,
para tenerla limpia, sin tacha, cuando empuñes
el arma de tu vieja panoplia arrinconada;
afilas y acicalas tus hierros para, un día,
salir de luz, y erguida: *heme aquí, pues, España,
con alma y cuerpo, toda, para una guerra mía,
y me aquí pues, vestida para la propia hazaña,*
para que diga quien oiga: *es voz, no es eco;
cuando manchego habla palabras de cordura;
dice que el hidalgo amojamado y seco
habló en razón, y tiene espada a la cintura;*
¡Salud, paz de España, yo te saludo.

Si eres

la conciencia humana de esos rencores cabezudos
que se matan miles de avaros mercaderes,
de la madre tierra que los parió desnudos;
sabes como Europa entera se anegaba
en una paz sin alma, en un afán sin vida,
como una calentura cruel la aniquilaba,
como es hoy la fiebre de esta pelea fratricida;
sabes que esos pueblos arrojan sus riquezas
en el mar y al fuego —todos— para sentirse hermanos
ante el divino altar de la pobreza,
griegos y tudescos, latinos y britanos,
¡Salud, paz de España, también yo te saludo,
ti, la España fuerte, si, en esta paz bendita,
como si desdeño esculpes como sobre un escudo,
como los ojos que avizoran y un ceño que medita.

Baeza, 10 de noviembre de 1914

CXLVI

Flor de santidad. —Novela milenaria,
por D. Ramón del Valle-Inclán, 1904.

La leyenda en sabio romance campesino,
rcaico ni moderno, por Valle-Inclán escrita,
ela en los halagos de un viento vespertino,
anta flor de alma que nunca se marchita.
La leyenda campo y campo. Un peregrino
vuelve solitario de la sagrada tierra
de Jesús morara, camina sin camino,
e los agrios montes de la galaica sierra.
ando, silenciosa, la rueca a la cintura,
ga, en cuyos ojos la llama azul fulgura
a piedad humilde, en el romero ha visto
eclinar la tarde, la pálida figura,
rente gloriosa de luz y la amargura
umor que tuvo un día el SALVADOR DOM. CRISTO.

CXLVII

(AL MAESTRO RUBÉN DARÍO)

El noble poeta, que ha escuchado
ecos de la tarde y los violines
otoño en Verlaine, y que ha cortado
rosas de Ronsard en los jardines
Francia, hoy, peregrino
de Ultramar de Sol, nos trae el oro
de su verbo divino.
Los terios del loor vibran en coro!
La nave bien guarnida,
con fuerte casco y acerada proa,
con viento y luz la blanca vela henchida
ya, pronta a arribar, la mar sonora.
Yo le grito: ¡Salve! a la bandera
nigera que tiene
de hermosa galera
de una nueva España a España viene.

1904

CXLVIII

(A LA MUERTE DE RUBÉN DARÍO)

ra toda en su verso la armonía del mundo,
nde fuiste, Darío, la armonía a buscar?
linero de Hesperia, ruiseñor de los mares,
azón asombrado de la música astral,
ha llevado Dionysos de su mano al infierno
on las nuevas rosas triunfantes volverás?
han herido buscando la soñada Florida,
ente de la eterna juventud, capitán?
e en esta lengua madre la clara historia quede;
razones de todas las Españas, llorad.
ón Darío ha muerto en sus tierras de Oro,
nueva nos vino atravesando el mar.
gamos, españoles, en un severo mármol,
ombre, flauta y lira, y una inscripción no más:
lie esta lira pulse, si no es el mismo Apolo,
ie esta flauta suene, si no es el mismo Pan.

1916

CXLIX

(A NARCISO ALONSO CORTÉS, POETA DE CASTILLA)

Jam senior, sed cruda deo viridisque senectū.

VIRGILIO (*Eneida*)

versos me han llegado a este rincón manchego,
o presente en arcas de rica taracea,
guardan, entre ramos de castellano espliego,
ciso de Citeres y lirios de Judea,
tu árbol viejo anida un canto adolescente,
ruiseñor de antaño la dulce melodía.
ta, que declaras arrugas en tu frente,
nusa es la más noble: se llama Todavía.
corazón del hombre con red sutil envuelve
empo, como niebla de río una arboleda,
mires: todo pasa; olvida: nada vuelve!
l corazón del hombre se angustia... ¡Nada queda!
tiempo rompe el hierro y gasta los marfiles.
i limas y barrenas, buriles y tenazas,
empo lanza obreros a trabajar febriles,
nos con punzones y cíclopes con mazas.
tiempo lame y roe y pule y mancha y muerde;
ava el alto muro, la piedra agujerea;
ga la mejilla y abrasa la hoja verde:
re las frentes cava los surcos de la idea.
o el poeta afronta el tiempo inexorable,
no David al fiero gigante filisteo;
u armadura busca la pieza vulnerable,
iere obrar la hazaña a que no osó Teseo.
cer al tiempo quiere. ¡Al tiempo! ¿Hay un seguro
de afincar la lucha? ¿Quién lanzará el venablo
cace esa alimaña? ¿Se sabe de un conjuro
ahuyente ese enemigo, como la cruz al diablo?
lma. El alma vence —¡la pobre cenicienta,
en este siglo vano, cruel, empedernido,
esos mundos vaga escuálida y hambrienta!—
ngel de la muerte y al agua del olvido.

fortaleza opone al tiempo, como el puente
npetu del río sus pétreos tajamares;
o ella el tiempo lleva bramando su torrente,
aguas cenagosas huyendo hacia los mares.
ta, el alma sólo es ancla en la ribera,
lo cruel y doble escudo adamantino;
i el diciembre helado, rosal de primavera;
l del caminante y sombra del camino.
ta, que declaras arrugas en tu frente,
oble verso sea más joven cada día;
en tu árbol viejo suene el canto adolescente,
ruiseñor eterno la dulce melodía.

Venta de Cárdenas, 24 de octubre 1913.

CL

(MIS POETAS)

Primero es Gonzalo de Berceo llamado,
Gonzalo de Berceo, poeta y peregrino,
yendo en romería acaeció en un prado,
quien los sabios pintan copiando un pergamino.
Vió a Santo Domingo, encontró a Santa María,
San Millán, y a San Lorenzo y Santa Oría,
dijo: Mi dictado non es de juglaría:
nada lo tenemos; es verdadera historia.
El verso es dulce y grave; monótonas hileras
de chopos invernales en donde nada brilla;
arroyos como surcos en pardas sementeras,
bosques, las montañas azules de Castilla.
Él nos cuenta el repaire del romero cansado;
yendo en santorales y libros de oración,
contando historias viejas, nos dice su dictado,
y dentro le sale afuera la luz del corazón.

CLI

(A DON MIGUEL DE UNAMUNO)

Por su libro *Vida de Don Quijote y Sancho*

de donquijotesco
Miguel de Unamuno, fuerte vasco,
a el arnés grotesco
irrisorio casco
buen manchego. Don Miguel camina,
te de quimérica montura,
iendo espuela de oro a su locura,
miedo de la lengua que malsina.
n pueblo de arrieros,
uzos y tahúres y logreros
a lecciones de Caballería.
l alma desalmada de su raza,
bajo el golpe de su férrea maza
duerme, puede que despierte un día.
ere enseñar el ceño de la duda,
es de que cabalgue, al caballero;
l nuevo Hamlet, a mirar desnuda
ca del corazón la hoja de acero.
ne el aliento de una estirpe fuerte
sonó más allá de sus hogares,
ne el oro buscó tras de los mares.
eñala la gloria tras la muerte.
ere ser fundador, y dice: Creo;
s y adelante el ánima española...
s tan bueno y mejor que fue Loyola:
e a Jesús y escupe al fariseo.

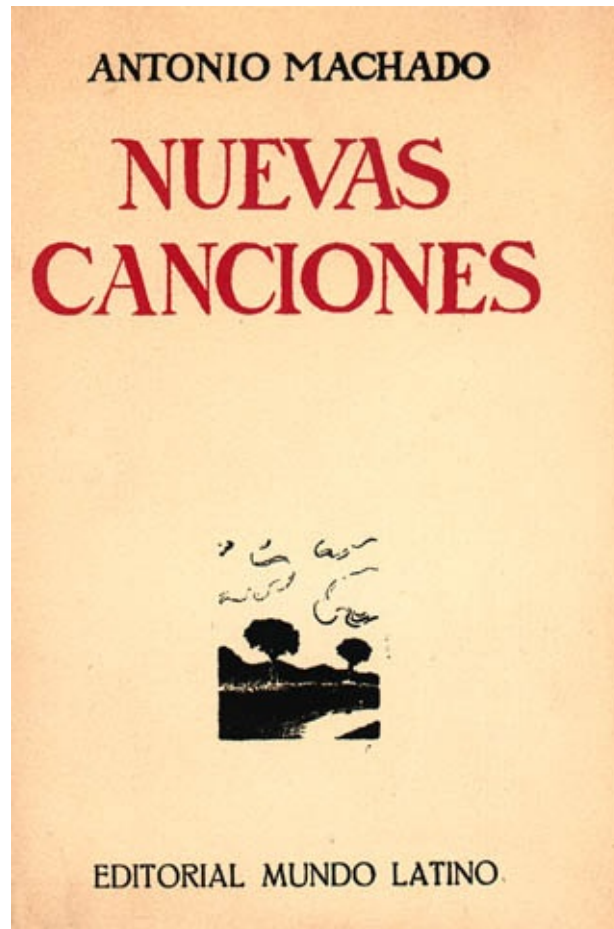
CLII

(A JUAN RAMÓN JIMÉNEZ)

Por su libro *Arias tristes*

una noche del mes
nayo, azul y serena.
re el agudo ciprés
laba la luna llena,
rinando la fuente
londe el agua surtía
ozando intermitente.
o la fuente se oía.
pués, se escuchó el acento
in oculto ruiseñor.
bró una racha de viento
urva del surtidor.
na dulce melodía
ó por todo el jardín:
e los mirtos tañía
núsico su violín.
un acorde lamento
uventud y de amor
a la luna y el viento,
gua y el ruiseñor.
jardín tiene una fuente
fuente una quimera^[2]...». .
ataba una voz doliente,
a de la primavera.
ló la voz y el violín
gó su melodía.
edó la melancolía
ando por el jardín.
o la fuente se oía.

NUEVAS CANCIONES (1917-1930)



Nuevas Canciones, 1930.

CLIII

(OLIVO DEL CAMINO)

A la memoria de D. Cristóbal Torro

I

Rejo de la encina castellana
Cuida sobre el páramo, señero
Los campos de Córdoba la llana
Dieron su caballo al Romancero,
S de tus hermanos
Vela el ceño campesino —enjutos
Ladores de lomas y altozanos,
Tos de sombra, grávidos de frutos—,
Caricia de mano labradora
Limpie tu ramaje, y por olvido,
O olivo, del hacha leñadora,
¿In bello estás junto a la fuente erguido,
O este azul cobalto
O un árbol silvestre, espeso y alto!

II

¿, a tu sombra, quiero
Estos campos de mi Andalucía,
O a la vera ayer del Alto Duero
Ermosa tierra de encinar veía.
O solitario,
S del olivar, junto a la fuente,
O hospitalario
Das tu sombra a un hombre pensativo
Un agua transparente,
Orde del camino que blanquea,
Rde tus verdes ramas, viejo olivo,
Oiosa de ojos glaucos, Atenea.

III

que tu rama verde el suplicante
a el templo de un dios, árbol sombrío;
neter jadeante
e a tu sombra, bajo el sol de estío.
e florezca el día
que la diosa huyó del ancho Urano,
zó la espalda de la mar bravía,
ó a la tierra en que madura el grano,
a su querida Eleusis, fatigada,
cóse a reposar junto al camino,
ido el peplo, yerta la mirada,
o de angustia el corazón divino...
o tus ramas, viejo olivo, quiero
lía recordar del sol de Homero.

IV

palacio de un rey llegó la dea,
o divina en el mirar sereno,
ltando su forma gigantea
oven talle y de redondo seno,
ado el manto azul por burda lana,
io sierva propicia a la tarea
umilde oficio con que el pan se gana.
Keleos la esposa venerable,
daba al hijo en su vejez nacido,
emofón, un pecho miserable,
eina de los bucles de ceniza,
niño bien amado
emeter tomó para nodriza.
l niño floreció como criado
razos de una diosa,
a las selvas feraces
sí el bastardo de Afrodita hermosa—
eno de las ninfas montaraces.

V

siempre el ceño maternal espía,
na noche, celando a la extranjera,
la reina una llama. En roja hoguera
emofón, el príncipe lozano.
neter impasible resolvía,
cuello, al torso, al vientre, con su mano
sierpe de fuego le ceñía.
regio lecho, en la aromada alcoba,
ó la madre; al corredor sombrío
ó gritando, aullando, como loba
da en las entrañas: ¡hijo mío!

VI

neter la miró con faz severa.
al es, raza mortal, tu cobardía.
llama el fuego de los dioses era.
l niño, que en sus brazos sonreía:
soy Demeter que los frutos grana,
príncipe nutrido por mi aliento,
i mis brazos más rojo que manzana
huraba el otoño al sol y al viento!...
!lve al halda materna, y tu nodriza
olvides, Demofón, que fue una diosa;
trocó en maciza
loja carne y la tiñó de rosa,
dio el ancho torso, el brazo fuerte,
ás te quiso dar y más te diera:
la llama que libra de la muerte,
terna juventud por compañera.

VII

madre de la bella Proserpina
ó en moreno grano,
i el sabroso pan de blanca harina,
as de abril y soles del verano.
¡gales y triguales ha corrido
ibia diosa de la hoz dorada,

el campo a las eras del ejido,
sus montes de mies agavillada,
aron los huesudos bueyes rojos,
esta dolorida al yugo atada,
on la tarde ubérrima en los ojos.
segados trigales y alcaceles
o el fuego sequizos rastrojales;
el huerto rezuma el higo mieles,
lga la oronda pera en los perales,
en las vides rubios moscateles,
cimos de rosa en los parrales
festonan la blanca almacería
os huertos. Ya irá de glauca a bruna,
llano, loma, alcor y serranía,
os verdes olivos la aceituna...
fruto, ¡oh polvoriento del camino
ol ahíto de la estiva llama!,
estrujarán las piedras del molino,
ardará la fiesta, en la alta rama,
alegre zorzal, o el estornino
evará en su pico, alborozado.
e en tu ramaje luzca, árbol sagrado,
o la luna llena,
jo encandilado
búho insomne de la sabia Atena.
ue la diosa de la hoz bruñida
e la adusta frente
erna sed y angustia de uranida
ga a tu sombra, olivo de la fuente.
on tus ramas la divina hoguera
ienda en un hogar del campo mío,
donde tuerce perezoso un río
toda la campiña hace ribera
es que un pueblo, hacia la mar, navío.

CLIV

(APUNTES)

I

de mi ventana,
npo de Baeza,
luna clara!
ontes de Cazorla,
aitín y Mágina!
luna y de piedra
bién los cachorros
sierra Morena!

II

re el olivar,
io a la lechuza
ar y volar.
npo, campo, campo.
re los olivos,
cortijos blancos.
i encina negra,
edio camino
Jbada a Baeza.

III

un ventanal,
ó la lechuza
a catedral.
Cristobalón
uiso espantar,
er que bebía
velón de aceite
santa María.
Virgen habló:

ala que beba,
Cristobalón.

IV

re el olivar,
io a la lechuza
ar y volar.
anta María
amito verde
ando traía.
mpo de Baeza
aré contigo
ndo no te vea!

V

ndequiera vaya,
é de Mairena
a su guitarra.
guitarra lleva,
ndo va a caballo,
bandolera.
eva al caballo
la rienda corta,
erviz en alto:

VI

dos borriquillos
amón cargados,
e los olivos!

VII

s sendas de cabras
s madroñeras,
doba serrana!

VIII

del Romancero,
doba la llana!...
idalquivir hace vega,
ampo relincha y brama.

IX

olivos grises,
caminos blancos.
ol ha sorbido
olor del campo;
esta tu recuerdo
lo va secando
alma de polvo
os días malos.

CLV

(HACIA TIERRA BAJA)

I

as de hierro; rosas de grana.
quién esperas,
esos ojos y esas ojeras
muladita como las fieras,
de los hierros de tu ventana?
re las rejas y los rosales,
añas amores
bandoleros galanteadores,
os amores entre puñales?
¿dar tu calle nunca verás
que esperas; porque se fue
a la España de Mérimée.
esta calle —tú elegirás—
a un notario
va al tresillo del boticario,
a usurero, a su rosario.
¿también yo paso, viejo y tristón.
¿dentro del pecho llevo un león.

II

¿que me ves por la calle,
¿también yo tengo mis rejas,
rejas y mis rosales.

III

mesón de mi camino.
¿un gesto de vestal,
¿sirves el rojo vino
¿una orgía de arrabal.
¿borrachos

os ojos vivarachos
lengua fanfarrona
equiebran, ¡oh varona!
tros borrachos suspiran
tus ojos de diamante,
ojos que a nadie miran.
¡ altura de tus senos,
atea rebosante
a en tus brazos morenos.
mujer,
ie también de beber!

IV

¡ noche de verano.
ren hacia el puerto va,
orando aire marino.
¡ no se ve la mar.

*

ando lleguemos al puerto,
¡, verás
¡banico de nácar
brilla sobre la mar.

*

na japonesa
¡jo Sokán:
la blanca luna
banicarás,
la blanca luna,
illas del mar.

V

¡ noche de verano,
a playa de Sanlúcar,
na voz que cantaba:

es que salga la luna.
es que salga la luna,
vera de la mar,
palabritas a solas
tengo de hablar.
ya de Sanlúcar,
he de verano.
la solitaria
o al mar amargo!
a orillita del agua,
donde nadie nos vea,
es que la luna salga!

CLVI

(GALERÍAS)

I

el azul la banda
unos pájaros negros
chillan, aletean y se posan
el álamo yerto.
En el desnudo álamo,
graves chovas quietas y en silencio,
las negras, frías notas
vibran en la pauta de febrero.

II

El monte azul, el río, las erectas
las cobrizas de los finos álamos,
el blanco del almendro en la colina,
la nieve en flor y mariposa en árbol!
Y el aroma del habar, el viento
vibra en la alegre soledad del campo.

III

Y centella blanca
sobre una nube de plomo culebrea.
Los asombrados ojos
del niño, y juntas cejas
están el salón oscuro— de la madre!...
El cerrado balcón de la tormenta!
El viento aborascado y el granizo
sobre el limpio cristal repiquetea.

IV

ris y el balcón.

Las siete cuerdas
a lira del sol vibran en sueños.
tímpano infantil da siete golpes
gua y cristal—.

Acacias con jilgueros.
üeñas en las torres.
la plaza,
ó la lluvia el mirto polvoriento.
el amplio rectángulo ¿quién puso
grupo de vírgenes risueño,
riba, ¡hosanna!, entre la rota nube,
alma de oro y el azul sereno?

V

re montes de almagre y peñas grises
ren devora su raíl de acero.
nilera de brillantes ventanillas
a un doble perfil de camafeo,
el cristal de plata, repetido...
ién ha punzado el corazón del tiempo?

VI

ién puso, entre las rocas de ceniza,
a la miel del sueño,
¡retamas de oro
as azules flores del romero?
sierra de violeta
n el poniente, el azafrán del cielo,
ién ha pintado? ¡El abejar, la ermita,
ajo sobre el río, el sempiterno
ar del agua entre las hondas peñas,
rubio verde de los campos nuevos,
do, hasta la tierra blanca y rosa
ie de los almendros!

VII

el silencio sigue
ra pitagórica vibrando,
is en la luz, la luz que llena
estereoscopio vano.
i cegado mis ojos las cenizas
fuego heraclitano.
nundo es, un momento,
sparente, vacío, ciego, alado.

CLVII

(LA LUNA, LA SOMBRA Y EL BOTÓN)

I

ra, la luna platea
ulas, torres, tejados;
tro, mi sombra pasea
los muros encalados.
esta luna, parece
hasta la sombra envejece.
orremos la serenata
na cenestesia ingrata,
na vejez intranquila,
na luna de hojalata.
ra tu balcón, Lucila.

II

ointa panza y joroba
a pared de mi alcoba.
ta el bufón:
¡Qué bien van,
in rostro de cartón,
s barbas de azafrán!
ila, cierra el balcón.

CLVIII

(CANCIONES DE TIERRAS ALTAS)

I

la sierra blanca...
nieve menuda
viento de cara.
entre los pinos...
la blanca nieve
borra el camino.
el viento sopla
de Urbión a Moncayo.
de Soria!

II

abrán cigüeñas al sol,
cuando la tarde roja,
de Moncayo y Urbión.

III

abrió la puerta que tiene
ces en mi corazón,
una vez la galería
ni historia apareció.
una vez la plazoleta
las acacias en flor,
una vez la fuente clara
nata un romance de amor.

IV

la parda encina
yermo de piedra.
cuando el sol tramonta,

no despierta.
montes lejanos
nalva y violeta!
el aire en sombra
o el río suena.
na amoratada
na tarde vieja,
in campo frío,
¡ luna que tierra!

V

ia de montes azules
e yermos de violeta,
ántas veces te he soñado
esta florida vega
donde se va,
e naranjos de oro,
¡dalquivir a la mar!

VI

ántas veces me borraste,
ta de ceniza,
os limonares verdes
sombras de tus encinas!
campos de Dios,
e Urbión el de Castilla
loncayo el de Aragón!

VII

Córdoba, la serrana,
Sevilla, marinera
bradora, que tiene
chada, hacia el mar, la vela;
¡ el ancho llano
donde la arena sorbe
aba del mar amargo,

ia la fuente del Duero
corazón, ¡Soria pura!
ornaba... ¡Oh, frontera
de la tierra y la luna!
ca paramera
de corre el Duero niño,
ca donde está su tierra!

VIII

ío despierta.
el aire oscuro,
o el río suena.
canción amarga
agua en la piedra!
lacia el alto Espino,
o las estrellas.
o suena el río
ondo del valle,
o el alto Espino.

IX

medio del campo,
e la ventana abierta
rmita sin ermitaño.
tejadillo verdoso.
tiro muros blancos.
os relumbra la piedra
áspero Guadarrama.
ia que brilla y no suena.
el aire claro,
alamillos del soto,
hojas, liras de marzo!

X

(IRIS DE LA NOCHE)

En Madrid, una noche,
El tren por el Guadarrama.
El cielo, el arco iris
Hacen la luna y el agua.
La luna de abril, serena,
Empuja las nubes blancas!
La madre lleva a su niño,
Crito, sobre la falda.
Muestrame el niño y, todavía,
El campo verde que pasa,
Los bolillos soleados,
Las araposas doradas.
La madre, ceño sombrío
Entre un ayer y un mañana,
Entre unas ascuas mortecinas
Y una hornilla con arañas.
Mira un trágico viajero,
Que debe ver cosas raras,
Habla solo y, cuando mira,
Se borra con la mirada.
Pienso en campos de nieve
Y en pinos de otras montañas.
¡Oh, Señor, por quien todos
Vivimos y que ves las almas,
Mira si todos, un día,
Podemos verte la cara.

CLIX

(CANCIONES)

I

to a la sierra florida,
e el ancho mar.
panal de mis abejas
e granitos de sal.

II

to al agua negra.
r de mar y jazmines.
che malagueña.

III

primavera ha venido.
lie sabe como ha sido.

IV

primavera ha venido.
eluyas blancas
os zarzales floridos!

V

na llena, luna llena,
oronda, tan redonda
esta noche serena
narzo, panal de luz
labran blancas abejas!

VI

de castellana;
anción se dice,
mejor, se calla.
ando duerman todos,
lé a la ventana.

VII

ta, canta en claro rimo,
lmendro en verde rama
doble sauce del río.
ta de la parda encina
ama que el hacha corta,
flor que nadie mira.
los perales del huerto
lanca flor, la rosada
del melocotonero.
este olor
arranca el viento mojado
s habares en flor.

VIII

frente y las cuatro
cias en flor
a plazoleta.
no quema el sol.
decita alegre!
ta, rui señor.
a misma hora
ni corazón.

IX

anca hospedería,
la de viajero,
la sombra mía!

X

Acueducto romano
anta una voz de mi tierra—
querer que nos tenemos,
¡quilla, ¡vaya firmeza!

XI

Es palabras de amor
sienta bien su poquito
exageración.

XII

Santo Domingo
nisa mayor.
¡que me decían
¡je y masón,
¡ndo contigo,
¡nta devoción!

XIII

¡ fiesta en el prado verde
¡fano y tambor—.
¡ su cayado florido
¡arcas de oro vino un pastor.
¡ monte bajé,
¡ por bailar con ella;
¡onte me tornaré.
¡ los árboles del huerto
¡ un ruiseñor;
¡ta de noche y de día,
¡ta a la luna y al sol.
¡ca de cantar;
¡uerto vendrá la niña

la rosa cortará.
re las negras encinas,
una fuente de piedra,
el cantarillo de barro
nunca se llena.
el encinar,
la blanca luna,
volverá.

XIV

atigo en Valosadero,
ta de San Juan,
ñana en la Pampa,
otro lado del mar.
írdame la fe,
yo volveré.
ñana seré pampero,
me irá el corazón
millas del Alto Duero.

XV

entras danzáis en corro,
as, cantad:
están los prados verdes,
vino abril galán.
orilla del río,
el negro encinar,
abarcas de plata
nos visto brillar.
están los prados verdes,
vino abril galán.

CLX

(CANCIONES DEL ALTO DUERO)

Canción de mozas

I

linero es mi amante,
e un molino
o los pinos verdes,
ca del río.
as, cantad:
r la orilla del Duero
quisiera pasar».

II

las orillas de Soria
ni pastor.
yo fuera una encina
re un alcor!
a la siesta,
o fuera una encina
ibra le diera.

III

menero es mi amante
n su abejar,
jicas de oro
ren y van.
tu colmena,
nenero del alma,
colmenera.

IV

las tierras de Soria,
l y nieve.
ador es mi amante
rinos verdes.
ién fuera el águila
a ver a mi dueño
ando ramas!

V

telano es mi amante
e su huerto,
a tierra de Soria,
ca del Duero.
rda hortelana!
varé saya verde,
rjil de grana.

VI

r orilla del Duero,
as peonzas,
ad, coloraditas
ro amapolas.
, garabí!...
lad, suene la flauta
tamboril.

CLXI

(PROVERBIOS Y CANTARES)

A José Ortega y Gasset

I

Ojo que ves no es
porque tú lo veas;
ojo porque te ve.

II

Para dialogar,
preguntad, primero;
después... escuchad.

III

El narcisismo
es un vicio feo,
pero el viejo vicio.

IV

Si buscas en tu espejo al otro,
busca el otro que va contigo.

V

Entre el vivir y el soñar
busca una tercera cosa.
Vívela.

VI

¡No seas
tu Narciso!

no se ve en el espejo
que es el espejo mismo.

VII

¿lo nuevo? ¿Todavía
vea la misma fragua?
¿corre todavía el agua
por el cauce que tenía?

VIII

¿es siempre todavía.

IX

en Aries. Mi ventana
abierta al aire frío.
Oh rumor de agua lejana!—
tarde despierta al río.

X

el viejo caserío
oh anchas torres con cigüeñas!—
resuena el son gregario,
y el campo solitario
vibra el agua entre las peñas.

XI

no otra vez, mi atención
del agua cautiva;
o del agua en la viva
palabra de mi corazón.

XII

bes, cuando el agua suena,
s agua de cumbre o valle,
plaza, jardín o huerta?

XIII

uentro lo que no busco:
hojas del toronjil
len a limón maduro.

XIV

rica traces tu frontera,
uides de tu perfil;
o es cosa de fuera.

XV

ca a tu complementario,
marcha siempre contigo,
uele ser tu contrario.

XVI

ino la primavera
ad a las flores;
chupéis cera.

XVII

mi soledad
visto cosas muy claras,
no son verdad.

XVIII

na es el agua y la sed;
na es la sombra y el sol;

miel de flor de romero,
miel de campo sin flor.

XIX

El vera del camino
una fuente de piedra,
un cantarillo de barro
lu-glu— que nadie se lleva.

XX

La vina adivinanza,
quieren decir la fuente,
el cantarico y el agua.

XXI

pero yo he visto beber
agua en los charcos del suelo.
Los muchachos tienen la sed...

XXII

Que no quede un símbolo:
d'elixum est ne asato.
Cocinad lo que está cocido.

XXIII

El tomate canta, canta,
el tomate a su tomate,
el cantarillo en su jaula.

XXIV

El cantarillo y buena letra:
Cocinad las cosas bien

orta más que el hacerlas.

XXV

embargo...

¡Ah!, sin embargo,
orta avivar los remos,
el caracol al galgo.

XXVI

hay hombres activos!
aba la charca
sus mosquitos.

XXVII

. calavera vacía!
pensar que todo era
tro de ti, calavera!,
Pandolfo decía.

XXVIII

itores, dejad
nas y jaleo
a los demás.

XXIX

pertad, cantores:
en los ecos,
niecen las voces.

XXX

no busquéis disonancias;
que, al fin, nada disuena,

mpre al son que tocan, bailan.

XXXI

hador superfluo
r lo más noble,
ñana lo más plebeyo.

XXXII

norrista, boxeador,
atelas con el viento.

XXXIII

in embargo...
¡Oh!, sin embargo,
da un fetiche que aguarda
nda de puñetazos.

XXXIV

innovorsi o perire...
me suena bien
rigare é necessario...
¡or: ¡vivir para ver!

XXXV

maduró un nuevo cero,
tendrá su devoción:
ente de acción tan huero
no un ente de razón.

XXXVI

es el yo fundamental
que busca el poeta,

o el tú esencial.

XXXVII

jo como el mundo es
ijo un doctor—, olvidado,
sabido y enterrado
l la momia de Ramsés.

XXXVIII

s el doctor no sabía
e hoy es siempre todavía.

XXXIX

ca en tu prójimo espejo;
o no para afeitarte,
ara teñirte el pelo.

XL

ojos por que suspiras,
elo bien,
ojos en que te miras
ojos porque te ven.

XLI

ra se oyen palabras viejas.
ues aguzad las orejas.

XLII

eña el Cristo: a tu prójimo
rás como a ti mismo,
; nunca olvides que es otro.

XLIII

o otra verdad:
ca el tú que nunca es tuyo
uede serlo jamás.

XLIV

desdeñéis la palabra;
mundo es ruidoso y mudo,
tas, sólo Dios habla.

XLV

do para los demás?
ncebo, llena tu jarro,
ya te lo beberán.

XLVI

niente más de la cuenta
falta de fantasía:
bién la verdad se inventa.

XLVII

ores, la escena acaba
un dogma de teatro:
el principio era la máscara.

XLVIII

í el peor de los malos
ión que olvide
rocación de diablo.

XLIX

jiste media verdad?
án que mientes dos veces
ices la otra mitad.

L

¡ el tú de mi canción
e aludo, compañero;
tú soy yo.

LI

nos tiempo al tiempo:
¡ que el vaso rebose
que llenarlo primero.

LII

¡a de mi corazón:
ora de una esperanza
¡a desesperación.

LIII

¡s el vivir y el soñar,
¡ lo que más importa:
¡pertar.

LIV

¡iembla al cantar la voz.
¡no le silban sus coplas;
¡silba su corazón.

LV

¡nubo quien pensó:
¡ito ergo non sum,

é exageración!

LVI

Conversación de gitanos:
Cómo vamos, compadrito?
Dando vueltas al atajo.

LVII

Los unos desesperados
no se curan con sogas;
los otros con siete palabras:
que se ha puesto de moda.

LVIII

En mi hogar apagado,
volví la ceniza...
quemé la mano.

LIX

Se ventó de risa!
El hombre tan serio!
Nadie lo diría.

LX

Que se divida el trabajo:
los malos unten la flecha;
los buenos tiendan el arco.

LXI

No don San Tob,
añe las canas,
con más razón.

LXII

dar al viento trabajo,
tía con hilo doble
hojas secas del árbol.

LXIII

tía los cuatro vientos,
a encrucijada
su pensamiento.

LXIV

¿dones los invisibles
dores de los sueños?
¿dones: la verde esperanza
torvo miedo.
¿dones tienen de quien
más y más ligero,
¿dones, su copo dorado;
¿dones, su copo negro.
¿dones el hilo que nos dan
mos, cuando tejemos.

LXV

¿dones la malva:
¿dones no la comas,
¿dones Pitágoras.
¿dones ponde al hachazo
¿dones a dicho el Buda ¡y el Cristo!—
¿dones tu aroma, como el sándalo.
¿dones no es recordar
¿dones palabras viejas
¿dones han de volver a sonar.

LXVI

ed atención:
corazón solitario
es un corazón.

LXVII

ejas, cantores,
a la miel, sino a las flores.

LXVIII

o necio
funde valor y precio.

LXIX

ha visto pasar en sueños...
en cazador de sí mismo,
npre en acecho.

LXX

ó a su hombre malo,
e los días azules,
npre cabizbajo.

LXXI

doble luz a tu verso,
a leído de frente
sesgo.

LXXII

¿no te importe si rueda
de mano en mano:
oro se hace moneda.

LXXIII

Un «Arte de Bien Comer»
era lección:
has de coger la cuchara
el tenedor.

LXXIV

Por de San Jerónimo,
te usted la piedra
que se machaca.
pegó con ella.

LXXV

Conversación de gitanos:
para rodear,
a la calle de en medio;
ca llegarás.

LXXVI

Dono lo da la lengua,
más alto ni más bajo;
acompañate de ella.

LXXVII

Estarían en Koenigsberg!
el puño en la mejilla,
lo llegó a saber.

LXXVIII

solad oro en copela,
irilad lira y arco
en joya, sino en moneda.

LXXIX

romance castellano
ousques la sal castiza;
or que romance viejo,
ta, cantar de niñas.
ale lo que no puedes
arle: su melodía
antar que canta y cuenta
ayer que es todavía.

LXXX

cepto mondo y lirondo
le ser cáscara hueca;
de ser caldera al rojo.

LXXXI

ivir es bueno,
nejor soñar,
ejor que todo
lre, despertar.

LXXXII

el sol, sino la campana,
ndo te despierta, es
nejor de la mañana.

LXXXIII

é gracia! En la Hesperia triste,

monitorio occidental,
este cansino rabo
Europa, por desollar,
una ciudad antigua,
quita como un dedal,
nombrecillo que fuma
ensa, y ríe al pensar:
eron las altas torres;
in basurero están
rona de Guillermo,
esta de Nicolás!

Baeza, 1919

LXXXIV

re las brevas soy blando;
e las rocas, de piedra.
lo!

LXXXV

verdad? No, la Verdad,
en conmigo a buscarla.
uya, guárdatela.

LXXXVI

go a mis amigos
ni soledad;
ndo estoy con ellos
é lejos están!

LXXXVII

. Guadalquivir!
zi en Cazorla nacer;
, en Sanlúcar morir.
borbollón de agua clara,

ajo de un pino verde,
¡tú, ¡qué bien sonabas!
no yo, cerca del mar,
de barro salobre,
añas con tu manantial?

LXXXVIII

ensamiento barroco
a virtas de fuego,
cha y complica el decoro.

LXXXIX

embargo...

—Oh, sin embargo,
siempre un ascua de veras
tu incendio de teatro.

XC

de su color se avergüenzan
hojas de la albahaca,
rías y alhucemas?

XCI

mpre en alto, siempre en alto.
novación? Desde arriba.
o la cucaña al árbol.

XCII

o el árbol: Teme al hacha,
o clavado en el suelo:
tigo la poda es tala.

XCIII

¿Cuál es la verdad? ¿El río
fluye y pasa
de el barco y el barquero
también ondas del agua?
este soñar del marino
¿empiezo con ribera y ancla?

XCIV

¿Un consejo, a fuer de viejo:
¿o no sigas mi consejo.

XCV

¿O no tampoco es razón
deñar
de un consejo que es confesión.

XCVI

¿O no sientes la savia nueva?
¿O no da, arbolillo,
¿o no nadie lo sepa.

XCVII

¿O no da de que no se entere
de la ucaña seca
de tus ojos verdes.

XCVIII

¿O no profecía, poeta.
¿O no mañana hablarán los mudos:
de la oración y la piedra.

XCIX

¿Mas el arte?...
Es puro juego,
es igual a pura vida,
es igual a puro fuego.
¿Véis el ascua encendida.

CLXII

(PARERGON)

Al gigante ibérico Miguel de
Unamuno, por quien la España
actual alcanza proceridad en el
mundo.

LOS OJOS

I

ando murió su amada
só en hacerse viejo
a mansión cerrada,
, con su memoria y el espejo
de ella se miraba un claro día.
no el oro en el arca del avaro,
só que guardaría
o un ayer en el espejo claro.
el tiempo para él no correría.

II

s, pasado el primer aniversario,
mo eran —preguntó—, pardos o negros,
ojos? ¿Glaucos?... ¿Grisés?
ómo eran, ¡Santo Dios!, que no recuerdo?...

III

ó a la calle un día
rimavera, y paseó en silencio
loble luto, el corazón cerrado...
una ventana en el sombrío hueco
unos ojos brillar. Bajó los suyos
guió su camino... ¡Como esos!

CLXIII

(EL VIAJE)

¡Niña, me voy a la mar.
Si no me llevas contigo
lo olvidaré, capitán.
En el puente de su barco
estaba el capitán dormido;
soñó soñando con ella:
¡no me llevas contigo!...
Cuando volvió de la mar
traía un papagayo verde.
¡lo olvidaré, capitán!
En otra vez la mar cruzó
traía su papagayo verde,
¡capitán, ya te olvidó!

CLXIV

GLOSANDO A RONSARD Y OTRAS RIMAS

Un poeta manda su retrato a
una bella dama, que le había
enviado el suyo.

I

Quando veáis esta sumida boca
ya la sed no inquieta, la mirada
desvalida (su mitad, guardada
viejo estuche, es de cristal de roca),
arba que platea, y el estrago
tiempo en la mejilla, hermosa dama,
¿is: ¿a qué volver sombra por llama,
ra moneda de joyel en pago?
qué esperáis de mí? Cuando a deshora
a un alba, yo sé que bien quisiera
orazón su flecha más certera
ncar de la aljaba vengadora.
o es mejor saludar la primavera,
evolver sus alas a la aurora?

II

no fruta arrugada, ayer madura,
omo mustia rama, ayer florida,
in menos, en el árbol de mi vida,
a imagen que os lleva esa pintura.
que el árbol ahonda en tierra dura,
oca tiene su raíz prendida,
al labio no da fruta sabrida,
quiere dar al sol la que perdura.
vos gritéis desilusión, señora,
ando al día ese carmín risueño,
la manera usada, en el ahora
gáis, cual negra tacha, el turbio ceño.

ad arco y aljaba —¡oh cazadora!—
ya es el alba: despertad del sueño.

III

o si os place amar vuestro poeta,
vive en la canción, no en el retrato,
encontraréis en su perfil beato
juro de esa fúnebre careta?
cad del hondo cauce agua secreta,
campanil que enronqueció a rebato
íspera dormida, el timorato
sado amor en hora recoleta.
deñad lo que soy; de lo que he sido
ad con firme mano la figura:
ín de amor soñado, amor fingido,
anhelo inventor de la aventura.
n vuestro sabio espejo —luz y olvido—
o seré también vuestra criatura.

ESTO SOÑÉ

e el caminante es suma del camino,
i el jardín, junto del mar sereno,
compaña el aroma montesino,
or de seco henil en campo ameno;
de luenga jornada peregrino
ía al corazón un duro freno,
a aguardar el verso adamantino
maduraba el alma en su hondo seno.
o soñé. Y del tiempo, el homicida,
nos lleva a la muerte o fluye en vano,
era un sueño no más del adanida.
n hombre vi que en la desnuda mano
straba al mundo el ascua de la vida,
cenizas el fuego heraclitano.

EL AMOR Y LA SIERRA

algaba por agria serranía,
tarde, entre roca cenicienta.
lomizo balón de la tormenta
nonte en monte rebotar se oía.
ito, al vivo resplandor del rayo,
ncabritó, bajo de un alto pino,
orde de una peña, su caballo.
ura rienda le tornó al camino.
ubo visto la nube desgarrada,
entro, la afilada crestería
otra sierra más lueña y levantada
elámpago de piedra parecía—.
vio el rostro de Dios? Vio el de su amada.
ó: ¡Morir en esta sierra fría!

PÍO BAROJA

Londres o Madrid, Ginebra o Roma,
sorprendido, ingenuo paseante,
nismo taedium vítae en varios idiomas,
núltiple careta igual semblante.
ás las manos enlazadas lleva,
acia la tierra, al pasear, se inclina;
o el mundo a su paso es senda nueva,
ino por desmonte o por ruina.
, aunque tardío, el siglo diecinueve
iscua de su fuego al gran Baroja,
ro siglo, al nacer, guerra le mueve,
enceniza su cara pelirroja.
la rosa romántica, en la nieve,
a visto caer la última hoja.

AZORÍN

roja tierra del trigal de fuego,
el habar florido la fragancia,
lindo cáliz de azafrán manchego
ó, sin mengua de la lis de Francia.
ya es la doble faz, candor, y hastío,

trémula voz y el gesto llano
la noble apariencia de hombre frío
corrige la fiebre de la mano?
le pongáis, al fondo, la espesura
de borrascado monte o selva huraña,
o, en la luz de una mañana pura,
de espuma de piedra, la montaña,
el diminuto pueblo en la llanura,
la aguda torre en el azul de España!

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

recuerdo... Un pintor me lo retrata,
en el lino, en el tiempo. Rostro enjuto,
debe el rojo manchón de la corbata,
debe el amplio sombrero; resolute
de mañana, y el gesto petulante
de si es no es— de mayorazgo en corte;
de bachelor de Oxford, o estudiante
de Salamanca, señoril el porte.
de poeta, el pacífico sendero
de lo que lleva a la asturiana aldea;
de mar polisonoro y el sol de Homero
de dieron ancho ritmo, clara idea;
de número camino el mar ibero
de propio navegar, propia Odisea.

EN LA FIESTA DE GRANDMONTAGNE

Leído en el Mesón del Segoviano

I

de esta la historia que un día,
de cuando mejor España,
de grandmontagne se partía
de una tierra de montaña,
de una tierra
de la fría sierra.

¿Cuál? No sé. ¿La serranía
de Burgos? ¿El Pirineo?
¿El nacimiento donde el Duero nace?
¿El Piriguardo. Yo veo
el colorado en que el negro tono
de la oca, y la oveja paca
de las ginebras de oro;
los altos, verdes pinos;
¿arriba, peña y peña,
el rubio mozo que sueña
con los caminos,
el aire, de cigüeña
de los montes, de merinos,
los rebaños trashumantes
los vapores de emigrantes
los rebeldes ultramarinos.

II

El indio de la montaña saludaba
a los suyos, en la popa
del barco que se alejaba
del triste rabo de Europa.
¿De mucho devorar
los peces del mar profundo,
para que las estrellas brillaran
sobre la panza del mundo.
¿El traslado a un ancho estuario
en la argentina Babel.
¿Le llevaba un diccionario
y siempre leía en él:
su devocionario.
¿En la ciudad —no en el hampa—
en la Pampa
de su propia conquista.
¿El cronista
de los mundos, bajo el sol,
de cómo el oro se ganaba
de día y de noche, fabricaba

magnífico español.
faena trabajosa,
mar y la llanura,
linata o singladura,
npre larga,
onle, para su prosa,
ito recio, sal amarga,
amplia línea armoniosa
horizonte lejano.
vó del monte dureza,
na le dio el oceano
andeza;
e un pueblo americano
de florece la hombría
trae la fe y la alegría
ha perdido el castellano.

III

este remolino de España, rompeolas
as cuarenta y nueve provincias españolas
Madrid del cucañista, Madrid del pretendiente)
i un mesón antiguo, y entre la poca gente
an poca!— sin librea, que sufre y que trabaja,
in corta solamente su pan con su navaja,
Grandmontagne alcemos la copa. Al suelo indiano,
ido de las letras embajador hispano,
ant pour tout laquais votre ombre seulement»
rais, buen caballero... Que Dios os dé su mano,
el mar y el cielo os sean propicios, capitán.

A DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

era en mis sueños, don Ramón, viajero
áspero camino, y tú, Caronte
ojos de llama, el fúnebre barquero
as revueltas aguas de Aqueronte.
rima barba al pecho te caía.
quise ver tu manquedad en vano).

re la negra barca aparecía
erde senectud de dios pagano.
la, dijiste, y yo: cantar quisiera
: de tu Don Juan y tu paisaje,
esta hora de verdad sincera.
que faltó mi voz en tu homenaje,
nite que en la pálida ribera
ague en áureo verso mi barcaje.

AL ESCULTOR EMILIANO BARRAL

¿ tu cincel me esculpía
una piedra rosada,
lleva una aurora fría
namente encantada.
La agria melancolía
una soñada grandeza,
es lo español (fantasía
que adobar la pereza),
surgiendo de esa roca,
es mi espejo,
a a línea, plano a plano,
mi boca de sed poca,
o el arco de mi cejo,
ojos de un ver lejano,
yo quisiera tener
no están en tu escultura:
ados en piedra dura,
piedra, para no ver.

A JULIO CASTRO

de las altas tierras donde nace
argo río, de la triste Iberia,
ancho promontorio de Occidente
asta lira, hacia el mar, de sol y piedra—,
el milagro de tu verso, he visto
nfancia marinera,
yo también, de niño, ser quería
tor de olas, capitán de estrellas.

vives, yo soñaba;
o a los dos, hermano, el mar nos tienta.
cada verso tuyo
un golpe de mar, que me despierta
años de otros días,
regalo de conchas y de perlas.
rofa tienes como vela hinchada
riento y luz, y copla donde suena
aracola de un tritón, y el agua
le brota al delfín en la cabeza.
ncas sirenas en la bruma! ¡Faros
uerto que en la noche parpadean!
ujín de muelle y algo más! Tu libro
e lo que la mar nunca revela:
istoria de riberas florecidas
cuenta el río al anegarse en ella.
buen marino, ¡oh Julio!
o de marino en tierra,
o a bordo—, bitácora es tu verso
de sonrío el norte a la tormenta.
s a tu copla y a tu barco guarde
uro el ritmo, firmes las cuadernas,
ie del mar y del olvido triunfen,
ta y capitán, nave y poema.

EN TREN
FLOR DE VERBASCO

A los jóvenes poetas que me honraron
con su visita en Segovia.

atorio del alto Guadarrama,
¡allá de la roca cenicienta
de el chivo barbudo se encarama,
nsión de noche larga y fiebre lenta.
ardáis mullida cama,
o seguro techo,
de repose el huésped dolorido
labio exangüe y el angosto pecho,
o lio balcón al campo florecido?

ospital de la sierra!...

El tren, ligero,
sea el monte y el pinar; emboca
un desfiladero,
basa al borde de tajada roca,
enarca, enhila o su convoy ajusta
aerpear de un carril de acero.
donde el tren avanza, sierra augusta,
e sé peña a peña y rama a rama;
ozco el agrio olor de tu romero,
a amarilla flor de la retama;
cantuesos morados, los jarales
ricos de primavera; muchos soles
endiñar tus desnudos berrocales,
erberar en tus macizas moles.
¿ hoy, mientras camina
ren, en el saber de tus pastores
iso no más y —perdonad, doctores—
temoro la vieja medicina.
¿ no se cuecen flores de verbasco?
¿ hay milagros de hierba montesina?
¿ brota el agua santa del peñasco?

*

ospital de la sierra, en tus mañanas
auroras sin campanas,
ndo la niebla va por los barrancos
esgarrada en el azul, enreda
guedejones blancos
os picos de la áspera roqueda;
ndo el doctor —sienes de plata— advierte
gráficos del muro y examina
diminutos pasos de la muerte,
áureo microscopio en la platina,
n en tus alcobas ordenadas,
as bien sutiles,
didadas en las tibias almohadas,
rajinar de estos ferrocarriles.

* * *

os, Madrid se otea.
l locomotora
iella, silba, humea
l riel metálico devora,
sobre el ancho campo que verdea.
ciposa montés, negra y dorada,
zul de la abierta ventanilla
somado un momento, y remozada,
encina, de flor verdiamarilla...
asan chopo y chopo en larga hilera,
almendros del huerto junto al río...
os quedó la amarga primavera
a alta casa en Guadarrama frío.

BODAS DE FRANCISCO ROMERO

que leídas fueron
palabras de Pablo,
este claro día
ciruelos en flor y almendros rosados
res con cigüeñas,
aprendiz de ruiseñor todo pájaro,
orque son las bodas de Francisco Romero,
tad conmigo: *Gaudeamus!*
el ceño de la turbia soltería
orrrará en dos frentes *fortunati ambo!*
hoy más sabréis, esposos,
nto la sed apaga el limpio jarro,
iánto lienzo cabe
tro de un cofre, y cuántos
minutos de paz, si el ahora vierte
ternidad menuda grano a grano.
dación del querer vuestros amores
unca olvidéis la hipérbole del vándalo—
n mundo cada día, pan moreno
re manteles blancos.
hoy más la tierra sea

a florida a vuestro doble paso.

SOLEDADES A UN MAESTRO

I

es profesor de energía
ncisco de Icaza,
o de melancolía.

II

su raza vieja
e la palabra corta,
da la sentencia.

III

no el olivar,
cho fruto lleva,
a sombra da.

IV

su claro verso
anta y medita
grito ni ceño.

V

n perfecto rimo
sí a la vera del agua
oble chopo del río—.

VI

cantares llevan
a de remanso,

parece quieta.
que no lo está;
que no tiene prisa
de ir a la mar.

VII

que en sus canciones
de las nas y acíbar
de viejos amores.
de el indio sol
de la luz de fruta
de rico sabor.

VIII

de San Francisco de Icaza,
de la España vieja
de la Nueva España,
de en áureo centén
de praben tu lira
de el perfil de virrey.

A EUGENIO D'ORS

de amor que conversa y que razona,
de lo y antiguo —diálogo y presencia—,
de traje de su ilustre Barcelona;
de oro, distancia y horizonte: ausencia,
de es alma, a nuestro modo, le ofrecimos.
de lo aceptó la oferta, porque sabe
de tanto de lejos cerca le tuvimos,
de tanto exilio en la presencia cabe.
de y, Xenius, hacia ti, viejo milano
de anchas alas en el aire ha abierto,
de la mata de espliego castellano
de a en el pico a tu jardín deserto
de virto y laureles— desde el alto llano
de donde el viento cimbra el chopo yerto.

LOS SUEÑOS DIALOGADOS

I

mo en alto llano tu figura
ne aparece!... Mi palabra evoca
rado verde y la árida llanura,
arza en flor, la cenicienta roca.
l recuerdo obediente, negra encina
a en el cerro, baja el chopo al río;
astor va subiendo a la colina;
la un balcón de la ciudad: el mío.
naestro. ¿Ves? Hacia Aragón, lejana,
ierra de Moncayo, blanca y rosa...
a el incendio de esa nube grana,
juella estrella en el azul, esposa.
s el Duero, la loma de Santana
morata en la tarde silenciosa.

II

r qué, decidme, hacia los altos llanos
e mi corazón de esta ribera,
esta tierra labradora y marinera
¿por los yermos castellanos?
¿cómo elige su amor. Llevóme un día
destino a los grises calvijares
de ahuyenta al caer la nieve fría
sombros de los muertos encinares.
¿cómo aquel trozo de España, alto y roquero,
traigo a ti, Guadalquivir florido,
mata del áspero romero.
¿cómo el corazón está donde ha nacido
la vida, al amor, cerca del Duero...
muro blanco y el ciprés erguido!

III

ascuas de un crepúsculo, señora,
la parda nube de tormenta,
pintado en la roca cenicienta
veñe cerro un resplandor de aurora.
aurora cuajada en roca fría
es asombro y pavor del caminante
que fiero león en claro día,
garganta de monte osa gigante.
el incendio de un amor, prendido
urbio sueño de esperanza y miedo,
voy hacia la mar, hacia el olvido
no como a la noche ese roquedo,
irar del planeta ensombrecido—.
me llaméis, porque tornar no puedo.

IV

soledad, mi sola compañía,
nusa del portento, que el vocablo
e a mi voz que nunca te pedía!,
onde a mi pregunta: ¿con quién hablo?
ente de ruidosa mascarada,
erto mi tristeza sin amigo,
tigo, dueña de la faz velada,
npre velada al dialogar conmigo.
7 pienso: este que soy será quien sea;
es ya mi grave enigma este semblante
en el íntimo espejo se recrea,
o el misterio de tu voz amante.
cúbreme tu rostro, que yo vea
s en mí tus ojos de diamante.

DE MI CARTERA

I

nármol duro y eterno,
núsica ni pintura,
o palabra en el tiempo.

II

to y cuento es la poesía.
canta una viva historia,
tando su melodía.

III

a el alma sus riberas;
ntes de ceniza y plomo,
llos de primavera.

IV

a la imaginería
no ha brotado del río,
ta bisutería.

V

fiere la rima pobre,
sonancia indefinida.
ndo nada cuenta el canto,
so huelga la rima.

VI

so libre, verso libre...
rate, mejor del verso
ndo te esclavice.

VII

rima verbal y pobre,

temporal, es la rica.
adjetivo y el nombre
ansos del agua limpia,
accidentes del verbo
a gramática lírica,
Hoy que será Mañana,
Ayer que es Todavía.

1924

CLXV

(SONETOS)

I

o mi corazón, encrucijada
cien caminos, todos pasajeros,
gentío sin cita ni posada,
no en andén ruidoso de viajeros.

o a los cuatro vientos su jornada,
verso el corazón por cien senderos
lana tierra o piedra aborrascada,
la suerte, en el mar, de cien veleros.

z, enjambre que torna a su colmena
ndo el bando de cuervos enronquece
busca de su peña denegrada,

lve mi corazón a su faena,
néctares del campo que florece
luto de la tarde desabrida.

II

ás la maravilla del camino,
mino de soñada Compostela
oh monte lila y flavo!—, peregrino
in llano, entre chopos y candela.

ño con dos ríos ha dorado
erco del gigante centinela
piedra y luz, prodigio torreado
en el azul sin mancha se modela.

ás en la llanura una jauría
igudos galgos y un señor de caza,
algando a lejana serranía,

o fantasma de una vieja raza.
Desentrañas cuando en la tarde fría
de un balcón de la desierta plaza.

III

¿Españé tu memoria? ¡Cuántas veces!
La vida baja como un ancho río,
y cuando lleva al mar alto navío
con cieno verdoso y turbias heces.

¿Y si hubo tormenta en sus orillas,
arrastra el botín de la tormenta,
en su cielo la nube cenicienta
encendió de centellas amarillas.

¿O aunque fluya hacia la mar ignota,
a la vida también agua de fuente
de claro venero, gota a gota,

¿O el azul, sobre la piedra brota.
Allí suena tu nombre ¡eternamente!

IV

La luz de Sevilla... Es el palacio
de mi nacimiento, con su rumor de fuente.
Padre, en su despacho. —La alta frente,
el bigote mosca, y el bigote lacio—.

Padre, aun joven. Lee, escribe, hojea
libros y medita. Se levanta;
hacia la puerta del jardín. Pasea,
a veces habla solo, a veces canta.

Los grandes ojos de mirar inquieto
cuando vagar parecen, sin objeto
de puedan posar, en el vacío.

escapan de su ayer a su mañana;
niran en el tiempo, ¡padre mío!,
losamente mi cabeza cana.

V

re del triste amor, amor pacato,
peligro, sin venda ni aventura,
espera del amor prenda segura,
que en amor locura es lo sensato.

que el pecho esquivaba al niño ciego
asfemó del fuego de la vida,
una brasa pensada, y no encendida,
ere ceniza que le guarde el fuego.

eniza hallará, no de su llama,
ndo descubra el torpe desvarío
pendía, sin flor, fruto en la rama.

una negra llave el aposento frío
su tiempo abrirá. ¡Desierta cama,
rbio espejo y corazón vacío!

CLXVI

(VIEJAS CANCIONES)

I

¡ hora del rocío,
a niebla salen
ra blanca y prado verde.
sol en los encinares!
ta borrarse en el cielo,
en las alondras.
¿ién puso plumas al campo?
¿ién hizo alas de tierra loca?
¿iento, sobre la sierra,
e el águila dorada
anchas alas abiertas.
re la picota
de nace el río,
re el lago de turquesa
s barrancos de verdes pinos;
re veinte aldeas,
re cien caminos...
los senderos del aire,
ora águila,
nde vais a todo vuelo tan de mañana?

II

había un albor de luna
el cielo azul.
luna en los espartales,
ca de Alicún!
londa sobre el alcor,
ta en las turbias aguas
Guadiana menor.
re Úbeda y Baeza
oma de las dos hermanas:
za, pobre y señora;

eda, reina y gitana—.
n el encinar
la redonda y beata,
mpre conmigo a la par!

III

ca de Úbeda la grande,
os cerros nadie verá,
iba siguiendo la luna
re el olivar.
i luna jadeante,
mpre conmigo a la par.
pensaba: ¡bandoleros
ni tierra!, al caminar
ni caballo ligero.
guno conmigo irá!
e esta luna me conoce
on el miedo, me da
rgullo de haber sido
na vez capitán.

IV

la sierra de Quesada
un águila gigante,
losa, negra y dorada,
mpre las alas abiertas.
de piedra y no se cansa.
ado Puerto Lorente,
e las nubes galopa
aballos de los montes.
roca se cansa: es de roca.
el hondón del barranco
e al jinete caído,
alza los brazos al cielo.
brazos son de granito.
llí donde nadie sube
una virgen risueña

un río azul en brazos.
a Virgen de la Sierra.

DE UN CANCIONERO APÓCRIFO

CLXVII

(ABEL MARTIN)

Abel Martín, poeta y filósofo. Nació en Sevilla (1840). Murió en Madrid (1898)

LA OBRA

Abel Martín dejó una importante obra filosófica (*Las cinco formas de la objetividad, De lo uno a lo otro, Lo Universal cualitativo, De la esencia heterogeneidad del ser*) y una colección de poesías, publicada en 1884 con el título de *Los complementarios*.

Digamos algo de su filosofía, tal como aparece, más o menos explícita, en su obra poética, dejando para otros el análisis sistemático de sus tratados puramente doctrinales.

Su punto de partida está, acaso, en la filosofía de Leibnitz. Con Leibnitz concibe lo real, la substancia, como algo constantemente activo. Piensa Abel Martín la substancia como energía, fuerza que puede engendrar el movimiento y es siempre su causa; pero que también subsiste sin él. El movimiento no es para Abel Martín nada esencial. La fuerza puede ser inmóvil —lo es en su estado de pureza—; mas no por ello deja de ser activa. La actividad de la fuerza pura o substancia se llama conciencia. Ahora bien, esta actividad consciente, por la cual se revela la pura substancia, no por ser inmóvil es inmutable y rígida, sino que se encuentra en perpetuo cambio... Abel Martín distingue el *movimiento* de la *mutabilidad*. El movimiento supone el espacio, es un cambio de lugar en él, que deja intacto el objeto móvil; no es un cambio real, sino aparente. «Sólo se mueven —dice Abel Martín— las cosas que no cambian». Es decir, que sólo podemos percibir el movimiento de las cosas en cuanto en dos puntos distintos del espacio permanecen iguales a sí mismas. Su cambio real, íntimo, no puede ser percibido —ni pensado— como movimiento. La mutabilidad, o cambio substancial es, por el contrario, inespacial. Abel Martín confiesa que el cambio substancial no puede ser pensado conceptualmente —porque todo pensamiento conceptual supone el espacio, *esquema de la movilidad de lo inmutable*—; pero sí intuido como el hecho más inmediato por el cual la conciencia, o actividad pura de la substancia, se reconoce a sí misma. A la objeción del sentido común que afirma como necesario el movimiento donde cree percibir el cambio, contesta Abel Martín que el movimiento no ha sido pensado lógicamente, sin contradicción, por nadie; y que si es intuido, caso innegable, lo *es siempre a*

condición de la inmutabilidad del objeto móvil. No hay, pues, razón para establecer relación alguna entre cambio y movimiento. El sentido común, o común sentir, puede ser en este caso, como en otros muchos, invocar su derecho a juzgar real lo aparente y afirmar, pues, la realidad del movimiento, pero nunca a sostener la identidad del movimiento y cambio substancial, es decir, del movimiento y cambio que no sea mero cambio de lugar.

No sigue Abel Martín a Leibnitz en la concepción de las mónadas como pluralidad de substancias. El concepto de pluralidad es inadecuado a la substancia. «Cuando Leibnitz —dice Abel Martín— supone multiplicidad de mónadas y pretende que cada una de ellas sea el espejo del universo entero, no piensa las mónadas como substancias, fuerzas activas conscientes, sino que se coloca fuera de ellas y se las representa como seres pasivos que forman por refracción, a la manera de los espejos, que nada tienen que ver con las conciencias, la imagen del universo». La mónada de Abel Martín, porque también Abel Martín habla de mónadas, no sería ni un espejo ni una representación del universo, sino el universo mismo como actividad consciente: el gran ojo que todo lo ve al verse a sí mismo. Esta mónada puede ser pensada, por substracción, en cualquiera de los infinitos puntos de la total esfera que construye nuestra representación especial del universo (representación grosera y aparental); pero en cada uno de ellos sería una autoconciencia integral del universo entero. El universo pensado como substancia, fuerza activa consciente, supone una sola y única mónada, que sería como el alma universal de Giordano Bruno. (*Anima tota in toto et qualibet totius parte.*)

En la primera página de su libro de poesías *Los complementarios*, dice Abel Martín:

Mis ojos en el espejo
son ojos ciegos que miran
los ojos con que los veo.

En una nota, hace constar Abel Martín que fueron estos tres versos los primeros que compuso, y que los publica, no obstante su aparente trivialidad o su marcada perogrullez, porque de ellos sacó, más tarde, por reflexión y análisis, toda su metafísica.

La segunda composición del libro dice así:

Gracias, Petenera mía;
por tus ojos me he perdido;
era lo que yo quería.

Y añade, algunas páginas más adelante:

Y en la cosa nunca vista
de tus ojos me he buscado:
en el ver con que me miras.

En las coplas de Abel Martín se adivina cómo, dada su concepción de la substancia, unitaria y mudable, quieta y activa, preocupan al poeta los problemas de las cuatro experiencias: el movimiento, la materia extensa, la limitación cognoscitiva y la multiplicidad de sujetos. Este último es para Abel Martín, poeta, el apasionante problema del amor.

Que fue Abel Martín hombre en extremo erótico lo sabemos por testimonio de cuantos le conocieron, y algo también por su propia lírica, donde abundan expresiones, más o menos hiperbólicas, de un apasionado culto a la mujer.

Ejemplos:

La mujer
es el anverso del ser.

(Página 22.)

Sin el amor, las ideas
son como mujeres feas,
o copias dificultosas
de los cuerpos de las diosas.

(Página 59.)

Sin mujer
no hay engendrar ni saber.

(Página 125.)

Y otras sentencias menos felices, aunque no menos interesantes, como ésta:

...Aunque a veces sabe Onán
mucho que ignora Don Juan.

(Página 207.)

Que fue Abel Martín hombre mujeriego lo sabemos, y, acaso, también onanista;

hombre, en suma, a quien la mujer inquieta y desazona por presencia o ausencia. Y fue, sin duda, el amor a mujer el que llevó a Abel Martín a formularse esta pregunta: ¿Cómo es posible el objeto erótico?

De las cinco formas de la objetividad que estudia Abel Martín en su obra más extensa de metafísica, a cuatro disputa aparentes, es decir, apariencias de objetividad y, en realidad, actividades del sujeto mismo. Así, pues, la primera, en el orden de su estudio, la *x* constante del conocimiento considerado como problema infinito, sólo tiene de objetiva la pretensión de serlo. La segunda, el llamado mundo objetivo de la ciencia, descolorido y descualificado, mundo de puras relaciones cuantitativas, es el fruto de un trabajo de desubjetivación del sujeto sensible, que no llega —claro es— a plena realización y que, aunque a tal llegara, sólo conseguiría agotar el sujeto, pero nunca revelar objeto alguno, es decir, algo opuesto o distinto del sujeto. La tercera es el mundo de nuestra representación como vivos, el mundo fenoménico propiamente dicho. La cuarta forma de la objetividad corresponde al mundo que se representan otros sujetos vitales. «Éste —dice Abel Martín— aparece, en verdad, englobado en el mundo de mi representación; pero, dentro de él, se le reconoce por una vibración propia, por voces que pretendo distinguir de la mía. Estos dos mundos que tendemos a unificar en una representación homogénea, el niño los diferencia muy bien, antes de poseer el lenguaje. Mas esta cuarta forma la objetividad no es, en última instancia, objetiva tampoco, sino una aparente escisión del sujeto único que engendra, por intersección e interferencia, al par, todo el elemento tópico y conceptual de nuestra psique, la moneda de curso en cada grupo viviente».

Mas existe —según Abel Martín— una quinta forma de objetividad, mejor diremos una quinta pretensión a lo objetivo, que se da tan en las fronteras del sujeto mismo, que parece referirse a un *otro* real, objeto, no de conocimiento, sino de amor.

Vengamos a las rimas eróticas de Abel Martín.

El amor comienza a revelarse como un súbito incremento del caudal de la vida, sin que, en verdad, aparezca objeto concreto al cual tienda.

PRIMAVERAL

oes, sol, prado verde y caserío
a loma, revueltos. Primavera
o en el aire de este campo frío
racia de sus chopos de ribera.

caminos del valle van al río

lí, junto del agua, amor espera.
r ti se ha puesto el campo ese atavío
oven, oh invisible compañera?

ese perfume del habar al viento?
esa primera blanca margarita?
me acompañas? En mi mano siento

le latido; el corazón me grita,
en las sienes me asorda el pensamiento:
; tú quien florece y resucita.

«La amada —dice Abel Martín— acompaña antes que aparezca o se oponga como objeto de amor; es, en cierto modo, una con el amante, no al término, como en los místicos, del proceso erótico, sino en su principio».

En un largo capítulo de su libro *De lo uno a lo otro*, dedicado al amor, desarrolla Abel Martín el contenido de este soneto. No hemos de seguirle en el camino de una pura especulación, que le lleva al fondo de su propia metafísica, allí donde pretende demostrar que es precisamente el amor la autorrevelación de la esencial heterogeneidad de la sustancia única. Sigámoslo, por ahora, en sus rimas, tan sencillas en apariencia, y tan claras que, según nos confiesa el propio Martín, hasta las señoras de su tiempo creían comprenderlas mejor que él mismo las comprendía. Sigámosle también en las notas que acompañan a sus rimas eróticas.

En una de ellas dice Abel Martín: «Ya algunos pedagogos comienzan a comprender que los niños no deben ser educados como meros aprendices de hombres, que hay algo sagrado en la infancia para vivido plenamente por ella. Pero ¡qué lejos estamos todavía del respeto a lo sagrado juvenil! Se quiere a todo trance apartar a los jóvenes del amor. Se ignora o se aparenta ignorar que la castidad es, por excelencia, la virtud de los jóvenes, y la lujuria, siempre, cosa de viejos; y que ni la Naturaleza ni la vida social ofrecen los peligros que los pedagogos temen para sus educandos. Más perversos acaso, y más errados, sin duda, que los frailes y las beatas, pretenden hacer del joven un niño estúpido que juegue, no como el niño, para quien el juego es la vida misma, sino con la edad de quien cumple un rito solemne. Se quiere hacer de la fatiga muscular beleño adormecedor del sexo. Se aparta al joven de la galantería, a que es naturalmente inclinado, y se le lleva al deporte, al juego extemporáneo. Esto es perverso. Y no olvidemos —añade— que la pederastía, actividad erótica, desviada y superflua, es la compañera inseparable de la gimnástica».

ROSA DE FUEGO

dos sois de primavera, amantes,
tierra y agua y viento y sol tejidos.
sierra en vuestros pechos jadeantes,
os ojos los campos florecidos,

ead vuestra mutua primavera,
in bebed sin temor la dulce leche
os brinda hoy la lúbrica pantera,
es que, torva, en el camino aceche.

ninad, cuando el eje del planeta
vence hacia el solsticio de verano,
de el almendro y mustia la violeta,

ca la sed y el hontanar cercano,
ia la tarde del amor, completa,
la rosa de fuego, en vuestra mano.

(«Los complementarios», pág. 250.)

Abel Martín tiene muy escasa simpatía por el sentido erótico de nuestros místicos, a quienes llama *frailecillos y monjucas tan inquietos como ignorantes*. Comete en esto una grave injusticia, que acusa escasa comprensión de nuestra literatura mística, tal vez escaso trato con ella. Conviene, sin embargo, recordar, para explicarnos este desvío, que Abel Martín no cree que el espíritu avance un ápice en el camino de su perfección, ni que se adentre en lo esencial por apartamiento y eliminación del mundo sensible. Este, aunque pertenezca al sujeto, no por ello deja de ser una realidad firme e indestructible; sólo su objetividad es, a fin de cuentas, aparental; pero, aun como forma de la objetividad —léase pretensión a lo objetivo—, es, por cercano al sujeto consciente, más sustancial que el mundo de la ciencia y de la teología de escuela; está más cerca que ellos del corazón de lo absoluto.

Pero sigamos con las rimas eróticas de Abel Martín.

GUERRA DE AMOR

tiempo que la barba me platea,
ó mis ojos y agrandó mi frente,

iendo en mi recuerdo transparente,
ientras más al fondo, más clarea.

do infantil, amor adolescente,
ánto esta luz de otoño os hermosea!,
ios caminos de la vida fea,
también os devoráis al sol poniente!

mo en la fuente donde el agua mora
lta en piedra una leyenda escrita:
baco del tiempo falta una hora!

ómo aquella ausencia en una cita,
o las olmas que noviembre dora,
fondo de mi historia resucita!

«La amada —explica Abel Martín— no acude a la cita; es en la cita ausencia»...
«No se interprete esto —añade— en un sentido literal». El poeta no alude a ninguna
anécdota amorosa de pasión no correspondida o desdeñada. El amor mismo es aquí
un sentimiento de ausencia. La amada no acompaña; es aquello que no se tiene y
vanamente se espera. El poeta, al evocar su total historia emotiva, descubre la hora de
la primera angustia erótica. Es un sentimiento de soledad o, mejor, de pérdida de una
compañía, de ausencia inesperada en la cita que confiadamente se dio, lo que Abel
Martín pretende expresar en este soneto de apariencia romántica. A partir de este
momento, el amor comienza a ser consciente de sí mismo. Va a surgir el objeto
erótico —la amada para el amante, o viceversa—, que se opone al amante.

así un imán que al atraer repele

que, lejos de fundirse con él, es siempre lo otro, lo inconfundible con el amante, lo
impenetrable, no por definición, como la primera y segunda persona de la gramática,
sino realmente. Empieza entonces para algunos —románticos— el calvario erótico;
para otros, la guerra erótica, con todos sus encantos y peligros, y para Abel Martín,
poeta hombre integral, todo ello reunido, más la sospecha de la esencial
heterogeneidad de la substancia.

Debemos hacer constar que Abel Martín no es un erótico a la manera platónica.
El Eros no tiene en Martín, como en Platón, su origen en la contemplación del cuerpo
bello; no es, como en el gran ateniense, el movimiento que, partiendo del entusiasmo
por la belleza del mancebo, le lleva a la contemplación de la belleza ideal. El amor
dorio y toda homosexualidad son rechazados también por Abel Martín, y no por

razones morales, sino metafísicas. El Eros martiniano sólo se inquieta por la contemplación del cuerpo femenino, y a causa precisamente de aquella diferencia irreductible, que en él se advierte. No es tampoco para Abel Martín la belleza el gran incentivo del amor, sino la sed metafísica de lo esencialmente otro.

* * *

mezzo del camin pasóme el pecho
echa de un amor intempestivo.
e tuvo en el camino largo acecho
stróme en lo certero el rayo vivo.

un imán que, al atraer, repele
claros ojos de mirar furtivo!),
or que asombra, aguija, halaga y duele,
ás se ofrece cuanto más esquivo.

un grano del pensar arder pudiera,
en el amante, en el amor, sería
más honda verdad lo que se viera;

el espejo de amor se quebraría,
su encanto, y roto la pantera
a lujuria el corazón tendría.

El espejo de amor, se quebraría... Quiere decir Abel Martín que el amante renunciaría a cuanto es espejo en el amor, porque comenzaría a amar en la amada lo que, por esencia, no podrá nunca reflejar su propia imagen. Toda la metafísica y la fuerza trágica de aquel su insondable solear:

Gracias, Petenera mía:
en tus ojos me he perdido;
era lo que yo quería.

aparecen ahora transparentes o, al menos, traslúcidas.

Para comprender claramente el pensamiento de Martín en su lírica, donde se contiene su manifestación integral, es preciso tener en cuenta que el poeta pretende, según declaración propia, haber creado una forma lógica nueva, en la cual todo razonamiento debe adoptar la manera fluida de la intuición. No es posible —dice Martín— un pensamiento heraclitano dentro de una lógica eleática. De aquí las

aparentes lagunas que alguien señaló en su expresión conceptual, la falta de congruencia entre las premisas y las consecuencias de sus razonamientos. En todo verdadero razonamiento no puede haber conclusiones que estén contenidas en las premisas. Cuando se fija el pensamiento por la palabra, hablada o escrita, debe cuidarse de indicar de alguna manera la imposibilidad de que las premisas sean válidas, permanezcan como tales, en el momento de la conclusión. La lógica real no admite supuestos, conceptos inmutables, sino realidades vivas, inmóviles, pero en perpetuo cambio. Los conceptos o formas captoras de lo real no pueden ser rígidos, si han de adaptarse a la constante mutabilidad de lo real. Que esto no tiene expresión posible en el lenguaje, lo sabe Abel Martín. Pero cree que el lenguaje poético puede sugerir la evolución de las premisas asentadas, mediante conclusiones lo bastante desviadas e incongruentes para que el lector o el oyente calcule los cambios que, por necesidad, han de experimentar aquéllas, desde el momento en que fueron fijadas hasta el de la conclusión para que vea claramente que las premisas inmediatas de sus aparentemente inadecuadas conclusiones no son, en realidad, las expresadas por el lenguaje, sino otras que se han producido en el constante mudar del pensamiento. A esto llama Abel Martín *esquema externo de una lógica temporal en que A no es nunca A en dos momentos sucesivos*. Abel Martín tiene —no obstante— una profunda admiración por la lógica de la identidad que, precisamente por no ser lógica de lo real, le parece una creación milagrosa de la mente humana.^[3]

Tras este rodeo, volvamos a la lírica erótica de Abel Martín.

«Psicológicamente considerado, el amor humano se diferencia del puramente animal —dice Abel Martín en su tratado de *Lo universal cualitativo*— por la exaltación constante de la facultad representativa, la cual, en casos extremos, convierte al cerebro superior, al que imagina y piensa, en órgano de excitación del cerebro animal. La desproporción entre el excitante, el harén mental del hombre moderno —en España, si existe, marcadamente onanista— y la energía sexual de que el individuo dispone, es causa de constante desequilibrio. Médicos, moralistas y pedagogos deben tener esto muy presente, sin olvidar que este desequilibrio es, hasta cierto grado, lo normal en el hombre. La imaginación pone mucho más en el coito humano que el mero contacto de los cuerpos. Y, acaso, conviene que así sea, porque, de otro modo, sólo se perpetuaría la animalidad. Pero es preciso poner freno, con la censura moral, a esta tendencia, natural en el hombre, a substituir el contacto y la imagen percibida por la imagen representada o, lo que es más peligroso y frecuente en cerebros superiores, por la imagen creada. No debe el hombre destruir su propia animalidad, y por ella han de velar médicos e higienistas».

Abel Martín no insiste demasiado sobre este tema: cuando a él alude, es siempre

de vuelta de su propia metafísica. Los desarreglos de la sexualidad, según Abel Martín, no se originan —como supone la moderna psiquiatría— en las oscuras zonas de lo subconsciente sino, por el contrario, en el más iluminado taller de la conciencia. El objeto erótico, última instancia de la objetividad, es también, en el plano inferior del amor, proyección subjetiva.

Copiemos ahora algunas coplas de Abel Martín, vagamente relacionadas con este tema. Abel Martín —conviene advertirlo— no pone nunca en verso sus ideas, pero éstas le acompañan siempre:

CONSEJOS, COPLAS, APUNTES

1

go dentro de un herbario
tarde disecada,
violeta y dorada.
richos de solitario.

2

n la página siguiente,
ojos de Guadalupe,
a color nunca supe.

3

na frente...

4

idoscopio infantil.
i damita, al piano.
re, mi.
a se pinta al espejo
labios de colorín.

5

osas en un balcón
vuelta de una esquina,
e. Válgame Dios.

6

ores, por el atajo,
os de «Vente conmigo».
Que vuelvas pronto, serrano».

7

el mar de la mujer
os naufragan de noche;
chos, al amanecer.

8

mpre que nos vemos
ita para mañana.
ica nos encontraremos.

9

plaza tiene una torre,
orre tiene un balcón,
alcón tiene una dama,
ama una blanca flor.
pasado un caballero
quién sabe por qué pasó!—,
ha llevado la plaza,
su torre y su balcón,
su balcón y su dama,
lama y su blanca flor.

10

la calle de mis celos

veinte rejas con otro
lando siempre te veo.

11

los sueños he.
despertaré.

12

despertarán
panas del alba
sonando están.

13

a tu ventana
amo de rosas me dio la mañana.
un laberinto, de calle en calleja,
cando, he corrido, tu casa y tu reja.
n un laberinto me encuentro perdido
esta mañana de mayo florido.
ne dónde estás.
ltas y revueltas. Ya no puedo más.

(«Los complementarios»)

* * *

«La conciencia —dice Abel Martín—, como reflexión o pretense conocer del conocer, sería, sin el amor o impulso hacia *lo otro*, el anzuelo en constante espera de pescarse a sí mismo. Mas la conciencia existe, como actividad reflexiva, porque vuelve sobre sí misma, agotado su impulso por alcanzar el objeto trascendente. Entonces reconoce su limitación y se ve a sí misma, como tensión erótica, impulso hacia lo otro inasequible». Su reflexión es más aparente que real, porque en verdad, no vuelve sobre sí misma para captarse como pura actividad consciente, sino sobre la corriente erótica que brota con ella de las mismas entrañas del ser. Descubre el amor como su propia impureza, digámoslo así, como su otro inmanente, y se le revela la esencial heterogeneidad de la substancia. Porque Abel Martín no ha superado, ni por

un momento, el subjetivismo de su tiempo, considera toda objetividad propiamente dicha como una apariencia, un vario espejismo, una varia proyección ilusoria del sujeto fuera de sí mismo. Pero apariencias, espejismos o proyecciones ilusorias, productos de un esfuerzo desesperado del ser o sujeto absoluto por rebasar su propia frontera, tienen un valor positivo, pues mediante ellos se alcanza conciencia en su sentido propio, sin saber o sospechar la propia heterogeneidad, a tener la visión analítica —separando por abstracción lógica lo en realidad inseparable— de la constante y quieta mutabilidad.

El gran ojo que todo lo ve al verse a sí mismo es, ciertamente, un ojo ante las ideas, en actitud teórica, de visión o distancia; pero las ideas no son sino el alfabeto o conjunto de signos homogéneos que representan las esencias que integran el ser. Las ideas no son, en efecto, las esencias mismas, sino su dibujo o contorno trazado sobre la negra pizarra del no ser. Hijas del amor y, en cierto modo, del gran fracaso del amor, nunca serían concebidas sin él, porque es el amor mismo o conato del ser por superar su propia limitación quien las proyecta sobre la *nada* o *cero absoluto*, que también llama el poeta *cero divino*, pues, como veremos después, Dios no es el creador del mundo —según Martín—, sino el creador de la nada. No tienen, pues, las ideas realidad esencial, per se, son meros trasuntos o copias descoloridas de las esencias reales que integran el ser. Las esencias reales son cualitativamente distintas y su proyección ideal tanto menos substancial y más alejada del ser cuanto más homogéneo. Estas esencias no pueden separarse en realidad, sino en su proyección ilusoria, ni cabe tampoco —según Martín— apetencia de las unas hacia las otras, sino que todas ellas aspiran conjunta e indivisiblemente, a lo otro, *a un ser que sea lo contrario de lo que es*, de lo que ellas son, en suma, a lo imposible. En la metafísica intrasubjetiva de Abel Martín fracasa el amor, pero no el conocimiento, o, mejor dicho, es el conocimiento el premio del amor. Pero el amor, como tal, no encuentra objeto; dicho líricamente: la amada es imposible.

En sueños se veía
reclinado en el pecho de su amada.
Gritó, en sueños: «¡Despierta, amada mía!»
Y él fue quien despertó; porque tenía
su propio corazón por almohada.

(«Los complementarios»).

La ideología de Abel Martín es, a veces, oscura, lo inevitable en una metafísica del poeta, donde no se definen previamente los términos empleados. Así, por ejemplo, con la palabra *esencia* no siempre sabemos lo que quiere decir.

Generalmente, pretende designar lo absolutamente real que, en su metafísica, pertenece al sujeto mismo, puesto que más allá de él no hay nada. Y nunca emplea Martín este vocablo como término opuesto a lo existencial o realizado en espacio y tiempo. Para Martín esta distinción, en cuanto pretende señalar diversidad profunda, es artificial. Todo es por y en el sujeto, todo es actividad consciente, y para la conciencia integral nada es que no sea la conciencia misma. «Sólo lo absoluto —dice Martín— puede tener existencia, y todo lo existente es absolutamente en el sujeto consciente». El ser es pensado por Martín como conciencia activa, quieta y mudable, esencialmente heterogénea, siempre sujeto, nunca pasivo de energías extrañas. La substancia, el ser que todo lo es al serse a sí mismo, cambia en cuanto es actividad constante, y permanece inmóvil, porque no existe energía que no sea él mismo, que le sea externa y pueda moverle. «La concepción mecánica del mundo —añade Martín— es el ser pensado como pura inercia, el ser que no es por sí, *inmutable y en constante movimiento*, un torbellino de cenizas que agita, no sabemos por qué ni para qué, la mano de Dios». Cuando esta mano, patente aún en la *chiquenaude* cartesiana, no es tenida en cuenta, el ser es ya pensado como aquello que absolutamente no es. Los atributos de la substancia son ya, en Espinosa, los atributos de la pura nada. La conciencia llega, por ansia de lo otro, al límite de su esfuerzo, a pensarse a sí misma como objeto total, a pensarse como no es, a *desearse*. El trágico erotismo de Espinosa llevó a un límite infranqueable la desobjetivación del sujeto. «¿Y cómo no intentar —dice Martín— devolver a *lo que es* su propia intimidad?». Esta empresa fue iniciada por Leibnitz —filósofo del porvenir, añade Martín—; pero sólo puede ser consumada por la poesía, que define Martín como aspiración a conciencia integral. El poeta, como tal, no renuncia a nada, ni pretende degradar ninguna apariencia. Los colores del iris no son para él menos reales que las vibraciones del éter que paralelamente los acompañan, no son éstas menos *suyas* que aquellos, ni el acto de ver menos substancial que el de medir o contar los estremecimientos de la luz. Del mismo modo, la vida ascética, que pretende la perfección moral en el vacío o enrarecimiento de representaciones vitales, no es para Abel Martín camino que lleve a ninguna parte. El *ethos* no se purifica, sino que se empobrece por eliminación del *pathos*, y aunque el poeta debe saber distinguirlos, su misión es la reintegración de ambos a aquella zona de la conciencia en que se dan como inseparables.

En su Diálogo entre Dios y el Santo, dice este último: —Por amor de Ti he renunciado a todo, a todo lo que no eras Tú. Hice la noche en mi corazón para que sólo tu luz resplandezca.

Y Dios contesta:

—Gracias, hijo, porque también las luciérnagas son cosa mía.

Cuando se preguntaba a Martín si la poesía aspiraba a expresar lo inmediato psíquico, pues la conciencia, cogida en su propia fuente, sería, según su doctrina, conciencia integral, respondía: «Sí y no. Para el hombre, lo inmediato consciente es siempre cazado en el camino de vuelta. También la poesía es hija del gran fracaso del amor. La conciencia, en el hombre, comienza por ser vida, espontaneidad; en este primer grado, no puede darse en ella ningún fruto de la cultura, es actividad ciega, aunque no mecánica, sino animada, animalidad, si se quiere. En un segundo grado, comienza a verse a sí misma como un turbio río y pretende purificarse. Cree haber perdido la inocencia; mira como extraña su propia riqueza. Es el momento erótico, de honda inquietud, en que lo otro inmanente comienza a ser pensado como trascendente, como objeto de conocimiento y de amor. Ni Dios está en el mundo, ni la verdad en la conciencia del hombre. En el camino de la conciencia integral o autoconciencia, este momento de soledad y angustia es inevitable. Sólo después que el anhelo erótico ha creado las formas de la objetividad —Abel Martín cita cinco en su obra de metafísica *De lo uno a lo otro*, pero en sus últimos escritos señala hasta veintisiete— puede el hombre llegar a la visión real de la conciencia, reintegrando a la pura unidad heterogénea las citadas formas o *reversos del ser*, a verse, a vivirse, a *serse* en plena y fecunda intimidad. El pindárico *sé él que eres* es el término de este camino de vuelta, la meta que el poeta pretende alcanzar. «Mas nadie —dice Martín — logrará ser el que es, si antes no logra pensarse como no es.

* * *

De su libro de estética *Lo universal cualitativo*, entresacamos los párrafos siguientes:

«1. Problema de la lírica: La materia en que las artes trabajan, sin excluir del todo a la música, pero excluyendo a la poesía, es algo no configurado por el espíritu: piedra, bronce, sustancias colorantes, aire que vibra, materia bruta, en suma, de cuyas leyes, que la ciencia investiga, el artista, como tal, nada entiende. También le es dado al poeta su material, el lenguaje, como al escultor el mármol o el bronce. En él ha de ver por de pronto, lo que aún no ha recibido forma, lo que va a ser, después de su labor, sus tentáculos de un mundo ideal. Pero mientras el artista de otras artes comienza venciendo resistencias de la materia bruta, el poeta lucha con una nueva clase de resistencias: las que ofrecen aquellos productos espirituales, las palabras, que constituyen su material. Las palabras, a diferencia de las piedras, o de las materias colorantes, o del aire en movimiento, son ya, por sí mismas, significación de lo humano, a las cuales ha de dar el poeta nueva significación. La palabra es, en parte, valor de cambio, producto social, instrumento de objetividad (objetividad en este caso significa convención entre sujetos), y el poeta pretende hacer de ellas medio

expresivo de lo psíquico individual, objeto único, valor cualitativo. Entre la palabra usada por todos y la palabra lírica existe la diferencia que entre una moneda y una joya del mismo metal. El poeta hace joyel de la moneda. ¿Cómo? La respuesta es difícil. El aurífice puede deshacer la moneda y aun fundir el metal para darle después nueva forma, aunque no caprichosa y arbitraria. Pero al poeta no le es dado deshacer la moneda para labrar su joya. Su material de trabajo no es el elemento sensible en que el lenguaje se apoya (el sonido), sino aquellas significaciones de lo humano que la palabra, como tal, contiene. Trabaja el poeta con elementos ya estructurados por el espíritu, y aunque con ellos ha de realizar una nueva estructura, no puede desfigurarlos.

«2. Todas las formas de la objetividad, o apariencias de lo objetivo, son, con excepción del arte, productos de desubjetivación, tienden a formas espaciales y temporales puras: figuras, números, conceptos. Su objetividad quiere decir, ante todo, homogeneidad, descualificación de lo esencialmente cualitativo. Por eso, espacio y tiempo, límites del trabajo descualificador de lo sensible, son condiciones *sine qua non* de ellas, lógicamente previas o, como dice Kant, *a priori*. Sólo a este precio se consigue en la ciencia la objetividad, la ilusión del objeto, del ser que no es. El impulso hacia lo otro inasequible realiza un trabajo homogeneizador, crea la sombra del ser. Pensar es, ahora, descualificar, homogeneizar. La materia pensada se resuelve en átomos; el cambio substancial, en movimientos de partículas inmutables en el espacio. El ser ha quedado atrás; sigue siendo el ojo que mira, y más allá están el tiempo y el espacio vacíos, la pizarra negra, la pura nada. Quien piensa el ser puro, el ser como es, piensa, en efecto, la pura nada; y quien piensa el tránsito del uno a la otra, piensa el puro devenir, tan huero como los elementos que lo integran. El pensamiento lógico sólo se da, en efecto, en el vacío insensible; y aunque es maravilloso este poder de inhibición del arte, de donde surge el palacio encantado de la lógica (la concepción mecánica del mundo, la crítica de Kant, la metafísica de Leibnitz, por no citar sino ejemplos ingentes), con todo, el ser no es *nunca* pensado; contra la sentencia, el ser y el pensar (el pensar homogeneizador) no coinciden, ni por casualidad».

Confiamos
en que no será verdad
nada de lo que pensamos.

(Véase A. Machado.)

Pero el arte, y especialmente la poesía —añade Martín—, que adquiere tanta más importancia y responde a una necesidad tanto más imperiosa cuanto más ha avanzado

el trabajo descualificador de la mente humana (esta importancia y esta necesidad son independientes del valor estético de las obras que en cada época se producen), no puede ser sino una actividad del sentido inverso al del pensamiento lógico. Ahora se trata (en poesía) de realizar nuevamente lo *desrealizado*; dicho de otro modo: una vez que el ser ha sido pensado como no es, es preciso pensarlo como es; urge devolverle su rica, inagotable heterogeneidad.

Este nuevo pensar, o pensar poético, es pensar cualificador. No es, ni mucho menos, un retorno al caos sensible de la animalidad; porque tiene sus normas, no menos rígidas que las del pensamiento homogeneizador, aunque son muy otras. Este pensar se da entre realidades, no entre sombras; entre intuiciones, no entre conceptos. «El no ser es ya pensado como no ser y arrojado, por ende, a la espuerta de la basura». Quiere decir Martín que, una vez que han sido convictas de oquedad las formas de lo objetivo, no sirven ya para pensar lo que es. Pensando el ser cualitativamente, con extensión infinita, sin mengua alguna de lo infinito de su comprensión, no hay dialéctica humana ni divina que realice ya el tránsito de su concepto al de su contrario, porque, entre otras cosas, su contrario no existe.

Necesita, pues, el pensar poético una nueva dialéctica, sin negaciones ni contrarios, que Abel Martín llama lírica y, otras veces, mágica, la lógica del camino substancial o devenir inmóvil, del ser cambiando o el cambio siendo. Bajo esta idea, realmente paradójica y aparentemente absurda, está la más honda intuición que Abel Martín pretende haber alcanzado.

«Los eleáticos —dice Martín— no comprendieron que la única manera de probar la inmutabilidad del ser hubiera sido demostrar la realidad del movimiento, y que sus argumentos, en verdad sólidos, eran contraproducentes; que a los heraclitanos correspondía, a su vez, probar la irrealidad del movimiento para demostrar la mutabilidad del ser. Porque ¿cómo ocupará dos lugares distintos del espacio, en dos momentos sucesivos del tiempo, lo que constantemente cambia y no —¡cuidado!— para dejar de ser, sino para ser otra cosa? El cambio continuo es impensable como movimiento, pues el movimiento implica persistencia del móvil en lugares distintos y en momentos sucesivos; y un cambio discontinuo, con intervalos vacíos, que implican aniquilamiento del móvil, es impensable también. Del no ser al ser no hay tránsito posible, y la síntesis de ambos conceptos es inaceptable en toda lógica que pretenda ser, al par, ontología, porque no responde a realidad alguna».

No obstante, Abel Martín sostiene que, sin incurrir en contradicción, se puede afirmar que es el concepto del no ser la creación específicamente humana; y a él dedica un soneto con el cual cierra la primera sección de *Los complementarios*:

AL GRAN CERO

ando el *Ser que se es* hizo la nada
posó, que bien lo merecía,
uvo el día noche, y compañía
o el hombre en la ausencia de la amada.

Fiat umbra! Brotó el pensar humano.
l huevo universal alzó, vacío,
in color, desubstanciado y frío,
o de niebla ingrávida, en su mano.

na el cero integral, la hueca esfera,
has de mirar, si lo has de ver, erguido.
7 que es espalda el lomo de tu fiera,

el milagro del no ser cumplido,
da, poeta un canto de frontera
muerte, al silencio y al olvido.

En la teología de Abel Martín es Dios definido como el ser absoluto, y, por ende, nada que sea puede ser su obra. Dios, como creador y conservador del mundo, le parece a Abel Martín una concepción judaica, tan sacrílega como absurda. La nada, en cambio, es, en cierto modo, una creación divina, un milagro del ser, obrado por éste para pensarse en su totalidad. Dicho de otro modo: Dios regala al hombre el gran cero, la nada o cero integral, es decir, el cero integrado por todas las negociaciones de cuanto es. Así, posee la mente humana un concepto de totalidad, la suma de cuanto no es, que sirva lógicamente de límite y frontera a la totalidad de cuanto es:

Fiat umbra! Brotó el pensar humano.

Entiéndase: el pensar homogeneizador —no el poético, que es ya pensamiento divino—; el pensar del mero bípedo racional, el que ni por casualidad puede coincidir con la pura heterogeneidad del ser; el pensar que necesita de la nada para pensar lo que es, porque, en realidad, lo piensa como no siendo.

Tras este soneto, no exento de énfasis, viene el *canto de frontera*, por soleares (cante hondo) a la muerte, al silencio y al olvido que constituye la segunda sección del libro *Los complementarios*. La tercera sección lleva, a guisa de prólogo, los siguientes versos:

AL GRAN PLENO O CONCIENCIA INTEGRAL

En su estatua al alto Cero
Mármol frío,
O austero
Una mano en la mejilla—,
Gran remanso del río,
Lilote, eterno, en la orilla,
Su gloria eternamente.
Lógica divina
Imagina,
O nunca imagen miente
O hay espejo; todo es fuente —,
O sea
Nada es, y que se vea
Nada ve. Quieto y activo
Mar y pez y anzuelo vivo,
O el mar en cada gota,
O el pez en cada huevo,
O nuevo—,
De unánime su nota.
O cambia y todo queda,
Nada todo,
O a modo,
Nada corre, de moneda,
Sueño de mano en mano.
De amor rosa y ortiga,
Amapola y la espiga
Rotan del mismo grano.
Sonía;
O canta en pleno día.
Para las formas del cero,
Para a ver,
Cantando de su venero,
Vivas aguas del ser.

CLXVIII

JUAN DE MAIRENA, poeta, filósofo, retórico e inventor de una Máquina de Cantar. Nació en Sevilla (1865). Murió en Casariego de Tapia (1909). Es autor de una *Vida de Abel Martín*, de un *Arte poética*, de una colección de poesías: *Coplas mecánicas*, y de un tratado de metafísica: *Los siete reversos*.

MAIRENA A MARTÍN, MUERTO

¿astro, en tu lecho yaces,
¿oaz con Ella o con Él...
¿uién sabe de últimas paces,
Abel?)

¿on Ella, bien colmada
¿edida,
¿, quieta, en la almohada
¿oble cabeza hundida.
¿on Él, que todo sea
¿onde sea— quieto y vivo,
¿jo en superlativo,
¿mire, admire y se vea.

* * *

¿juglar meditativo
¿de el índice ideario
¿a el alba que aún no ríe;
¿muñeco estrafalario
¿retablo desafía
¿su gesto al sol gregario.

* * *

¿dra y parra. Las paredes
¿os huertos blancas son.
¿calles de Sal-Si-Puedes
¿lan balcón y balcón.

avía, ¡oh don Abel!
a la campanería
a tarde, y un clavel
uarda Rosa María.

avía
y en entre los cipreses
u huerto y laberinto
us calles —eses y eses,
zadas, de vino tinto—
pasos; y el mazo suena
en la fragua de un instinto
de la razón serena.

tu logos variopinto,
va ratio,
da el ancla en agua y viento,
n cimiento
u lírico palacio.

uajado en piedra el fuego
amante
por bizco y Eros ciego),
la al sol como diamante.

La composición continúa, algo enrevesada y difícil, con esa dificultad artificiosa del barroco conceptual, que el propio Mairena censura en su *Arte poético*. En las últimas estrofas, el sentimiento de piedad hacia el maestro parece enturbiarse con mezcla de ironía, rayana en sarcasmo. Y es que toda nueva generación ama y odia a su precedente. El elogio incondicional rara vez es sincero. Lo del *logos* variopinto no es, sin duda, expresión demasiado feliz para significar la facultad creadora de aquellos universales cualitativos que persiguió Martín. Y más que incomprensión parece acusar —en Mairena— una cierta malevolencia, que le lleva al sabotaje de las ideas del maestro. Lo del Amor bizco tiene una cuádruple significación: anecdótica, lógica, estética y metafísica. Una honda explicación de ello se encuentra en la *Vida de Abel Martín*.

EL «ARTE POÉTICA» DE JUAN DE MAIRENA

Juan de Mairena se llama a sí mismo *el poeta del tiempo*. Sostenía Mairena que la

poesía era un arte temporal —lo que ya habían dicho muchos antes que él— y que la temporalidad propia de la lírica sólo podía encontrarse en sus versos, plenamente expresada. Esta jactancia, un tanto provinciana, es propia del novato que llega al mundo de las letras dispuesto a escribir por todos y para todos, y, en último término, contra todos. En su *Arte poético* no faltan párrafos violentos, en que Mairena se adelanta a decretar la estolidez de quienes pudieran sostener una tesis contraria a la suya. Los omitimos por vulgares, y pasamos a reproducir otros más modestos y de más substancia.

«Todas las artes —dice Juan de Mairena en la primera lección de su *Arte poética*— aspiran a productos permanentes, en realidad, a frutos intemporales. Las llamadas artes del tiempo, como la música y la poesía, no son excepción. El poeta pretende, en efecto, que su obra trascienda de los momentos psíquicos en que es producida. Pero no olvidemos que, precisamente, es el tiempo (el tiempo vital del poeta con su propia vibración) lo que el poeta pretende intemporalizar, digámoslo con toda pompa: eternizar. El poema que no tenga muy marcado el acento temporal estará más cerca de la lógica que de la lírica».

«Todos los medios de que se vale el poeta: cantidad, medida, acentuación, pausas, rima, las imágenes mismas, por su enunciación en serie, son elementos temporales. La temporalidad necesaria para que una estrofa tenga acusada la intención poética está al alcance de todo el mundo; se aprende en las más elementales Preceptivas. Pero una intensa y profunda impresión del tiempo sólo nos la dan muy contados poetas. En España, por ejemplo, la encontramos en don Jorge Manrique, en el *Romancero*, en Bécquer, rara vez en nuestros poetas del siglo de oro».

«Veamos —dice Mairena— una estrofa de don Jorge Manrique:

¿se hicieron las damas,
tocados, sus vestidos,
colores?
¿se hicieron las llamas
los fuegos encendidos
los maderos?
¿se hizo del trovar,
músicas acordadas
tañían?
¿se hizo aquel danzar,
ellas ropas chapadas
traían?

Si comparamos esta estrofa del gran lírico español —añade Mairena— con otra de nuestro barroco literario, en que se pretenda expresar un pensamiento análogo la fugacidad del tiempo y lo efímero de la vida humana, por ejemplo: el soneto *A las flores*, que pone Calderón en boca de su Príncipe Constante, veremos claramente la diferencia que media entre la lírica y la lógica rimada».

Recordemos el soneto de Calderón:

as que fueron pompa y alegría,
pertando al albor de la mañana,
tarde serán lástima vana
miendo en brazos de la noche fría.

e matiz que al cielo desafía,
listado de oro, nieve y grana,
i escarmiento de la vida humana:
o se aprende en término de un día.

orecer las rosas madrugaron,
ira envejecerse florecieron.
ia y sepulcro de un botón hallaron.

es los hombres sus fortunas vieron:
in día nacieron y espiraron,
, pasados los siglos, horas fueron.

«Para alcanzar la finalidad intemporalizadora del arte, fuerza es reconocer que Calderón ha tomado un camino demasiado llano: el empleo de elementos de suyo intemporales. Conceptos e imágenes conceptuales —pensadas, no intuitas— están fuera del tiempo psíquico del poeta, de fluir de su propia conciencia. Al *panta rhei* de Heráclito sólo es excepción el pensamiento lógico. Conceptos e imágenes en función de conceptos —sustantivos acompañados de adjetivos definidores, no cualificadores— tienen, por lo menos, esta pretensión: la de ser hoy lo que fueron ayer, y mañana lo que son hoy. El albor de la mañana vale para todos los amaneceres; la noche fría, en la intención del poeta, para todas las noches. Entre tales nociones definidas se establecen relaciones lógicas, no menos intemporales que ellas. Todo el encanto del soneto de Calderón —si alguno tiene— estriba en su corrección silogística. La poesía aquí no canta, razona, discurre en torno a unas cuantas definiciones. Es —como todo o casi todo nuestro barroco literario— escolástica rezagada».

«En la estrofa de Manrique nos encontramos en un clima espiritual muy otro, aunque para el somero análisis, que suele llamarse crítica literaria, la diferencia pase inadvertida. El poeta no comienza por asentar nociones que traducir en juicios analíticos, con los cuales construir razonamientos. El poeta no pretende saber nada; pregunta por damas, tocados, vestidos, olores, llamas, amantes... El ¿qué se hicieron?, el devenir en interrogante, individualiza ya estas nociones genéricas, las coloca en el tiempo, en un pasado vivo, donde el poeta pretende intuir las, como objetos únicos, las rememora o evoca. No pueden ser ya cualesquiera damas, tocados, fragancias y vestidos, sino aquellos que, estampados en la placa del tiempo, conmueven —¡todavía!— el corazón del poeta. *Y aquel trovar y el danzar aquel* — aquellos y no otros— ¿qué se hicieron?, insiste en preguntar el poeta, hasta llegar a la maravilla de la estrofa: *aquellas ropas chapadas*, vistas en los giros de una danza, las que traían los caballeros de Aragón —o quienes fueren—, y que surgen ahora en el recuerdo, como escapadas de un sueño, actualizando, materializando casi el pasado, en una trivial anécdota indumentaria. Terminada la estrofa, queda toda ella vibrando en nuestra memoria como una melodía única, que no podrá repetirse ni imitarse, porque para ello sería preciso haberla vivido. La emoción del tiempo es todo en la estrofa de don Jorge; nada, o casi nada, en el soneto de Calderón. La diferencia es más profunda de lo que a primera vista parece. Ella sola explica por qué en don Jorge la lírica tiene todavía un porvenir, y en Calderón, nuestro gran barroco, un pasado abolido, definitivamente muerto».

Se extiende después Mairena en consideraciones sobre el barroco literario español. Para Mairena —conviene advertirlo—, el concepto de lo barroco dista mucho del que han puesto de moda los alemanes en nuestros días, y que -dicho sea de paso—, bien pudiera ser falso aunque nuestra crítica lo acepte, como siempre, sin crítica, por venir de FUERA.

«En poesía se define —habla Mairena— como un tránsito de lo vivo a lo artificial, de lo intuitivo a lo conceptual, de la temporalidad psíquica al plano temporal de la lógica, como un *piétinement sur place* del pensamiento que, incapaz de avanzar sobre intuiciones —en ninguno de los sentidos de esta palabra—, vuelve sobre sí mismo, y gira y deambula en torno a lo definido, creando enmarañados laberintos verbales; un metaforismo conceptual, ejercicio superfluo y pedante del pensar y del sentir, que pretende asombrar por lo difícil y cuya oquedad no advierten los papanatas».

El párrafo es violento, acaso injusto. Encierra, no obstante, alguna verdad. Porque Mairena vio claramente que el tan decantado dinamismo de lo barroco es más

aparente que real, y más que la expresión de una fuerza actuante, el gesto hinchado, que sobrevive a un esfuerzo extinguido.

Acaso puede argüirse a Mairena que, bajo la denominación de barroco literario, comprende la corriente culterana y la conceptista, sin hacer de ambas suficiente distinción. Mairena, sin embargo, no las confunde, sino que las ataca en su raíz común. Fiel a su maestro, Abel Martín, Mairena no ve en las formas literarias sino contornos más o menos momentáneos de una materia en perpetuo cambio, y sostiene que es esta materia, este contenido, lo que, en primer término, conviene analizar. ¿En qué zona del espíritu del poeta ha sido engendrado el poema, y qué es lo que predominantemente contiene? Sigue un criterio opuesto al de la crítica de su tiempo, que sólo veía en las formas literarias moldes rígidos para rellenos de un mazacote cualquiera, y cuyo contenido, por ende, no interesa. Culteranismo y conceptismo son, pues, para Mairena dos expresiones de una misma oquedad y cuya concomitancia se explica por un creciente empobrecimiento del alma española. La misma inopia de intuiciones que, incapaz de elevarse a las ideas, lleva al pensamiento conceptista, y éste a la pura agudeza verbal, crea la metáfora culterana, no menos conceptual que el concepto conceptista, la seca y árida tropología gongorina, arduo trasiego de imágenes genéricas, en el fondo puras definiciones, a un ejercicio de mera lógica, que sólo una crítica inepta o un gusto depravado puede confundir con la poesía.

«Claro es —añade Mairena, en previsión de fáciles objeciones— que el talento poético de Góngora y el robusto ingenio de Quevedo, Gracián o Calderón, son tan patentes como la inanimidad estética del culteranismo y el conceptismo».

El barroco literario español, según Mairena, se caracteriza:

1.º *Por una gran pobreza de intuición.*— ¿En qué sentido? En el sentido de experiencia externa o contacto directo con el mundo sensible; en el sentido de experiencia interna o contacto con lo inmediato psíquico, estados únicos de conciencia; en el sentido teórico de enfrentamiento con las ideas, esencias, leyes y valores como objetos de visión mental; y en el resto de las acepciones de esta palabra. «Las imágenes del barroco expresan, disfrazan o decoran conceptos, pero no contienen intuiciones». «Con ellas —dice Mairena— se discurre o razona, aunque superflua y mecánicamente, pero de ningún modo se canta. Porque se puede razonar, en efecto, por medio de conceptos escuetamente lógicos, por medio de conceptos matemáticos —números y figuras— o por medio de imágenes, sin que el acto de razonar, discurrir entre lo definido, deje de ser el mismo: una función homogeneizadora del entendimiento que persigue igualdades —reales, o convenidas—, eliminando diferencias. El empleo de imágenes, más o menos coruscantes, no

puede nunca trocar una función esencialmente lógica sin función estética, de sensibilidad. Si la lírica barroca, consecuente consigo misma, llegase a su realización perfecta, nos daría un álgebra de imágenes, fácilmente abarcable en un tratado al alcance de los estudiosos, y que tendría el mismo valor estético del álgebra propiamente dicha, es decir, un valor estéticamente nulo».

2.º *Por su culto a lo artificioso y desdeñoso de lo natural.*— «En las épocas en que el arte es realmente creador —dice Mairena— no vuelve nunca la espalda a la naturaleza, y entiende por naturaleza todo lo que aun no es arte, incluyendo en ello el propio corazón del poeta. Porque si el artista ha de crear, y no a la manera del dios bíblico, necesita una materia que informar o transformar, que no ha de ser —¡claro está!— el arte mismo. Porque existe, en verdad, una forma de apatía estética, que pretende substituir el arte por la naturaleza misma, se deduce, groserísimamente, que el artista puede ser creador prescindiendo ella. Esa abeja que liba en la miel y no en las flores más ajena a toda labor creadora que el humilde arrimador de documentos reales, o que el consabido espejo de lo real, que pretende darnos por arte la innecesaria réplica de cuanto lo es».

3.º *Por su carencia de temporalidad.*— En su análisis del verso barroco, señala Mairena la preponderancia del sustantivo y su adjetivo definidor sobre las formas temporales del verbo; el empleo de la rima con carácter más ornamental que melódico y el total olvido de su valor mnemónico.

«La rima —dice Mairena— es el encuentro, más o menos reiterado, de un sonido con el recuerdo de otro. Su monotonía es más aparente que real, porque son elementos distintos, acaso heterogéneos, sensación y recuerdo, los que en la rima se conjugan; con ellos estamos dentro y fuera de nosotros mismos. Es la rima un buen artificio, aunque no el único, para poner la palabra en el tiempo. Pero cuando la rima se complica con excesivos entrecruzamientos y se distancia hasta tal punto que ya no se conjugan sensación y recuerdo, porque el recuerdo se ha extinguido cuando la sensación se repite, la rima es entonces un artificio superfluo. Y los que suprimen la rima —esa tardía invención de la métrica—, juzgándola innecesaria, suelen olvidar que lo esencial en ella es su función temporal, y que su ausencia les obliga a buscar algo que la substituya; que la poesía lleva muchos siglos cabalgando sobre asonancias y consonancias, no por capricho de la incultura medieval, sino porque el sentimiento del tiempo, que algunos llaman impropriamente sensación de tiempo, no contiene otros elementos que los señalados en la rima: sensación y recuerdo. Mas en el verso barroco la rima tiene, en efecto, un carácter ornamental. Su primitiva misión de conjugar sensación y recuerdo, para crear así la emoción del tiempo, queda olvidada. Y es que el verso barroco, culterano o conceptista, no contiene elementos temporales,

puesto que conceptos e imágenes conceptuales son —habla siempre Mairena— esencialmente ácronos».

4.º *Por su culto a lo difícil artificial y su ignorancia de las dificultades reales.*— La dificultad no tiene por sí misma valor estético, ni de ninguna otra clase —dice Mairena—. Se aplaude con razón el acto de atacarla y vencerla; pero no es lícito crearla artificialmente para ufanarse de ella. Lo clásico, en verdad, es vencerla, eliminarla; lo barroco, exhibirla. Para el pensamiento barroco, esencialmente plebeyo, lo difícil es siempre precioso: un soneto valdrá más que una copla en asonante, y el acto de engendrar un chico, menos que el de romper un adoquín con los dientes.

5.º *Por su culto a la expresión indirecta, perifrástica, como si ella tuviera por sí misma un valor estético.*— Porque no existe perfecta conmensurabilidad —dice Mairena— entre el sentir y el hablar, el poeta ha acudido siempre a formas indirectas de expresión, que pretenden ser las que directamente expresen lo inefable. Es la manera más sencilla, más recta y más inmediata de rendir lo intuido en cada momento psíquico, lo que el poeta busca, porque todo lo demás tiene formas adecuadas de expresión en el lenguaje conceptual. Para ello acude siempre a imágenes singulares, o singularizadas, es decir, a imágenes que no puedan encerrar conceptos, sino intuiciones, entre las cuales establece relaciones capaces de crear a la postre nuevos conceptos. El poeta barroco, que ha visto el problema precisamente al revés, emplea las imágenes para adornar y disfrazar conceptos, y confunde la metáfora esencialmente poética con el eufemismo de negro catedrático. El *oro cano*, el *pino cuadrado*, la *flecha alada*, el *áspid de metal*, son, en efecto, maneras bien estúpidas de aludir a la plata, a la mesa, a la flecha y a la pistola.

6.º *Por su carencia de gracia.*— «La tensión barroca —dice Mairena— con su fría vehemencia, su aparato de fuerza y falso dinamismo, su torcer y desmesurar arbitrarios —sintaxis hiperbática e imagería hiperbólica—, con su empeño de desnaturalizar una lengua viva para ajustarla bárbaramente a los esquemas más complicados de una lengua muerta, con su hinchazón y amaneramiento y superfluo artificio, podrá, en horas de agotamiento o perversión del gusto, producir un efecto que, mal analizado, se parezca a una emoción estética. Pero hay algo a que el barroco ha de renunciar, pues ni la mera apariencia le es dado contrahacer: la calidad de lo gracioso, que sólo se produce cuando el arte, de puro maestro, llega al olvido de sí mismo, y a hacerse perdonar su necesario apartamiento de la naturaleza».

7.º *Por su culto supersticioso a lo aristocrático.*— Hablando de Góngora, dice Juan de Mairena: «Cuanto hay en él apoyado en folklore tiende a ser, más que lo popular (tan finamente captado por Lope), lo apicarado y grosero. Sin embargo, lo

verdaderamente plebeyo de Góngora es el gongorismo. Enfrente de Lope, tan íntegramente español como hombre de la corte, Góngora será siempre un pobre cura provinciano». Y en verdad que la «obsesión de lo distinguido y aristocrático no ha producido en arte más que ñoñeces». «El vulgo en arte, es decir, el vulgo a que suele aludir el artista, es, en cierto modo, una invención de los pedantes, mejor diré: un ente de ficción que el pedante fabrica con su propia substancia». «Ningún espíritu creador —añade Mairena— en sus momentos realmente creadores, pudo pensar más que en el hombre, en el hombre esencial que ve en sí mismo, y que supone en su vecino. Que existe una masa desatenta, incomprensiva, ignorante, ruda, el artista no lo ha ignorado nunca. Pero una de dos: o la obra del artista alcanza y penetra, en más o en menos, a esa misma masa bárbara, que deja de ser vulgo *ipso jacto* para convertirse en público de arte, o encuentra en ella una completa impermeabilidad, una total indiferencia. En este caso, el vulgo propiamente dicho no guarda ya relación alguna con la obra de arte y no puede ser objeto de obsesión para el artista. Pero el vulgo del culterano, del preciosista, del pedante, es una masa de papanatas, a la cual se asigna una función positiva: la de rendir al artista un tributo de asombro y de admiración incomprensiva».

En suma, Mairena no se chupa el dedo en su análisis del barroco literario español. Más adelante añade —en previsión de fáciles objeciones— que él no ignora cómo en toda época, de apogeo o decadencia, ascendente o declinante, lo que se produce es lo único que puede producirse, y que aun las más patentes perversiones del gusto, cuando son realmente actuales, tendrán siempre una sutil abogacía que defiende sus mayores desatinos. Y en verdad que esa abogacía no defiende, en el fondo, ni tales perversiones ni tales desatinos, sino a un espíritu incapaz de producir otra cosa. Lo más inepto contra el culteranismo lo hizo Quevedo, publicando los versos de fray Luis de León. Fray Luis de León fue todavía un poeta, pero el sentimiento místico, que alcanzó en él una admirable expresión de remanso, distaba ya tanto de Góngora como de Quevedo, era precisamente lo que ya no podía cantar, algo definitivamente muerto a manos del espíritu jesuítico imperante.

LA METAFÍSICA DE JUAN DE MAIRENA

«Todo poeta —dice Juan de Mairena— supone una metafísica; acaso cada poema debiera tener la suya —implícita—, claro está —nunca explícita—, y el poeta tiene el deber de exponerla, por separado, en conceptos claros. La posibilidad de hacerlo distingue al verdadero poeta del mero señorito que compone versos». (*Los siete reversos*, pág. 192). Digamos algunas palabras sobre la metafísica de Juan de Mairena.

Su punto de partida está en un pensamiento de su maestro Abel Martín. Dios no es el creador del mundo, sino el ser absoluto, único y real, más allá del cual nada es. No hay problema genético de lo que es. El mundo es sólo un aspecto de la divinidad; de ningún modo una creación divina. Siendo el mundo real, y la realidad única y divina, hablar de una creación del mundo equivaldría a suponer que Dios se creaba a sí mismo. Tampoco el ser, la divinidad, plantea ningún problema metafísico. Cuanto es aparece; cuanto aparece es. Todo el trabajo de la ciencia —que Mairena admira y venera— consiste en descubrir nuevas apariencias; es decir, nuevas apariciones del ser; de ningún modo nos suministra razón alguna esencial para distinguir entre lo real y aparente. Si el trabajo de la ciencia es infinito y nunca puede llegar a un término, no es porque busque una realidad que huye y se oculta tras una apariencia, sino porque lo real es una apariencia infinita, una constante e inagotable posibilidad de aparecer.

No hay, pues, problema del ser, de lo que aparece. Sólo lo que no es, lo que no aparece, puede constituir problema. Pero este problema no interesa tanto al poeta como al filósofo propiamente dicho. Para el poeta, el no ser es la creación divina, el milagro del ser que se es, el *fiat umbra!* a que Martín alude en su soneto inmortal *Al gran Cero*, la palabra divina que al poeta asombra y cuya significación debe explicar el filósofo.

Borraste el ser; quedó la nada pura.
Muéstrame; ¡oh Dios!, la portentosa mano
que hizo la sombra: la pizarra oscura
donde se escribe el pensamiento humano...

(Abel Martín. «Los Complementarios»).

O como más tarde dijo Mairena, glosando a Martín:

Dijo Dios: Brote la nada.
Y alzó la mano derecha,
hasta ocultar su mirada.
Y quedó la nada hecha.

Así simboliza Mairena, siguiendo a Martín, la creación divina, por un acto negativo de la divinidad, por un voluntario cegar del gran ojo, que todo lo ve al verse a sí mismo.

Se preguntará: ¿cómo, si no hay problema de lo que es, puesto que lo aparente y lo real son una y la misma cosa, o, dicho de otro modo, es lo real la suma de las

apariciones del ser, puede haber una metafísica? A esta objeción respondía Mairena: «Precisamente la desproblematización del ser, que postula la absoluta realidad de lo aparente, pone *ipso jacto* sobre el tapete el problema del no ser, y éste es el tema de toda futura metafísica». Es decir, que la metafísica de Mairena será la ciencia del no ser, de la absoluta irrealidad, o, como decía Martín, de las varias formas del cero. Esta metafísica es ciencia de lo creado, de la obra divina, de la pura nada, a la cual se llega por análisis de conceptos; sólo contiene, como la metafísica de escuela, pensamiento puro; pero se diferencia de ella en que no pretende definir al ser (no es, pues, ontología), sino a su contrario. Y le cuadra, en verdad, el nombre de metafísica: ciencia de lo que está más allá del ser, es decir, más allá de la física.

Los siete reversos es el tratado filosófico en que Mairena pretende enseñarnos los siete caminos por donde puede el hombre llegar a comprender la obra divina: la pura nada. Partiendo del pensamiento mágico de Abel Martín, de *la esencial heterogeneidad del ser, de la inmanente otredad del ser que se es*, de la substancia única, quieta y en perpetuo cambio, de la conciencia integral, o gran ojo..., etc.; es decir, del pensamiento poético, que acepta como principio evidente la realidad de todo contenido de conciencia, intenta Mairena la génesis del pensamiento lógico, de las formas homogéneas del pensar: la pura substancia, el puro espacio, el puro tiempo, el puro movimiento, el puro reposo, el puro ser que no es y la pura nada.

El libro es extenso, contiene cerca de 500 páginas, en cuarto mayor. No fue leído en su tiempo. Ni aun lo cita Menéndez y Pelayo en su índice expurgatorio del pensamiento español. Su lectura, sin embargo, debe recomendarse a los estudiosos. Su análisis detallado nos apartaría mucho del poeta. Quede para otra ocasión y volvamos ahora a las poesías de Juan de Mairena.

Sostenía Mairena que sus Coplas mecánicas no eran realmente suyas, sino de la Máquina de Trovar, de Jorge Meneses. Es decir, que Mairena había imaginado un poeta, el cual, a su vez, había inventado un aparato, cuyas eran las coplas que daba a la estampa.

Diálogo entre Juan de Mairena y Jorge Meneses.

Mairena.— ¿Qué augura usted, amigo Meneses, del porvenir de la lírica?

Meneses.— Pronto el poeta no tendrá más recurso que enfundar su lira y dedicarse a otra cosa.

Mairena.— ¿Piensa usted?...

Meneses.— Me refiero al poeta lírico. El sentimiento individual, mejor diré: el polo individual del sentimiento, que está en el corazón de cada hombre, empieza a no interesar, y cada día interesará menos. La lírica moderna, desde el declive romántico

hasta nuestros días (los del simbolismo), es acaso un lujo, un tanto abusivo, del hombre manchesteriano, del individualismo burgués, basado en la propiedad privada. El poeta exhibe su corazón con la jactancia del burgués enriquecido que ostenta sus palacios, sus coches, sus caballos y sus queridas. El corazón del poeta, tan rico en sonoridades, es casi un insulto a la afonía cordial de la masa, esclavizada por el trabajo mecánico. La poesía lírica se engendra siempre en la zona central de nuestra psique, que es la del sentimiento; no hay lírica que no sea sentimental. Pero el sentimiento ha de tener tanto de individual como de genérico, porque aunque no existe un corazón en general, que sienta por todos, sino que cada hombre lleva el suyo y siente con él, todo sentimiento se orienta hacia valores universales, o que pretenden serlo. Cuando el sentimiento acorta su radio y no trasciende del yo aislado, acotado, vedado al prójimo, acaba por empobrecerse y, al fin, canta de falsete. Tal es el sentimiento burgués, que a mí me parece fracasado; tal es el fin de la sentimentalidad romántica. En suma, no hay sentimiento verdadero sin simpatía, el mero pathos no ejerce función cordial alguna, ni tampoco estética. Un corazón solitario —ha dicho no sé quién, acaso Pero Grullo— no es un corazón; porque nadie siente si no es capaz de sentir con otro, con otros..., ¿por qué no con todos?

Mairena.— ¡Con todos! ¡Cuidado, Meneses!

Meneses.— Si, comprendo. Usted, como buen burgués tiene la superstición de lo selecto, que es la más plebeya de todas. Es usted un cursi.

Mairena.— Gracias.

Meneses.— Le parece a usted que sentir con todos es convertirse en multitud, en masa anónima. Es precisamente lo contrario. Pero no divaguemos. Hay una crisis sentimental que afectará a la lírica, y cuyas causas son muy complejas. El poeta pretende cantarse a sí mismo, porque no encuentra temas de comunión cordial, de verdadero sentimiento. Con la ruina de la ideología romántica, toda una sentimentalidad, concomitantemente, se viene abajo. Es muy difícil que una nueva generación siga escuchando nuestras canciones. Porque lo que a usted le pasa, en el rincón de su sentir, que empieza a no ser comunicable, acabará por no ser nada. Una nueva poesía supone una nueva sentimentalidad, y ésta, a su vez, nuevos valores. Un himno patriótico nos conmueve a condición de que la patria sea para nosotros algo valioso; en caso contrario, ese himno nos parecerá vacío, falso, trivial o ramplón. Comenzaremos a diputar insinceros a los románticos, declamatorios, hombres que simulan sentimientos, que, acaso, no experimentaban. Somos injustos. No es que ellos no sintieran; es, más bien, que nosotros no podemos sentir con ellos. No sé si esto lo comprende usted bien, amigo Mairena.

Mairena.— Sí, lo comprendo. Pero usted, ¿no cree en una posible lírica intelectual?

Meneses.— Me parece tan absurda como una geometría sentimental o un álgebra

emotiva. Tal vez sea ésta la hazaña de los epígonos del simbolismo francés. Ya Mallarmée llevaba dentro el negro catedrático capaz de intentarla. Pero este camino no lleva a ninguna parte.

Mairena.— ¿Qué hacer, Meneses?

Meneses.— Esperar a los nuevos valores. Entretanto, como pasatiempo, simple juguete, yo pongo en marcha mi arístón poético o máquina de trovar. Mi modesto aparato no pretende substituir ni suplantar al poeta (aunque puede con ventaja suplir al maestro de retórica), sino registrar de una manera objetiva el estado emotivo, sentimental, de un grupo humano, más o menos nutrido, como un termómetro registra la temperatura o un barómetro la presión atmosférica.

Mairena.— ¿Cuantitativamente?

Meneses.— No. Mi artificio no registra en cifras, no traduce a lenguaje cuantitativo la lírica ambiente, sino que nos da su expresión objetiva, completamente desindividualizada, en un soneto, madrigal, jácara o letrilla que el aparato compone y recita con asombro y aplauso de la concurrencia. La canción que el aparato produce la reconocen por suya todos cuantos la escuchan, aunque ninguno, en verdad, hubiera sido capaz de componerla. Es la canción del grupo humano, ante el cual el aparato funciona. Por ejemplo, en una reunión de borrachos, aficionados al cante hondo, que corren una juerga de hombres solos, a la manera andaluza, un tanto sombría, el aparato registra la emoción dominante y la traduce en cuatro versos esenciales, que son su equivalente lírico. En una asamblea política, o de militares, o de usureros, o de profesores, o de sportsmen, produce otra canción, no menos esencial. Lo que nunca nos da el aparato es la canción individual, aunque el individuo esté caracterizado muy enérgicamente, por ejemplo: *la canción del verdugo*. Nos da, en cambio, si se quiere, la canción de los aficionados a ejecuciones capitales, etc.

Mairena.— ¿Y en qué consiste el mecanismo de ese arístón poético o máquina de cantar?

Meneses.— Es muy complicado, y, sin auxilio gráfico, sería difícil de explicar. Además, es mi secreto. Bástele a usted, por ahora, conocer su función.

Mairena.— ¿Y su manejo?

Meneses.— Su manejo es más sencillo que el de una máquina de escribir. Esta especie de piano-fonógrafo tiene un teclado dividido en tres sectores: el positivo, el negativo y el hipotético. Sus fonogramas no son letras, sino palabras. La concurrencia ante la cual funciona el aparato elige, por mayoría de votos, el sustantivo que, en el momento de la experiencia, considera más esencial, por ejemplo: *hombre*, y su correlato lógico, biológico, emotivo, etc., por ejemplo: *mujer*. El verbo siempre en función en las tres zonas del aparato, salvo el caso de substitución por voluntad del manipulador, es el verbo objetivador, el verbo ser, en sus tres formas: *ser*, *no ser*, *poder ser*, o bien *es*, *no es*, *puede ser*, es decir, el verbo en sus formas positiva u

ontológica, negativa o divina, e hipotética o humana. Ya contiene, pues, el aparato elementos muy esenciales para una copla: *es hombre, no es hombre, puede ser hombre, es mujer*, etc. Los vocablos lógicamente rimados son hombre y mujer; los de la rima propiamente dicha: *mujer* y (puede) *ser*. Sólo el sustantivo hombre queda huérfano de rima sonora. El manipulador elige el fonograma lógicamente más afín, entre los consonantes a *hombre*, es decir, *nombre*. Con estos ingredientes el manipulador intenta una o varias coplas, procediendo por tanteos, en colaboración con su público. Y comienza así:

Dicen (el sujeto suele ser un impersonal) *que el hombre no es hombre*.

Esta proposición esencialmente contradictoria la da mecánicamente el tránsito del sustantivo *hombre* de la primera a la segunda zona del aparato. Mi artificio no es, como el de Lulio, máquina de pensar, sino de anotar experiencias vitales, anhelos, sentimientos, y sus contradicciones no pueden resolverse lógicamente, sino psicológicamente. Por esta vía ha de resolverla el manipulador, y con los solos elementos de que aun dispone: *nombre* y *mujer*. Y es ahora el sustantivo *nombre* el que entra en función. El manipulador ha de colocarlo en la relación más esencial con *hombre* y *mujer*, que puede ser una de estas dos: *el nombre de un hombre* pronunciado por una *mujer*, o *el nombre de una mujer* pronunciado por un *hombre*. Tenemos ya el esquema de dos coplas posibles para expresar un sentimiento elementalísimo en una tertulia masculina: el sentimiento de la ausencia de la mujer, que nos da la razón psicológica que explica la contradicción lógica del verso inicial. El hombre no es hombre (lo es insuficientemente) para un grupo humano que define la hombría en función del sexo, bien por carencia de un nombre de mujer, el de la amada, que cada hombre puede pronunciar bien por ausencia de mujer en cuyos labios suene el nombre de cada hombre.

Para abreviar, pongamos que el aristón nos da esta copla:

Dicen que el hombre no es hombre
mientras que no oye su nombre
de labios de una mujer.
Puede ser.

Este puede ser no es ripio, aditamento inútil o parte muerta de la copla. Está en la zona tercera del teclado, y el manipulador pudo omitirlo. Pero lo hace sonar, a instancias de la concurrencia, que encuentra en él la expresión de su propio sentir, tras un momento de reflexión autoinspectiva. Producida la copla, puede cantarse en coro.

* * *

En el prólogo a sus *Coplas mecánicas* hace Mairena el elogio del artificio de Meneses. Según Mairena, el arístón poético es un medio, entre otros, de racionalizar la lírica, sin incurrir en el barroco conceptual. La sentencia, reflexión o aforismo que sus coplas contienen van necesariamente adheridos a una emoción humana. El poeta, inventor y manipulador del artificio mecánico es un investigador y colector de sentimientos elementales; un *folklorista*, a su manera, y un creador impasible de canciones populares, sin incurrir nunca en el pastiche de lo popular. Prescinde de su propio sentir, pero anota el de su prójimo y lo reconoce en sí mismo como sentir humano (cuando lo advierte objetivado en su apartado), como expresión exacta del ambiente cordial que le rodea. Su aparato no ripia ni pedantea, y aun puede ser fecundo en sorpresas, registrar fenómenos emotivos extraños. Claro está que su valor, como el de otros inventos mecánicos, es más didáctico y pedagógico que estético. La Máquina de Trovar, en suma, puede entretener a las masas e iniciarlas en la expresión de su propio sentir, mientras llegan los nuevos poetas, los cantores de una nueva sentimentalidad.

CLXIX

ULTIMAS LAMENTACIONES DE ABEL MARTÍN (CANCIONERO APÓCRIFO)

z, con la primavera,
é que un fino cuerpo me seguía
l dócil sombra. Era
cuerpo juvenil, el que subía
res en tres peldaños la escalera.

Iola, galgo de ayer. (Su luz de acuario
aba el hondo espejo
agria luz sobre un rincón de osario.)
¡Tú, conmigo, rapaz?
Contigo, viejo.

é la galería
uerto de ciprés y limonero;
as palomas en la piedra fría,
el cielo de añil rojo pandero,
i la mágica angustia de la infancia
igilia del ángel más austero.

ausencia y la distancia
ví a soñar con túnicas de aurora;
re en el arco tenso la saeta
mañana, la vista aterradora
a llama prendida en la espoleta
u granada.

¡Oh Tiempo, oh Todavía
ñado de inminencias!,
re acompañas en la senda fría,
dor de esperanzas e impacencias.

* * *

tiempo y sus banderas desplegadas!
o, capitán? Mas yo no voy contigo.)
cia lejanas torres soleadas

erdurable asalto por castigo!

7, como un día, en la ancha mar violeta
de el sueño su pétrea escalinata,
ace camino la infantil goleta,
salta el delfín de bronce y plata.

razaña y la aventura
cando un corazón entelerido...
ntes de piedra dura
co y eco— mi voz han repetido.

, descansar en el azul del día
no descansa el águila en el viento,
re la sierra fría,
ara de sus alas y su aliento!

augusta confianza
Naturaleza, y paz te pido,
regua de temor y de esperanza,
grano de alegría, un mar de olvido...

CLXX

(SIESTA)

EN MEMORIA DE ABEL MARTIN

entras traza su curva el pez de fuego,
to al ciprés, bajo el supremo añil,
rela en blanca piedra el niño ciego,
el olmo la copla de marfil
a verde cigarra late y suena,
remos al Señor
la negra estampa de su mano buena—
ha dictado el silencio en el clamor.
lios de la distancia y de la ausencia,
áncora en el mar, la plena mar...
os libra del mundo —omnipresencia—
abre senda para caminar.

la copa de sombra bien colmada,
este nunca lleno corazón,
remos al Señor que hizo la Nada
esculpido en la fe nuestra razón.

CLXXI

A LA MANERA DE JUAN DE MAIRENA. APUNTES PARA UNA GEOGRAFÍA EMOTIVA DE ESPAÑA

I

reperogil!
ién fuera una torre, torre del campo
Guadalquivir!

II

en los montes de Baza.
gina y su nube negra.
el Aznaitín afila
uchillo la tormenta.

III

Garciez
más sed que agua;
imena, más agua que sed.

IV

é bien los nombres ponía
en puso Sierra Morena
ta serranía!

V

Alicún se cantaba:
la luna sale,
or entre los olivos
en los espartales».

VI

n la Sierra de Quesada;
vo en pecado mortal:
e debiera querer;
eso te quiero más».

VII

ne una boca de fuego
na cintura de azogue.
Nadie la bese.
Nadie la toque.
undo el látigo del viento
na en el campo: ¡amapola!
no llama que se apaga
eso que no se logra)
nombre pasa y se olvida.
eso nadie la nombra.
os, por los espartales,
¡allá de los olivos,
ia las adelfas
s tarayes del río.
esta luna de la madrugada,
azona gentil del campo frío!...

CLXXII

(ABEL MARTÍN)

LOS COMPLEMENTARIOS

(CANCIONERO APÓCRIFO)

RECUERDOS DE SUEÑO, FIEBRE Y DUERMEVELA

I

¡ maldita fiebre
todo me lo enreda,
¡pre diciendo: ¡claro!
¡mido estás: despierta.
¡són, masón!
Las torres
¡ando están en rueda.
¡gorriones pían
¡o la lluvia fresca.
¡, claro, claro, claro!
¡mir es cosa vieja,
¡toro de la noche
¡ando está a la puerta.
¡i ventana llego
¡una rosa nueva,
¡una estrella roja,
¡garganta seca.
¡, claro, claro, claro!
¡lones? En Lucena.
¡ál de las tres? Son una
¡ia, Inés, Carmela;
¡limonero baila
¡la encinilla negra.
¡, claro, claro, claro!
¡mido estás. Alerta.
¡i, mili, en el viento:
¡glu, glu-glu, en la arena.
¡tímpanos del alba,
¡é bien repiquetean!

, claro, claro, claro!

II

la desnuda tierra...

III

la tierra desnuda,
y frío viento, de cara,
nieve menuda.

eché a caminar
un encinar de sombra:
sombra de un encinar.

Yol las nubes rompía
sus trompetas de plata.
nieve ya no caía.

vi un momento asomar
las torres del olvido.
se y no pude gritar.

IV

, claro, claro, claro!
están los centinelas
tos. Y esta fiebre
todo me lo enreda!...
o a un hidalgo no
horca; se degüella,
or verdugo ¿Duermes?
són, masón despierta.
lillos infantiles
oces de muñecas.

¡tan! ¿Quién llama, di?
Se ahorca a un inocente
esta casa?

—Aquí
horca, simplemente.

* * *

é vozarrón! Remacha
lavo en la madera.
esta fiebre... ¡Chito!
ay público a la puerta.
solución más linda
último problema.
an pasando, pasen;
nadie quede fuera.

* * *

Sambenitado, a un lado!
Eso será por mí?
y yo el sambenitado,
or verdugo?
—Sí.

* * *

, claro, claro, claro!
la trato de cuerda,
es lo infantil, y el trompo
música resuena.
o la guillotina,
mañana fresca...
¡or el palo seco,
¡ corbata hecha,
uitarras? No se estilan.
otes y cornetas,
gallo de la aurora,
uiere. ¿La reventa
acen los curas? ¡Claro!
ambenitón, despierta!!!

V

¡Esta bendita fiebre
ya empieza a tocar
la bandera; y danzar
entre, a la luna, la liebre.
Encinar en encinar
sobre la alondra y el día.
La mañana serena
con un latir de jauría,
por los montes resuena.
¡Vive. ¡Alegría! ¡Alegría!

VI

¡Vive al agua fría,
sobre la senda clara,
la vida dará algún día
un arbolillo en que nadie repara.
Fuste blanco y cuatro verdes hojas
que, por abril, le cuelga primavera,
y en noviembre, rojas.
El fruto, sólo un niño lo mordiera.
La flor, nadie la vio. ¿Cuándo florece?
El arbolillo crece
más que para el ave de una cita,
es alma —canto y plumas— de un instante,
el pajarillo azul y petulante
a la hora de la tarde lo visita.

VII

¡Qué fácil es volar, qué fácil es!
no consiste en no dejar que el suelo
nos cerque a nuestros pies.
¡Viviente hazaña, ¡el vuelo!, ¡el vuelo!, ¡el vuelo!

VIII

lar sin alas donde todo es cielo!
ota este jocundo
samiento: Parar, parar el mundo
e las puntas de los pies
ego darle cuerda del revés,
a verlo girar en el vacío,
radito y frío,
llado —no hay música sin viento—.
ro, claro! ¡Poeta y cornetín
de tan corto aliento!...
o el silencio y Dios cantan sin fin.

IX

o caer de cabeza,
esta noche sin luna,
nedio de esta maleza,
o a la negra laguna...

* * *

Tu eres Caronte, el fúnebre barquero?
barba limosa...
—¿Y tú bergante?
En fúnebre aspirante
u negra barcaza a pasajero,
al lago irrebogable se aproxima.
Razón?
—La ignoro. Ahorcóme un peluquero
Todos pierden memoria en este clima).
Delito?
—No recuerdo.
—¿Ida, no más?
Hay vuelta?
—Si.
—Pues ida y vuelta, ¡claro!

¡, claro... y no tan claro: eso es muy caro.
uarda un momentín, y embarcarás.

X

jar a los infiernos como el Dante!
evar por compañero
i poeta, con nombre de lucero!
este fulgor violeta en el diamante!
ad toda esperanza... Usted, primero.
, nunca, nunca, nunca! Usted delante;

* * *

acios de mármol, jardín con cipreses,
anjos redondos y palmas esbeltas.
litas y revueltas,
s y más eses.
ille del Recuerdo». Ya otra vez pasamos
ella. «Glorieta de la Blanca Sor».
erta de la luna». Por aquí ya entramos.
ille del Olvido». Pero, ¿adónde vamos
estas malditas andurrias, señor?
ronto te cansas, poeta.
Travesía del amor...».
tra vez la «Plazoleta
Desengaño Mayor!»

XI

ls ella... Triste y severa.
más bien, indiferente
no figura de cera.

* * *

ls ella... Mira y no mira.
on el oído en su pecho
iego, dile: respira.

* * *

Lo alcanzo hasta el mirador.
Háblale.

—Si tú quisieras...

Háas alto.

Darme esa flor.

¿O me respondes, bien mío?

Nada, nada!

¡Ajadita con el frío

¡Quedó en la madrugada.

XII

¡Claro, claro, claro!

Por siempre se hiela.

En esa «Calle Larga»

Reja, reja y reja,

¡Cuántas veces, platicando

Cien galanes, ella!

¡Claro, claro, claro!

Por es calle entera,

Celos, celosías,

Cerraduras a las puertas...

¡Traigo un do de pecho

¡Guardado en la cartera.

¿Te parece?

—Guarda.

¿Y cantan las estrellas,

¡Canta más.

—¿Nos vamos?

¡Vámonos por esa calleja.

¡Pero ¿otra vez empezamos?

¡Vámonos a Donde Hila la Vieja».

¡En esta plaza un relente...

¿Qué hacemos?

—Aguarda un poco.

¡Allí vive un cura loco

¡Un lindo adolescente.

quí pena arrepentido,
ndo siempre tronar,
endo serpentear
ayo que lo ha fundido.
lle de la Triste Alcuza».
In barrio feo. Gentuza.
o!... «Pretil del Valiente».
regunta en el tres.

—¿Manola?

aquí. Pero duerme sola:
de cuerpo presente.
aro, claro! Y siempre clara,
e la luna en la cara.
Rezamos?

—No. Vámonos...

a madeja enredamos
esa fiebre, ¡por Dios!,
nunca la devanamos.
í, cuatro igual dos y dos.

CLXXIII

(CANCIONES A GUIOMAR)

I

sabía
era un limón amarillo
que tu mano tenía,
hilo de un claro día,
Guiomar, en dorado ovillo.
Cuando me sonreía.

Pregunté: ¿Qué me ofreces?
Cuando en fruto, que tu mano
cayó entre madureces
de tu huerta?

¿Cuándo vane
una bella tarde yerta?
¿Por qué ausencia encantada?
¿Por qué se duerme en el agua dormida?

¿Por qué monte en monte encendida,
luz borrada
de la ladera?
¿Por qué se ompe en sus turbios espejos
por la devanadera
de los crepúsculos viejos?

II

Un jardín te he soñado,
Guiomar, sobre el río,
dentro de un tiempo cerrado
de verjas de hierro frío.

¿Por qué ave insólita canta
al almeiz, dulcemente,
o al agua viva y santa,

la sed y toda fuente.

ese jardín, Guiomar,
mutuo jardín que inventan
corazones al par,
unden y complementan
stras horas. Los racimos
in sueño —juntos estamos—
impia copa exprimimos,
doble cuento olvidamos.

o: Mujer y varón,
que gacela y león,
an juntos a beber.
tro: No puede ser
or de tanta fortuna:
soledades en una,
un de varón y mujer).

* * *

ti la mar ensaya olas y espumas,
iris, sobre el monte, otros colores,
faisán de la aurora canto y plumas,
búho de Minerva ojos mayores.
ti, ¡oh Guiomar!...

III

Tu poeta

isa en ti. La lejanía
le limón y violeta,
de el campo todavía.
migo vienes, Guiomar;
sorbe la serranía.
encinar en encinar
a fatigando el día.
ren devora y devora
y riel. La retama
a en sombra; se desdora

ro de Guadarrama.
que una diosa y su amante
en juntos, jadeante,
sigue la luna llena.
ren se esconde y resuena
tro de un monte gigante.
npos yermos, cielo alto.
s los montes de granito
ros montes de basalto,
es la mar y el infinito.
tos vamos; libres somos.
ique el Dios, como en el cuento
o rey, cabalgue a lomos
mejor corcel del viento,
que nos jure, violento,
enganza,
que ensille el pensamiento,
e amor, nadie lo alcanza.

* * *

7 te escribo en mi celda de viajero,
hora de una cita imaginaria.
npe el iris al aire el aguacero,
monte su tristeza planetaria.
y campanas en la vieja torre.
tarde viva y quieta
e opuso al *panta rhei* su *nada corre*,
e niña que amaba tu poeta!
lía adolescente
jos claros y músculos morenos—,
ndo pensaste a Amor, junto a la fuente,
ar tus labios y apresar tus senos!
o a esta luz de abril se transparenta;
o en el hoy de ayer, el Todavía
en sus maduras horas
empo canta y cuenta,
unde en una sola melodía,
es un coro de tardes y de auroras.
, Guiomar, esta nostalgia mía.

CLXXIV

OTRAS CANCIONES A GUIOMAR (A LA MANERA DE ABEL MARTÍN Y DE JUAN DE MAIRENA)

I

lo tu figura,
no una centella blanca,
ni noche oscura!

en la tersa arena,
ca de la mar,
arne rosa y morena,
itamente, Guiomar!

el gris del muro,
del y aposento,
ni un paisaje futuro
sólo tu voz y el viento;

* * *

el nácar frío
tu zarcillo en mi boca,
omar, y en el calofrío
una amanecida loca;

* * *

nada al malecón
bate la mar de un sueño,
ajo el arco del ceño
ni vigilia, a traición,
mpre tú!

Guiomar, Guiomar,
ame en ti castigado:
de haberte creado,
no te puedo olvidar.

II

o amor es fantasía;
venta el año, el día,
ora y su melodía;
enta el amante y, más,
mada. No prueba nada,
tra el amor, que la amada
naya existido jamás.

III

ribiré en tu abanico:
uiero para olvidarte,
a quererte te olvido.

IV

abanicarás
un madrigal que diga:
amor el olvido pone la sal.

V

ointaré solitaria
a urna imaginaria
in daguerrotipo viejo,
i el fondo de un espejo,
a y quieta,
dando a tu poeta.

VI

e enviaré mi canción:
canta lo que se pierde»,
un papagayo verde
la diga en tu balcón.

VII

de apenas si de amor el ascua humea
de el poeta que la voz engola
arato cantor, se pavonea
su pesar o enluta su viola;
de si amor da su destello, sola
ura estrofa suena,
nte de monte, anónima y serena.
o el azul olvido, nada canta,
ni nombre ni el mío, el agua santa.
nbra no tiene de su turbia escoria
pio metal; el verso del poeta
a ansia de amor que lo engendrara
no lleva el diamante sin memoria
fío diamante— el fuego del planeta
ado en luz, en una joya clara...

VIII

de el rosal de la carroña horrible
olvido en flor, y extraña mariposa,
de y carmín, de vuelo imprevisible,
r se ve del fondo de una fosa.
ni el terror de víbora encelada,
o al lagarto frío,
el absorto sapo en la azulada
lula que vuela sobre el río,
los montes de plomo y de ceniza,
re los rubios agros
el sol de mayo hechiza,
la abierto un abanico de milagros
l ángel del poema lo ha querido—
a mano creadora del olvido...

* * *

CLXXV

(MUERTE DE ABEL MARTIN)

Pensando que no veía
Porque Dios no le miraba,
dijo Abel cuando moría:
Se acabó lo que se daba,

J. de MAIRENA: «Epigrama»

I

últimos vencejos revolean
orno al campanario;
niños gritan, saltan, se pelean.
su rincón, Martín el solitario.
tarde, casi noche, polvorienta,
lgazara infantil, y el vocerío,
par de sus doce en sus cincuenta!

* * *

alma plena y espíritu vacío,
e la turbia hoguera
llama restallante de raíces,
ata de frontera
ilumina las hondas cicatrices!

* * *

en se vive se pierde, Abel decía.
distancia, distancia!, que la estrella
nadie toca, guía.
¿quién navegó sin ella?
tancia para el ojo —¡oh lueñe nave!—,
encia al corazón empedernido,
ilsamo suave
la miel del amor, sagrado olvido.

gran saber del cero, del maduro
o sabor que sólo el hombre gusta,
a de sueño, manantial oscuro,
ibra divina de la mano augusta!
es me llegue, si me llega, el Día,
iz que ve, increada,
game esta mala gritería,
or, con las esencias de tu Nada.

II

ngel que sabía
ecreto salió a Martín al paso.
tín le dio el dinero que tenía.
edad? Tal vez. ¿Miedo al chantaje? Acaso.
iella noche fría
o Martín de soledad; pensaba
Dios no le veía,
i su mudo desierto caminaba.

III

io la musa esquiva,
ie junto a su lecho, la enlutada,
ama de sus calles, fugitiva,
nposible al amor y siempre amada.
ole Abel: Señora,
ansia de tu cara descubierta,
pensado vivir hacia la aurora
a sentir mi sangre casi yerta.
¿sé que no eres tú quien yo creía;
; te quiero mirar y agradecerte
mucho que me hiciste compañía
tu frío desdén.

Quiso la muerte
reír a Martín, y no sabía.

IV

í, dormí, soñé y hasta he creado
ensó Martín, ya turbia la pupila—
nombre que vigila
sueño, algo mejor que lo soñado.
¿si un igual destino
ocurda al soñador y al vigilante,
¿quien trazó caminos,
quien siguió caminos, jadeante,
¿n, sólo es creación tu pura nada,
sombra de gigante,
¿puedo cegar de tu mirada.

V

¿cedió a la angustia la fatiga,
¿siente su esperar desesperado,
¿sabe que el agua clara no mitiga,
¿margura del tiempo envenenado.
¿la lira de muerte!

Abel palpaba
cuerpo enflaquecido.
¿que todo lo ve no le miraba?
¿esta pereza, sangre del olvido!
¿, sálvame Señor!

Su vida entera,
historia irremediable aparecía
¿rita en blanda cera.
¿ha de borrarte el sol del nuevo día?
¿el tendió su mano
¿traía la luz bermeja
¿una caliente aurora de verano,
¿en el halcón de su morada vieja.
¿pido, pidió la luz que no veía.
¿pido llevó, sereno,
¿un vacío vaso, hasta su boca fría,
¿una sombra —¡oh pura sombra!— lleno.

CLXXVI

(OTRO CLIMA)

... cámaras del tiempo y galerías
alma, tan desnudas!
... el poeta. De los claros días
... an las sombras mudas.
... apaga el canto de las viejas horas
... el rezo de alegrías enclaustradas;
... tiempo lleva un desfile de auroras
... séquito de estrellas empañadas.
... ¿El mundo muere? ¿Nace
... mundo? ¿En la marina
... za del globo hace
... va nave su estela diamantina?

... illas al sol la vieja flota yace?
... el mundo nacido en el pecado,
... mundo del trabajo y la fatiga?
... ¿El mundo nuevo para ser salvado
... vez? ¡Otra vez! Que Dios lo diga.
... ¿Qué oír el poeta, el hombre solitario,
... que un aire de cielo atarecido
... mortecía el fino estradivario.
... grábale el oído.
... ¿Qué ver de la cumbre vio el desierto llano
... sombras de gigantes con escudos,
... ¿Qué oír el verde fragor del oceano
... ruidos de esclavos jadear desnudos.
... ¿Qué oír *nihil* de fuego escrito
... de la selva huraña,
... ¿Qué oír el áspero granito,
... ¿Qué oír el rayo de un camino en la montaña...



*A Juan Ramon
Antonio
H*

ANTONIO MACHADO (1875-1939). Poeta, dramaturgo y narrador español, poeta emblemático de la Generación del 98.

Realiza sus estudios en la Institución Libre de Enseñanza y posteriormente completa sus estudios en los institutos San Isidro y Cardenal Cisneros. Realiza varios viajes a París, donde conoce a Rubén Darío y trabaja unos meses para la editorial Garnier.

En Madrid participa del mundo literario y teatral, formando parte de la compañía teatral de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. En 1907 obtiene la cátedra de Francés en Soria. Tras un viaje a París con una beca de la Junta de Ampliación de Estudios para estudiar filosofía con Bergson y Bédier, fallece su mujer —con la que lleva casado tres años— y este hecho le afecta profundamente. Pide el traslado a Baeza, donde continúa impartiendo francés entre 1912 y 1919, y posteriormente se traslada a Segovia buscando la cercanía de Madrid, destino al que llega en 1932. Durante los años que pasa en Segovia colabora en la universidad popular fundada en dicha ciudad.

En 1927 ingresa en la Real Academia y un año después conoce a la poetisa Pilar de Valderrama, la «Guiomar» de sus poemas, con la que mantiene relaciones secretas durante años.

Durante los años veinte y treinta escribe teatro en colaboración con su hermano Manuel. En la Guerra Civil permanece en Madrid participando en las publicaciones republicanas y haciendo campaña literaria. En 1939 es evacuado a Valencia, donde colabora en Hora de España y participa en el Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, y de allí a Barcelona, desde donde cruza los Pirineos hasta Coillure. Allí fallece al poco tiempo de su llegada.

Notas

[1] Lo escrito en cursiva figura como lema en el escudo de Soria. <<

[2] Estos dos versos entrecomillados pertenecen al romance II de la parte titulada «Nocturnos», en *Arias tristes* de Juan Ramón Jiménez. <<

[3] [Esta nota forma parte del texto y su autor es el propio Machado (N. del E.)]:

Muy lejos está Abel Martín de creer en el valor pragmático de la lógica intemporal. La forma lógica del pensamiento es aquello que no puede estar jamás al servicio de la vida. Su inutilidad, en el sentido vital, hace de ella el gran problema de la filosofía del porvenir. Abel Martín no piensa que sea la utilidad el valor supremo, sino, sencillamente, uno de los valores humanos. Lo inútil, en cambio, no es por sí mismo valioso. En cuanto lleva, como el pensar lógico, el signo negativo de la inutilidad, no hemos de ver necesariamente algo superior a lo útil. Pero tampoco hemos de sorprendernos si encontráramos en ello otro valor de más alta categoría que el de la utilidad. <<